

Otros la lastimaron
Él la amó

Bonita

Carolina Blanca

Otros la lastimaron. Él la amó

Bonita

escrito por

Carolina Blanca

© 2017 Carolina Blanca. Todos los derechos reservados

Autora: Carolina Blanca.

Título: BONITA

Edición, Corrección y diseño: Carolina Blanca

Primera edición mayo 2017

Correo electrónico: caroblancapq@gmail.com

Facebook: Caroblanca

Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta es coincidencia. Esta obra ha sido publicada con el fin de entretener y no refleja necesariamente el pensamiento o postura de la autora frente a un tema.

Agradecimientos:

A mi esposo, mi firme plataforma de despegue, mi nido, mi amor.

A mi querida madre que me inculcó el amor por las novelas rosa.

A mi querido padre que me inculcó el amor por las de vaqueros.

A Paola Noguera por ayudarme, apoyarme y, sobre todo,
impulsarme.

A Paola Ortiz por no dejar de creer en mí.

Siempre en mi corazón.

ÍNDICE

Contenido

[Capítulo Uno: El nuevo vecino](#)

[Capítulo Dos: El forastero en casa](#)

[Capítulo Tres: Despertando a Florencia](#)

[Capítulo Cuatro: La Mariposa](#)

[Capítulo Cinco: ¿Me considerarías?](#)

[Capítulo Seis: Distancia](#)

[Capítulo Siete: La decepción de Florencia](#)

[Capítulo Ocho: Volando muy alto](#)

[Capítulo Nueve: Remezón](#)

[Capítulo Diez: Juntos](#)

Capítulo Uno: El nuevo vecino

Constitución, Chile. Julio 2015

Inclinado sobre la reja de entrada a la propiedad, Franco trató de girar por trigésima vez la llave dentro del candado, sin lograrlo. Necesitaba acceder para guardar su jeep y entrar a la casa, y ya estaba aburrido de fracasar miserablemente. Javier, su amigo, socio y dueño de la vivienda le había dado algunas indicaciones para sortear ese problema, pero llevaba más de diez minutos intentándolo y no había caso. No ayudaba el que fuera de noche, que hiciera frío y que aquella calle residencial se viera tan solitaria.

Resoplando, se separó de la reja y manos en la cintura evaluó la situación. Bien. Si no podía entrar a la buena, lo haría a la mala porque tenía hambre y necesitaba un mate por lo menos. Saltaría la reja.

De veintisiete años, un metro setenta y dos, espalda ancha, cabello castaño ligeramente ondulado, destacaban en su rostro de mandíbula cuadrada unos ojos verdes bajo cejas oscuras, nariz recta y labios delgados que en su conjunto lo hacían más que agraciado. Si ya resultaba un hombre atractivo al pasar, en cuanto a personalidad parecía que la naturaleza lo había dotado de un imán. Franco era interesante, llamaba la atención cada vez que abría la boca porque hablaba con autoridad mas no con arrogancia y la gente tendía a tratar de caerle bien. Por otro lado, también sabía escuchar y procuraba ser paciente y razonable, precisamente para aplacar un lado instintivo y salvaje que en su adolescencia lo metió en más de algún problema, pero al que en su justa medida, escuchaba de vez en cuando. Había aprendido que con disciplina, voluntad y constancia se llegaba lejos y a pesar de ser relativamente joven ya estaba muy bien encaminado en su trabajo. A pesar de sus atributos, su vida personal se encontraba completamente en caos y buscando un respiro de todo aquello había llegado a ese lugar, aunque ni eso ni lo anterior eran cosas en las que pensara en ese momento.

Estaba cansando y hambriento luego de manejar toda la tarde, así que midió la reja y se aferró a ella para treparla, recordando con cierto fastidio que Javier le había pedido pintarla, como una forma de pago por los días que pasaría allí.

—Que espere sentado que le pague algo si ni siquiera puedo entrar — masculló entre dientes.

Esperó que sus jeans fueran lo suficientemente holgados para permitirle pasar una pierna sobre la reja y en eso una voz lo distrajo.

—¡Bájate de ahí, ladrón!

Franco volvió lentamente la cabeza hacia donde provenía la voz. Un muchacho de grueso gorro de lana gris y aspecto desaliñado le apuntaba con un palo de escoba. Aunque no intentó atacar a Franco, se sacó un silbato del pantalón. Lo iba a tocar cuando Franco lo detuvo, bajándose de la reja.

—¡Espera! No soy un ladrón.

—¿Ah, no?

El chico puso una graciosa cara que Franco registró en alguna parte de su mente.

—No. Mira, tengo la llave de esta casa y ese jeep que ves ahí es mío. Acabo de hacer un largo viaje para llegar hasta aquí.

—Entonces dígame el nombre de los dueños de esta casa y quién le dio la llave.

—Fernando Ortiz, su señora Nora Fa... Fuentes y su hijo Javier Ortiz, mi amigo. Javier me prestó la casa. Dijo que en unos días más vendrían unos compradores y me dejó a cargo de mostrárselas. Digo la verdad, por favor, confía en mí.

Franco se quedó mirando al muchacho y este finalmente bajó el palo.

—Ya veo. ¿Señor...?

—Franco Orellana.

—Don Franco, mientras se quede, seremos vecinos porque vivo en la casa del lado. Tiene que tener cuidado, anda un ladrón en el barrio, los carabineros lo han detenido dos veces y la justicia lo ha soltado dos, por eso los vecinos nos hemos organizado para atraparlo. Le vamos a sacar la mugre cuando lo pillemos.

—Gracias, niño, lo tendré en cuenta —repuso Franco más divertido que asustado.

Un silbato se escuchó a lo lejos, de manera intermitente. El chico dejó a Franco y salió corriendo.

—Se ve muy joven como para enfrentarse a un ladrón. Lo mejor será ver en qué puedo apoyar —se dijo Franco a quien su nuevo vecino le había caído en gracia, y lo siguió.

Claudia encontró al ladrón en su patio y rápidamente dio aviso. Dos vecinos entraron a su casa y en eso llegó la persona más joven de la brigada a colaborar.

—Quédate afuera. Avísanos si lo ves. Nosotros inspeccionaremos el patio de la señorita —le dijeron.

Hizo caso, empuñó su palo de escoba y se quedó delante de la casa, en la calle. El ladrón, un joven delgado y de mirada perdida apareció ante sus ojos saltándose una pandereta y aunque sintió sus piernas paralizarse necesitaba recuperar algo que le pertenecía, por lo que se obligó a moverse y rápido tocó su silbato.

—¡Párate ahí! —gritó.

El ladrón se le acercó, al que con decisión le dio con el palo en la cabeza. El tipo quedó aturdido apenas unos segundos y le dio un empujón para escapar. Aunque alcanzó a tomarlo de la ropa para detenerlo, sus fuerzas no eran equivalentes y perdiendo el equilibrio terminó en el suelo.

Sintió dolor en el brazo, pero no le importó porque ese ladrón se había llevado días atrás algo muy importante de su casa. Se levantó y en eso apareció el señor Orellana que de dos puñetazos bien dados mandó al delincuente al suelo.

Los vecinos y Claudia llegaron para reducir al hombre y entregarlo a carabineros. Franco se acercó a su nuevo vecino. Cuando le dio la mano para levantarse le pareció que era suave y pequeña.

—¿Estás bien?

—Creo que sí. Me pegué en el brazo al caer, pero estaré bien.

—Gracias por detenerlo —dijo Claudia, una atractiva mujer de treinta años y cabello rubio gracias a su peluquera. Luego miró de reojo a Franco y le gustó lo que vio—. ¿Usted es nuevo aquí?

—Sí. Algo así.

—Me alegro —dijo la mujer antes de meterse a su casa con una sensual caminata que Franco ignoró al preocuparse de su vecino y su brazo.

—Vamos a mi auto, muchacho. Ahí tengo un botiquín y podré curarte si te heriste.

—Yo puedo hacerlo en mi casa —repuso, apartándose de él.

Comenzaron a caminar hacia sus hogares. Franco miró de reojo a quien creía un chico de catorce años.

—Eso que hiciste de detener al ladrón fue valiente pero estúpido. Si hubiera andado armado te hubiera podido herir y tus padres se hubieran

preocupado mucho. No deberías actuar a lo tonto, sin pensar.

—Pero es que era necesario...

—Poner tu vida en riesgo nunca es necesario. En especial si eres tan joven y con tantos años por delante.

—Si... entiendo. Oiga, caballero... gracias por ayudarme.

Al llegar a sus rejas se despidieron y se separaron. Con toda naturalidad, Franco se saltó la reja, entró a la casa y buscando otro juego de llaves dio con un líquido antióxido que dejó caer en el candado de afuera. Gracias a eso pudo abrirlo, meter su jeep de color gris y acomodar sus cosas. Se estaba comiendo un sándwich cuando sintió un delicioso aroma provenir de la casa del lado. Hum... carbonada.

Su joven vecino tenía mucha suerte si contaba con una mamá que le cocinaba a esas horas. Lo envidió.

Al acostarse, pensó en sus aventuras del día y recordó a Claudia, la vecina. Era muy guapa y ella lo sabía.

—Por suerte no es mi vecina. Se parece mucho a Antonia. Me parece mucho mejor el niño del lado, es simpático y me conviene su amistad, porque si tengo suerte, un día de estos me invitará a comer a su casa.

A pesar del cansancio Franco durmió pésimo y su rostro lo evidenciaba. Marcadas ojeras sombreaban la piel bajo sus ojos y sus párpados se notaban hinchados. Parecía un fantasma y su piel pálida y el cabello ondulado con tonos cobrizos le daban un cierto aspecto irreal.

Suspiró con fastidio en su camino hacia la cocina. Por suerte era sábado y podría intentar dormir otro rato. Pensaba en eso mientras ponía agua a hervir cuando empezó el golpeteo. Al principio no le dio importancia, pero a los dos minutos sentía que se volvería loco. A los cinco, decidido y de mal humor, salió a enfrentar a quien sea que le estuviera haciendo el desayuno imposible.

Descubrió, en la casa del lado, al muchacho jugando con un martillo y unos clavos en el antejardín. Estaba haciendo algo con madera, pero no distinguió bien qué. El muro medianero era más bien bajo, llegándole al pecho y desde allí le habló.

—Oye, chico, ¿podrías parar un rato?

Un par de enormes ojos marrones se alzaron hacia él, a la vez que una sonrisa amistosa aparecía en el rostro de suaves facciones.

—¿Me hablaba, don Franco? Buenos días.

Franco con sorpresa vio ante él a una muchacha que al parecer le había sacado la ropa a su padre para vestirse ese día. Camisa leñadora a cuadros, pantalones holgados y el gorro de lana gris, bajo el cual ocultaba su cabello a juzgar por el bulto en su nuca. Contra lo que uno podría pensar al ver su aspecto, la muchacha no era amanerada, ni usaba un todo bajo para hablar. Era simplemente una chica en ropa de caballero.

Una chica que por lo demás, le pareció muy bonita.

—¿Tú eres...?

—La niña que lo trató anoche de ladrón cuando se estaba saltando la reja.

Franco habría jurado la noche anterior que era un niño... bueno, venía cansado y estaba oscuro. Con esa ropa cualquiera se confundiría. Ya no la quería regañar por el martillo, porque no le gustaba amedrentar mujeres, a pesar de que una de esa raza le había jugado una traición del porte de la Cordillera de los Andes.

—¿Cómo te llamas? Anoche no te pregunté.

—Florencia Flores.

—Qué nombre tan femenino... quiero decir... ¿cómo está tu brazo...?

—Bien, gracias. Tenía un rasmillón, pero nada serio.

Franco pasó saliva, contrariado. Florencia tenía enormes ojos almendrados y bordeados de innumerables pestañas, bajo cejas muy oscuras que le daban un aire sobradamente atractivo. Mentón delicado, nariz bonita y labios gruesos. Decididamente era una chica y él era un cegatón por no darse cuenta.

—Venía a decirte que... hem... si pudieras parar con el martillo.

—Ahh... no sabía que lo estaba molestando, como son más de las once. Ya terminé de martillar, pero pensaba seguir con el taladro.

Florencia sonrió a su vecino amistosamente. Manos en la cintura, él la miró con cierta impaciencia.

—¿Y no puedes hacer eso más tarde?

—No. Más tarde llega mi papá y me toca atenderlo.

La joven tenía algo de refrescante, tal vez por el hecho de no parecer una a simple vista, al menos en ese momento. Franco se relajó, olvidando que quería irse a dormir.

—¿Y qué haces?

—Un cerco para las flores del jardín. Mi perro tiende a escarbar allí.

¿Un perro? Genial. Esos animales ladraban cuando uno más quería paz. A

Franco no le hizo gracia saber que tenía un vecino canino a pesar que no recordaba haberlo escuchado.

—Tardaré unos treinta minutos en instalar el cerco y volveré a usar el martillo, pero le puedo prometer que después de eso ya no haré más ruido. Ni siquiera encenderé la radio. Sólo aguante media hora más.

—Hagamos una cosa —dijo Franco repentinamente animado—. Yo te ayudo a instalar esa cosa que hiciste y luego me voy a dormir. Entre dos terminaremos más rápido.

La chica pareció dudar por unos momentos. Franco adivinó un brillo de desconfianza en sus ojos, pero ella finalmente aceptó, tras suspirar y abrir la puerta que daba a la calle para que entrara.

—Pase. ¿De verdad se va a quedar unos días?

—Así es. Además de descansar, tengo que mostrar esta casa a unos posibles compradores. Después de eso, no sé, quizá siga mi viaje hacia el sur porque estoy de vacaciones —dijo Franco siguiéndola. Notó sus hombros estrechos y clavó la vista en el bulto en la parte baja de su gorro. ¿Qué tan largo sería el cabello enrollado debajo?

—Qué suerte tener días libres. Mis vacaciones de invierno empiezan en unos días, pero no suelo salir de aquí. Quizá vaya a la playa, no sé... Veamos... usted tómelo de allá —indicó Florencia, tomando un extremo del cerco. Entonces Franco pudo ver que el trabajo de madera era simplemente muy bueno.

—¿Hiciste esto tú sola?

—Me gusta hacer cosas —dijo ella con sencillez mientras ubicaba el cerco en posición. Franco pudo admirar un jardín lleno de plantas y flores y en medio un lugar donde había tierra suelta.

—Apuesto que ahí escarbó tu perro.

—Sí. Sacó un rosal completo. Espero que al menos esto la detenga.

—¿Es hembra? ¿Dónde está?

—En el veterinario. La llevé a esterilizar. Se llama Negra y me la devuelven esta tarde.

—¿Negra? ¿Déjame adivinar? Es de color blanco.

—No. Es de color negro. Cuando pasaba por la calle yo la llamaba “Negrita” y venía a mí. Cuando mi padre me dejó quedármela no le vi caso a llamarla de otra manera.

—Ya veo.

Una gata calico, de pelos largos apareció en escena, y se fue a restregar

contra la pantorrilla de Franco.

—¿Este animal también es tuyo?

—Es gata. Se llama Emilia. Ahora, ayúdeme a mover el cerco un poco hacia atrás.

Franco siguió las indicaciones de Florencia, escuchando a la vez el ronroneo de la gata.

—¿Vives aquí hace mucho tiempo?

—De toda la vida, caballero...

—Te ves muy joven. Debes vivir con tus padres.

—Sólo con mi padre. Mi madre falleció para el terremoto del 2010, con el maremoto, para ser más exactos.

—Lo siento mucho —dijo Franco con verdadero pesar.

—Yo también —dijo Florencia empezando a manejar el martillo para fijar el cerco a unas estacas que tenía enterradas—. La extraño muchísimo, pero he comprendido que el tiempo no vuelve atrás. Mi madre fue muy buena y estoy agradecida de haber nacido de ella. Soy afortunada. A veces en algún rasgo mío la encuentro en el espejo.

Florencia no hablaba con autocompasión y Franco adivinó que tampoco quería palabras de consuelo. Se sintió cómodo para contarle algo personal.

—Ya lo creo que lo eres. Yo tuve a mis padres conmigo hasta los ocho años. Fallecieron en un accidente. Supongo que, con respecto a los padres, uno nunca deja de amarlos. Aún ahora, a mis veintisiete, daría lo que fuera por un abrazo de ellos.

Florencia miró de reojo a Franco. No la miraba al hablar y mantenía la vista baja. Era un hombre agradable. Ella sentía que le hablaba con el corazón y eso se agradecía. Sonrió.

—Hemos establecido que siempre he vivido aquí, pero usted no. ¿De dónde viene?

—De Santiago, allá vivo en un departamento en Ñuñoa, que comparto con Javier.

—Ahh... Javier. Él es muy simpático, lo eché de menos cuando se fue de acá. ¿Cómo está? ¿Le va bien?

—Sí, mucho. Es chef. Tenemos un restaurante juntos, que se llama "El Austral"

—Qué bueno, me alegro que lo haya logrado, le gustaba mucho preparar cosas raras que me daba a probar. Él era buena onda conmigo. Si usted es su amigo debe ser buena persona también. ¿Usted también es chef?

—No. Mis habilidades en la cocina son más bien regulares. Yo soy administrador, me preocupo de la parte financiera, los presupuestos y esas cosas. Somos socios.

Florencia dio el martillazo final y como prometió, usó un taladro para hacer un par de perforaciones. Luego fijó la cerca y concluyó el trabajo. Franco ni se dio cuenta de cómo lo hizo.

—Listo, puede usted ir a dormir tranquilo —dijo ella—. Ya no lo molestaré. Agradezco mucho su ayuda.

¿Dormir? A Franco se le había pasado por completo el sueño conversando con ella.

—No sé si pueda —murmuró.

Franco reparó por primera vez en su propio aspecto desaliñado. Sin peinar, con el pijama y la bata, debía parecer un loco. Se lo comentó a Florencia.

—Bueno... con el pelo así, todo desordenado usted se parece al sombrerero de Alicia en el País de las Maravillas, pero el de la versión de Tim Burton. Claro... le falta el pelo rojo, pero anda cerca.

Florencia soltó una risita y sin querer se la contagió a Franco. Era muy tierna. Franco pensó despedirse con algún piropo, pero por alguna razón no le pareció apropiado.

—¿Sabe? Si en serio quiere seguir durmiendo debería desayunar algo. Es muy tarde y uno no duerme bien con el estómago vacío. Cómase algo rico y se va a la cama.

—Gracias, pero no tengo pan en casa y me da flojera vestirme e ir a comprar. Dormiré primero.

Florencia le pidió la esperara unos momentos y le trajo un pote con comida.

—Gracias por ayudarme. Espero que esto le pueda ayudar a seguir su descanso.

Ella lo acompañó a la calle y él no tardó en meterse a su casa, donde descubrió la carbonada con la que soñó la noche anterior y aunque se trataba de dos porciones, calentó todo y comió a placer. Luego organizó su ropa y aprovechando que hacía frío volvió a la cama, arropándose. Se sintió cómodo, tibio y satisfecho y de buena manera su cuerpo pudo empezar a reponerse de las tensiones y el cansancio de días anteriores, cayendo en un sueño profundo y reparador.

Entre sueños pensó que difícilmente esa rica comida la pudo hacer la

mamá de Florencia, porque ya no existía...

Florencia...

Florencia quedó contenta tras conocer a su nuevo vecino provisorio y atendió a su padre con una sonrisa cuando éste volvió de la ciudad de Talca, donde trabajaba en la semana como vendedor en una tienda de electrodomésticos. Le habló de la escuela, de sus calificaciones y los profesores. Francisco, su padre, de cabellos claros y ojos pardos estaba pegado al televisor.

—Espera un poco. Están hablando de Alexis Sánchez.

Frustrada, Florencia se quedó callada y al terminar el fútbol, Francisco se retiró a dormir siesta. Al quedar sola en la mesa, la joven resolvió comer una manzana. De un metro cincuenta y cinco, contaba con un sobrepeso ligero, aunque sentador, donde destacaba un busto tamaño medio y bien formado, cintura definida y caderas redondas. En la soledad del comedor, la joven de dieciocho años cortó la fruta en rodajas, preguntándose si el vecino habría almorzado o seguiría durmiendo. No le dio muchas vueltas al asunto y se metió a su dormitorio donde se puso los audífonos para hacer una tarea.

Fue Francisco quien atendió rato después a Franco cuando fue a devolver el pote. Un tanto extrañado por eso fue a ver a su hija. Absorta en su tarea, la joven parecía más un hombre que otra cosa...

—Parece ser que impresionaste al nuevo con algo. Te dejó muchos saludos —dijo cuando ella se quitó los audífonos al notarlo en la puerta. Luego se marchó.

Florencia sonrió y siguió en lo suyo.

El lunes de madrugada, Francisco se despidió de su hija porque regresaba a trabajar. Por eso Florencia odiaba los lunes, porque se quedaba sola, aunque de un tiempo a esta parte, cuando su padre estaba en casa era como si no estuviera. Suspiró.

A la salida de la escuela se fue caminando con un par de amigas de quienes se separó algunas cuerdas antes de llegar a casa. Con las manos en los bolsillos del chaleco azul marino, pensaba que odiaba estar sola. Odiaba

tener que estar en una casa sola y a la vez, odiaba necesitar de esa soledad para sentirse segura.

—Soy un manojito de contradicciones —se dijo.

Negra y Emilia salieron a su encuentro cuando apareció en la puerta. Estaba abriendo para entrar cuando Franco se asomó sobre el muro medianero.

—Hola, señorita Florencia.

A Florencia hacía tiempo que nadie la trataba de señorita y se sintió un poco extraña. Saludó a Franco con amabilidad para disimular su turbación y desvió la mirada.

Franco reparó en su ropa de escuela, el pantalón y el chaleco eran por lo menos dos tallas más grandes que ella. El cabello tomado en un moño tampoco ayudaba mucho para verla más bonita que cuando la conoció.

—Dime... me han dicho que el mar queda cerca de por aquí pero no sé por dónde ir. ¿Me puedes indicar?

—Queda como a veinte minutos en bicicleta. Si va caminando es mucho más. Tiene que ir hacia allá desde la esquina y luego... —Florencia se enredó con su explicación—. Creo que mejor le dibujaré un mapa.

—Estaría muy bien. Mientras, voy a ver si mi amigo me dejó alguna bicicleta en casa.

Florencia puso su mochila en el suelo y hurgó en ella hasta sacar un cuaderno y un lápiz. Estaba haciendo un mapa cuando apareció Franco con una bicicleta vieja, cuyas ruedas, de rayos oxidados, estaban desinfladas.

—Esto es un verdadero problema —dijo Florencia—. Hay que llevarlas a reparación o usted no podrá salir a pasear, aunque podría ir en su auto.

—No lo sé. Quería ejercitarme un poco —dijo Franco mirando la bicicleta—. Mejor la llevaré a reparaciones y ya mañana iré a la playa.

Animada por un extraño impulso, Florencia dijo con cierta timidez:

—Le puedo prestar la bicicleta de mi padre.

—¿De verdad? Pero si apenas me conoces.

—Usted parece un buen señor. Eso es todo —dijo Florencia sintiendo que los colores se le iban a la cara. Disimuló metiéndose a la casa para sacar la bicicleta. Al salir con ella, Franco examinó el vehículo.

—Es una buena bicicleta, en verdad.

—Es ideal para ir a la playa. Ya he paseado en ella antes.

—¿Y no te gustaría acompañarme? Creo que serías una buena guía turística. Pregúntale a tu papá si puedes venir y dile que, si quiere, venga él

también.

Florencia no quiso decirle a Franco que su padre no estaba con ella en toda la semana.

—No... no pasa nada. Él llega más tarde y... sólo debo cambiarme ropa y sacar mi bicicleta.

Florencia apareció con un vestuario diferente, pero todo en una línea muy masculina y holgada. Franco se empezó a preguntar si ella no sería medio "rara". Como sea, ese era un asunto de ella, no de él que disfrutaba de su compañía. Con el cabello enrollado bajo un gorro de lana verde musgo para que no la molestara, Florencia se montó en su bicicleta mientras Franco hizo lo propio y trató de guiar la bicicleta descompuesta, pero el estado de sus ruedas no lo dejó avanzar. Entonces, como si no pesara nada, y haciendo uso de un extraordinario equilibrio, se acomodó la bicicleta en mal estado al hombro y avanzaron. Tras dejarla en una reparadora, Franco la invitó a comer en un carrito de completos y a tomar bebidas. Luego Florencia lo guio a diferentes lugares y pedaleando llegaron a una formación rocosa que parecía una pequeña montaña junto a la playa, en cuya superficie crecían algunas plantas adaptadas al clima. En medio tenía una imponente abertura, como si de una puerta gigante se tratara. Ella miró el lugar apreciativamente y Franco, impresionado por lo que veía, quiso saber qué era eso.

—Esa es la piedra de la Ventana. Podemos atravesarla por la... por ese túnel natural que tiene, o podemos escalarla. O rodearla para llegar a la playa del otro lado.

—Parece divertido, pero ahora sólo quiero caminar por la playa —respondió Franco, sintiendo incomodidad ante la idea de atravesar el túnel, a pesar que éste tener algunos metros de extensión. Se veía muy oscuro adentro.

Dejaron las bicicletas junto a la roca y aunque hacía frío, Franco se quitó las zapatillas, mojándose los pies. Florencia caminaba a su lado sin decir nada por la playa solitaria y a él le pareció que el fuerte viento del lugar pasaba a través de su cuerpo, barriendo cualquier pensamiento de su mente, dejando en su lugar el silencio. Se sintió extrañamente abandonado en un lugar desolado, como si se encontrara dentro de un sueño, pero a la vez se sintió tranquilo, sin mayor preocupación que la de seguir caminando.

—El sábado pudo ser el día de mi matrimonio. Y hoy comenzaba mi luna de miel —dijo de pronto, contemplando las aguas.

—Vaya. ¿Usted es un novio fugitivo?

Sonriendo, Franco sintió el viento revolverle el cabello.

—No. Es una larga historia, pero básicamente mi novia rompió el compromiso. Pensé que este día me sentiría peor, pero tú me has ayudado a que no sea así. Gracias.

Florencia no dijo nada y permanecieron en silencio un rato. Tomaron las bicicletas y regresaron a sus casas.

Al día siguiente Florencia regresó de la escuela un poco más animada. Estaba abriendo la puerta cuando se apareció don Franco y la invitó a la playa, porque le habían gustado las formaciones rocosas de la costa y quería tomar fotografías. La joven aceptó encantada y luego de verificar que sus animales tuvieran agua y comida, se vistió con calma y se puso un gorro de lana.

Pasaron una agradable tarde buscando los mejores ángulos y regresaron al anochecer.

A Franco realmente le agradaba Florencia. Era muy refrescante. No era coqueta, incluso a ratos se le olvidaba de verdad que era una chica. ¡Adoraba eso de ella! Sabía estarse callada cuando él no quería hablar, se sabía unos chistes muy graciosos y otros rematadamente picantes, que lo hacían reír hasta perder las fuerzas. Sin duda quería pedirle seriamente que lo aceptara como amigo para así, cuando él volviera a su vida normal, la pudiera contactar por redes sociales

Pensaba en eso cuando la fue a ver al día siguiente.

—Hoy tengo que pasear a Negra o se estresa y hace destrozos en el patio —dijo Florencia—. Podemos ir por ahí, pero tengo que regresar temprano para pasearla.

—Pues vamos a pasearla entre los dos y así conozco el barrio —dijo Franco muy animado. Rato después se atrevió a preguntar— ¿Qué raza es tu perrita? Se ve muy graciosa con esa cosa en la cabeza, parece lámpara.

—Mi Negra es una labradora. Es muy inquieta y no se ría de ella, porque esa pantalla en la cabeza es para evitar que se saque los puntos de la esterilización, porque cuando le pica, se rasca con los dientes.

—Ah, entiendo. ¿Cómo se llama esa lámpara?

—Collar Isabelino. Cuando le quiten los puntos dejará de usarlo.

Franco nunca tuvo una mascota, y miraba a Florencia pasear a la suya con

cierta curiosidad. ¿Realmente dos razas tan distintas, humano y can, podían entenderse y ser amigos? De los familiares que lo criaron, uno no le dejó tener perritos y el otro no podía porque su esposa era alérgica.

—Por acá llegamos al parque donde juegan los niños. Nosotros vamos más allá, donde no hay nada y es ahí donde le encanta correr a Negra — declaró Florencia.

Soltó a su perra y lanzó una pelota de tenis para que corriera a buscarla. En eso apareció Claudia. Al parecer, venía del trabajo, con un delantal blanco en el brazo.

Se les acercó apenas distinguió a Franco.

—Veo que nos volvemos a encontrar.

Franco la saludó con cortesía, buscando a Florencia con la mirada para ver si lo ayudaba a librarse de esa situación, pero ella estaba pendiente de su perra.

—¿Te gusta hacerlas de niño? —preguntó Claudia mirando a Florencia correr tras su mascota.

—¿Qué? No la entiendo.

—Florencia es apenas una mocosa —dijo la mujer—. Una mocosa muy desaliñada, como se podrá haber dado cuenta.

A Franco le pareció que el comentario estaba fuera de lugar.

—No es nuestro asunto, ella puede vestir y ser como quiera —observó. Claudia levantó una ceja.

—Me llamo Claudia. ¿Cómo te llamas tú?

—Franco.

—Es un nombre muy sensual —repuso la mujer—. Debes ser nuevo en el vecindario.

—Así es. Vengo por unos días. Luego me marcharé.

Negra regresó con la pelota en el hocico hasta Florencia, que le acarició la cabeza y le regaló un bocado que traía en el bolsillo. Luego lanzó la pelota con todas sus fuerzas.

—¡Corre, Negra!

La perra hizo caso y Florencia volvió con los mayores, justo cuando Claudia estaba invitando a Franco a una fiesta.

—Estaré de cumpleaños la semana próxima y quiero festejarme. Ven, serás mi invitado de honor.

—Ehh... No sé qué decir.

—Pues di que sí y asunto arreglado.

—Usted apenas me conoce, Claudia.

—Pero podríamos conocernos más a fondo si quisieras.

De pronto, a Franco le llegó la inspiración.

—Lo lamento, Claudia, pero soy un hombre comprometido. Así que...

—Pues trae a tu novia contigo —dijo Claudia—. No soy celosa. Dile a Florencia que te señale mi casa si no sabes cómo llegar. Florencia, querida, te invitaría, pero ya sabes que esas fiestas son cosa de gente adulta. No puedes venir.

—No pasa nada —dijo Florencia de manera pacífica, moviéndose cerca de Claudia—. No me apura tener una montonera de años como usted. Aún puedo llevar mi vida con calma.

Forzadamente, Claudia sonrió.

—No te relajes tanto, linda. Tienes que salir de cuarto medio todavía, a ver si este año por fin lo consigues. Debe darle vergüenza a tu papá tener una hija que repitió un curso.

La mujer se despidió de Franco, besándole una mejilla peligrosamente cerca de la boca y se marchó. Florencia en tanto, recibió la pelota de Negra y le regaló un nuevo bocado, antes de lanzar la pelota un poco más cerca esta vez. Franco se sentó a observar a la joven, para relajarse.

—Claudia no es agradable contigo.

—No importa —repuso Florencia, sentándose junto a él y recibiendo una vez más la pelota de Negra. Entonces, le quitó el collar isabelino y le mostró un bocado—. Si ella fuera más agradable conmigo, me daría un tremendo cargo de conciencia hacer esto: Negra, ve a buscar el otro bocado, está hacia allá.

Franco no entendió sus palabras hasta que vio a Negra salir disparada hacia Claudia, que ya iba como a una cuadra de distancia. La labradora negra se paró sobre sus patas traseras y cuando tuvo a la mujer contra una pared, gimiendo de terror, la olfateó por completo hasta que encontró su bocado dentro de uno de los bolsillos del delantal que llevaba. Florencia se apretó el estómago de la risa y Franco no estaba seguro sobre qué actitud tomar.

Claudia se irguió muy digna y salió corriendo hacia su casa apenas la perra la dejó. Negra regresó junto a Florencia para seguir jugando y Franco, finalmente, pudo entregarse al relajo.

—Eres terrible, Florencia —dijo cuando acabó de carcajearse—. Espero que nunca te enojas conmigo.

—Esa Claudia me debe varios malos ratos que no me merecí —dijo la

chica lanzando la pelota nuevamente—. No me importa si se ríe de mí por ser menor que ustedes, pero me molesta que me saque en cara lo de la escuela. Ella sabe muy bien por qué perdí un año y no fue por flojera

—Si perdiste un año y ya estás en cuarto medio, ¿Cuántos años tienes? ¿Eres mayor de edad?

—Cumplí años unos días antes que usted llegara, el veintiocho de junio. Ya tengo dieciocho así que sí, supongo que puedo comprar alcohol y votar o sacar licencia de conducir.

Florencia suspiró con resignación sin darse cuenta. Franco creyó que cumplir años no le agradaba. La quiso animar.

—¿Por qué no me acompañas a lo de Claudia?

—¿Está loco? Mi perra la acaba de hacer pasar un mal rato, además, no puedo ir a meterme a su casa porque ella piensa que soy la culpable de todo. Y eso es lo más injusto de todo —reflexionó la chica, dejando a Franco muy confundido con eso.

El jueves Florencia decidió preguntarle a su padre cuando volviera, si podía invitar a Franco a entrar a la casa en la semana porque estaba contenta con su compañía y lo quería invitar a comer. El viernes pusieron un aro de básquetbol en un poste de luz y se enfrascaron en una lucha con Fabián, un niño de once años y su hermano de nueve, vecinos del frente, que los acompañaban.

Dejaron de jugar un momento porque venían varios muchachos, seguramente de un partido de fútbol por sus atuendos. Entonces Franco, por primera vez pudo notar un gesto de Florencia que le llamó la atención: Cuando los jóvenes pasaron frente a ellos, ella bajó la vista, encogió los hombros y dio un paso hacia atrás, como si ellos no tuvieran suficiente espacio, evitando mirarlos. Fue algo muy rápido que apenas pudo ver, pero le quedó dando vueltas.

Siguieron jugando hasta que, a las cinco, los hermanos tuvieron que entrar a su casa y Florencia anunció que tenía que hacer.

Florencia saludó afectuosamente a su padre cuando llegó al atardecer del día viernes. Estaba muy contenta porque ese día había sido el último día de clases. Tendría quince días de vacaciones de invierno y ya tenía una idea de con quien quería pasarlos.

—Papá —le dijo durante la once—, el nuevo vecino es muy amable conmigo. Parece una buena persona y me gustaría que me diera permiso para traerlo a la casa.

—¿No será de casualidad el del lado?

—Sí, papá, él mismo. Quiere ser mi amigo.

Francisco miró a su hija con preocupación.

—No conozco a ese hombre. No puede venir a encerrarse a esta casa contigo.

—Yo le aseguro que es una persona buena. El lunes fuimos a la playa y se portó bien conmigo, comimos completos...

—¿Lo acompañaste a la playa! ¿Y con qué permiso!?

Florencia retrocedió un poco al ver a su padre enojado.

—Yo... tuve que decidir rápido...

—¿Es que no te basta una vez!

—Don Franco es diferente...

—¿No puedes ser tan confiada! ¿No me vengas a decir que ese hombre quiere ser tu amigo y nada más! ¿O acaso te gustó que ese otro te manoseara?

Las lágrimas se asomaron a los ojos de la muchacha.

—¿No! ¿No me gustó, y no fue mi culpa! ¿Si usted realmente se preocupara de estar conmigo y me cuidara, eso nunca hubiera pasado! ¿Pero por más que se lo he pedido, no quiere dejar su trabajo!

—¿No lo voy a hacer porque la situación es muy difícil y no hay trabajos para mí en esta zona! El terremoto...

—Ya pasaron cinco años desde el terremoto. Si todo es tan difícil, lléveme con usted.

—Tú no entiendes. Aún no sales de cuarto medio y no te puedo cambiar de colegio ahora.

—¿No, no lo entiendo, no puedo comprenderlo y no quiero asimilarlo para no ser como usted, que abandona a su hija por tener más plata! Pasé mi cumpleaños en la más completa soledad y usted ni siquiera me llamó para saludarme. ¿Qué clase de papá es usted que se desentiende de mí y luego me pide explicaciones? —gritó la joven.

—¿Cállate, mierda! —exclamó Francisco, dándole una bofetada.

Mirándolo con horror, Florencia se llevó una mano a la mejilla lastimada, sintiendo el dolor expandirse a cada punto de su alma y retrocedió un par de pasos. Sus ojos se llenaron de lágrimas y salió corriendo de allí. Se montó en una bicicleta y desapareció.

Tras pedalear con todas sus fuerzas, llegó en poco tiempo a la gran puerta labrada por la naturaleza en la piedra de la Ventana. Usualmente muy poca gente iba por ese lugar y la joven atravesó el túnel sin esfuerzo, notando que se encontraba sola. Al llegar al otro lado, dejó la bicicleta en el suelo y comenzó a caminar sin saber a dónde quería llegar. Sus pasos fueron erráticos y finalmente se dejó caer en la arena, para golpearla con los puños mientras dejaba escapar uno que otro grito de frustración y rabia.

El sol se había escondido hacía unos minutos y las luces de la costanera se encontraban encendidas, las olas rugían y hacía mucho frío. Ella miró el cielo, con el rostro bañado en lágrimas.

—Si usted estuviera, yo no me sentiría tan sola. ¿Por qué se tuvo que ir, si yo la necesito tanto? —dijo mirando a la primera estrella que apareció, como si fuera su mamá. Y en eso, Franco, salido de quién sabe dónde, se agachó a su lado.

Capítulo Dos: El forastero en casa

Franco no servía para estar de ocioso, así que dedicó la tarde del viernes a limpiar su casa provisoria. No había mucho que hacer, pero si mucha ropa que lavar y en eso se entretuvo, ya que por más que intentó hacer partir la vieja lavadora de la bodega, no pudo. Tuvo que lavar a mano sus prendas y luego, salió al patio a tenderlas. Sabía que a esa hora nada se secaría, pero al menos su ropa estilaría y empezaría a secarse apenas amaneciera.

Tener una casa era algo muy cómodo. Podía tener un jardín, un perrito y dormir por la noche sin escuchar a sus vecinos del lado, sin enterarse de cuando iban al baño o tenían relaciones sexuales, entre otras cosas. La casa de los padres de Javier era casi dos veces más grande que su departamento y tenía más dormitorios, además estaba en venta, pero, aunque Franco mismo andaba en busca de vivienda, quería una de preferencia en Santiago. No se veía viviendo en un lugar diferente.

El cielo estaba despejado, sin bruma y eso lo inspiró. Fue a buscar un estuche al interior, del que sacó un trípode que desplegó y sobre éste montó un telescopio. Con pericia adquirida por la costumbre, montó cada parte del aparato y mirando una brújula, lo apuntó en cierta dirección. Lo estaba calibrando cuando Emilia, la gatita de tres colores, llamó su atención caminando con elegancia y equilibrio sobre el muro que separaba su patio del de Florencia, y se quedó pensando en ella cuando escuchó los gritos a través de los muros de madera de su casa. El padre de Florencia dijo algo de un manoseo y ella, ofendida, le reclamó por el poco tiempo que le dedicaba. Se le apretó el corazón cuando escuchó un golpe seco y más cuando Florencia salió corriendo a la calle.

Guardó el telescopio dentro de la casa y la siguió en su jeep. Lo hubiera hecho en su bicicleta, pero no estaba seguro del estado en que la encontraría. Ni siquiera entendía por qué sentía esa necesidad de inmiscuirse en su vida: Tal vez era porque Florencia le brindó una amistad sincera en ese lugar donde estaba de paso. Era alguien especial. Una mujer que no lo perseguiría para tener una relación con él, menos una que le coquetearía abiertamente. Ella simplemente... era ella y eso a él le gustaba. La divisó camino a las formaciones rocosas hacia el norte y la siguió a prudente distancia. Se quedó sin aliento cuando la vio meterse por la gran puerta en la roca, esa de la Ventana que le decía ella, y aunque consideró rodear el montículo, le pareció mucho más rápido atravesar por donde ella lo había hecho, porque a esa hora

oscurecía rápidamente y no podía perderla de vista. Se bajó del jeep, se metió las llaves en un bolsillo y caminó apretando los puños y los dientes, con decisión.

A Franco le daban miedo la oscuridad y los lugares cerrados. Era una de esos traumas de niño, a causa de un tío que obtuvo su custodia tras la muerte de sus padres. Solía encerrarlo en un armario todo el día o noche cuando consideraba que había hecho una travesura, hablándole de los espectros que vendrían a comérselo si lloraba y aunque ahora, de mayor, esas historias le parecían absurdas, no soportaba la oscuridad, ni siquiera para dormir, pues le traía a la mente el encierro y el saberse solo e indefenso.

Ninguna terapia, hasta el momento, lo había librado de ese terrible miedo. Tampoco le gustaban los lugares cerrados y pequeños, aunque el asunto de los ascensores lo había aprendido a manejar a fuerza de vivir en departamentos desde los veintidós años.

Respiró profundo al llegar a la abertura rocosa, concentrándose en que Florencia estaba del otro lado y podría necesitarlo, corriendo hacia el resplandor del mar y usando su celular como linterna. En cuestión de segundos todo había terminado y sintió orgullo de sí mismo. Divisó a Florencia, cerca de las olas, rabiando y pateando la arena con absoluta frustración. De pronto se arrodilló, se quedó quieta y él supo que lloraba.

Llegó a su lado y ella lo miró asustada al principio, hasta que lo reconoció.

—Don Franco... ¿Y usted?

—Escuché parte de la pelea sin querer y cuando te vi salir, quise asegurarme de que estuvieras bien. Te seguí.

Pensó abrazarla, pero algo le dijo que sería una mala idea. Se quedó en su lugar.

—Gracias. Veo que le importo más a un recién llegado que a mi propio padre.

—Tranquila, ya verás que esto pasará...

—No, no va a pasar porque siempre es lo mismo. Mi papá me deja sola en la semana y luego me echa la culpa a mí de lo que pasa. Pero él es el papá, él debería llegar a casa todos los días... y él debería estar aquí, hablando conmigo —dijo ella con dolor.

Franco estiró un brazo, algo inseguro, y acarició la cabeza de Florencia, a modo de consuelo.

—Florencia, eres muy joven aún, y hay muchas cosas que no entiendes.

Estoy seguro de que tu padre tiene una buena razón para trabajar fuera, como pagar tus estudios, tu mantención...

—Estudio becada desde que entré al colegio y hasta hace dos semanas trabajaba como empaquetadora en el supermercado, por lo que hay cosas para mí que yo costeo de mi bolsillo. No genero tanto gasto como para que él tenga que matarse trabajando. ¿Sabe? Yo entiendo si él tiene que pasar allá la semana, incluso si viniera una sola vez al mes, lo apoyaría, pero cuando viene de visita no podemos hablar. Él se impacienta conmigo, me hace callar y me hace sentir que estoy de sobra en mi propia casa. Por eso quiero salir de la escuela y poder trabajar todo el día, para tener dinero y buscar un lugar tranquilo, donde nadie me grite por decir la verdad, ni que me haga callar a gol... a más gritos —dijo bajando el tono de voz. Franco la miró con intensidad.

—Él te pegó, ¿cierto? Yo escuché algo.

—No quiero hablar de eso —dijo ella con un poco de vergüenza, volviendo el rostro.

Franco sonrió. Con el ceño fruncido y el brillo de las lágrimas desvaneciéndose en las mejillas, Florencia tenía algo tierno. Quizá era la cara de niña aún.

—Entiendo. ¿Vamos? Está bastante oscuro, hace mucho frío. Deberías volver a tu casa.

—Aquí estoy bien. Es más seguro que en mi casa, se lo aseguro.

Con ese comentario, a Franco se le ocurrió que Florencia había dormido más de alguna vez en la playa y que no era la primera vez que recibía un golpe.

—En ese caso, déjame acompañarte. No me gustaría que te pasara algo malo, eres muy joven y bonita...

—No diga tonteras, mejor váyase a su casa —dijo repentinamente molesta. Se puso de pie de un salto, acomodándose su gorro y caminó por la playa. Intrigado, Franco optó por seguirla.

—¿Qué pasó? ¿Dije algo malo? —la joven no respondió—. Dime qué hice mal para mejorarlo. No quiero volver a molestarte, eres mi única amiga en este lugar.

La joven se detuvo en seco y se volvió hacia él.

—Si quiere ser mi amigo, no me diga piropos. No me gustan.

Franco quedó descolocado.

—¿Por qué? Disculpa si te ofendí, sólo dije lo que pienso. Que eres

bonita. No una supermodelo, sólo bonita. Como tierna. Agradable a la vista. Es algo que de seguro notas tú misma al lavarte la cara por la mañana, así como yo me doy cuenta que soy un tipo atractivo cuando me miro al espejo —remató con tal falta de humildad que Florencia rio muy a su pesar. No se podía molestar con él.

—Está bien. Por ser usted se lo dejo pasar. Sólo esa palabra, ninguna otra.

La joven retomó su andar. Franco se dio cuenta que estaba oscuro y deseó poder volver al jeep, pero no lo haría sin ella. La siguió, intrigado.

—¿Tienes algún trauma con los piropos?

Florencia apretó la mandíbula y visualizó claramente, como cada día desde lo sucedido, todo lo que pasó, pero no pudo contarle a Franco su historia. Éste intuyó su dilema.

—Yo te contaré algo mío, a cambio de que me cuentes lo tuyo. No es necesario que lo hagas hoy, pero me gustaría saberlo para no volver a meter la pata a futuro.

Franco se quitó la chaqueta y la dejó sobre los hombros femeninos. Florencia lo miró de soslayo y le prestó atención mientras caminaban.

—Yo iba a casarme. Eso ya lo sabes, pero no los detalles escabrosos. La que era mi novia se llama Antonia, es modelo de catálogo de ropa interior. Una belleza, coqueta, maravillosa. Es de estas mujeres que aún recién levantadas y despeinadas se ven sensuales. La conocí hace dos años y nos pusimos a pololear casi enseguida. Nos comprometimos hace ocho meses en matrimonio, porque pensamos que ya era tiempo y la pasábamos bien, pero dos meses después mi abuelo fue diagnosticado de cáncer de próstata en etapa terminal, por lo que empecé a viajar los fines de semana a Cartagena para verlo y acompañar a mi abuela, porque fueron muy buenos conmigo cuando niño. Antonia pareció entenderlo y me dijo que mi lugar era con ellos y que no le molestaba. Hace mes y medio mi abuelo tuvo una crisis, estuvo internado muy grave, pensamos que moriría esa noche y no pude asistir a un desfile de Antonia. Cuando mi abuelo pareció estabilizarse, viajé a Santiago para pedirle disculpas en persona y discutir algunos temas del matrimonio, pero como estaba muy cansado, mi primo Marcel me acompañó. El conserje de su edificio me conocía y nos dejó pasar, yo tenía las llaves de su departamento y entré. La encontré con un tipo en la cama, al que ella defendió como “el amor de su vida”. Yo no sé en qué pensaba Antonia queriendo casarse y a la vez, teniendo una relación paralela. Es algo que no entiendo y me repugna.

Florencia levantó la vista hacia Franco.

—Me imagino la tremenda desilusión que se llevó usted con eso.

—Sí, fue muy grande. Le grité al tipo, le grité a ella y cuando salí al pasillo, aconsejado por Marcel que no quería que me fuera a los golpes, Antonia salió a gritar que la culpa de que tuviera un amante era mía por ser... ser... un weón impotente, de cualidades amatorias decepcionantes, poco atractivo y sin porte, que no era un hombre que una mujer presentara con orgullo a sus amigas y que se alegraba que la hubiera descubierto porque le daba pena dejarme sabiendo que ella era lo mejorcito que yo tendría alguna vez. Marcel me sacó de allí, temiendo que yo le hiciera daño a esa... esa bruja y así pasó un mes. Cancelamos el matrimonio, avisamos a los familiares y yo al menos pude dedicarme a mi abuelo. Él murió hace dos semanas.

—Ay, no... don Franco...

—No pasa nada, pequeña. Él ya dejó de sufrir y yo tuve la fortuna de conocer el gran hombre que fue —dijo con la voz un tanto ahogada, mirando hacia el mar—. Él fue uno de los padres que tuve. Él, junto a mi tío Joaquín y Marcel, son los hombres importantes que influyeron en mi vida, que me escucharon, me aconsejaron, me educaron. Cuando murieron mis padres yo era un niño que no entendía mucho la muerte. Más que el dolor, me quedé con esa sensación de soledad y desprotección cuando ya no los tuve, pero ahora que el abuelo se fue, que yo sabía que no lo vería más, que vi su sufrimiento y el de mi abuela y la familia, lo resentí mucho y la pasé muy mal. La acusación de Antonia sobre mí tenía algo de cierto, debo reconocerlo. En el último tiempo, cuando nos juntábamos, yo no estaba de ánimo para intimar. ¿No te molesta que te hable de eso? Estoy confiando en ti, sin morbo, pero si te sientes incómoda...

Florencia no entendía mucho aún de asuntos sexuales, pero le pareció que lo que le había contado Franco era algo bastante grave, es decir, no era el tipo de cosas que un hombre revelaba por aquello del orgullo masculino y por eso valoraba la confesión. A ella le daba lo mismo los problemas que él tuviera, era su amigo y jamás se reiría.

—Está bien.

—Bien, mi abuelo falleció y no sólo él descansó. Yo mismo descubrí al día siguiente del entierro lo agotado que estaba entre el trabajo, el hospital, la casa de mi abuela y recordé que tenía el mes que me iba a tomar de luna de miel aún disponible. Lo hablé con Javier y decidí tomarme estos días. Pensaba ir al sur, pero mi amigo insistió en que me quedara unos días aquí y

el resto es algo que sabes. Sólo quiero estar tranquilo para regresar a Santiago recargado.

Arropada con la chaqueta, Florencia se cruzó de brazos, preguntándose por primera vez si Franco tendría frío. Se detuvo y miró hacia atrás, resolviendo emprender el regreso, sabiendo que él la seguiría y se meterían al jeep. Daría la vuelta a la formación rocosa.

—¿Sabe, don Franco...?

—Por favor, no me digas don Franco. Se supone que me estoy confesando con una amiga, no con una niñita o una empleada. Dime Franco, nada más.

—Franco. Le quería decir que su historia es un poco rara. Es decir, logro sentir su dolor y preocupación por lo de su abuelito, pero con lo de su novia... ¿Usted la quería?

—Claro que sí. Salíamos, nos gustaban las mismas películas...

—Ya, pero yo también quiero a mi amiga Lore de ese modo. ¿Usted estaba enamorado?

Franco se quedó pensando esta vez. En efecto, él no era muy de decir “te quiero”.

—Soy el tipo de persona que actúa desde la razón. Supongo que, a mi modo, la quería y ella lo entendía o eso me pareció. Yo tampoco escuché nunca ser la razón de su vida.

Florencia se rascó la cabeza bajo el gorro.

—Pero es que... por algo se consiguió a otro fulano. Además, usted me dijo que se iban a casar porque era apropiado, que por el tiempo de relación. No por amor.

—Uno se casa por muchas razones, además del amor. Con Antonia teníamos proyectos en común, gustos. Nos pareció una buena idea y yo siempre he querido formar un hogar. Bueno, tal vez tengas razón y nos faltó amor. Quizá yo actué mal, no lo sé.

—No diga eso. Sea cual sea la versión de su novia, ella eligió una mala manera de resolver el conflicto, traicionándolo. Creo que esas cosas deben conversarse, si se sentía sola se lo pudo haber dicho —suspiró—. Si lo hubiera querido, no le hubiera hecho eso. Ojalá usted encuentre a una mujer mejor, que lo valore y que cuando sienta que usted no la esté queriendo, se lo diga, para hacerle ver que su cariño le importa.

Franco la miró de reojo. Ella creía en él.

—¡Guau! ¿Por qué no te conocí antes? Oh, claro, eres muy joven, pero

dime, ¿tendrías un novio como yo?

Florencia se encogió de hombros, entendiendo que él bromeaba.

—Esas cosas no me interesan, pero si yo pudiera, no lo sé, usted está viejo para mí.

—¡Tengo apenas veintisiete años! —dijo Franco, ofendido.

—Y yo dieciocho. Ni siquiera debería preguntarme esas cosas. Me lleva nueve años.

—Tienes razón, pero entiende que soy un hombre decepcionado de todo. A veces no razono mucho sobre las cosas y fuera de broma, me siento inseguro como hombre.

Confortada por el calor de la chaqueta, Florencia miró al cielo, eligiendo sus palabras.

—No diga eso. Lo poco que conozco de usted es bueno. Es un poco raro, pero es divertido y aventurero y a juzgar por las llamadas a su abuelita, preocupado de la gente que quiere. Quizá no sea dado a decir “te quiero” pero estoy segura que sabe expresarlo de otra forma y tiene algo que... no sé por qué, pero me inspira confianza. Si usted fuera mi vecino siempre en vez de unos días sería... sería... no me sentiría tan sola en esa casa vacía. Antonia no sabe lo que se perdió.

Franco la miró muy sorprendido. Florencia no parecía tener un interés romántico en él, de hecho, era él quien la buscaba cada día para jugar. Pero al parecer, esas cosas que había dicho las creía sinceramente y le hizo sentir que algo entibiaba dentro de él.

Cuando llegaron al jeep, Franco se sorprendió de que ya estuviera oscuro y las luces de la ciudad se vieran más allá. Dentro del vehículo avanzaron a un sector mejor iluminado.

—Gracias por tus palabras. No sabes lo que significan para mí en estos momentos —dijo desde el alma. Enseguida reguló el calefactor, porque estaba temblando.

—Lo mío es más complicado —comenzó la joven, después de unos minutos—. Mis padres trabajaban, mi madre lo hacía por turnos porque era enfermera y mi padre jornada completa en un aserradero por aquí. A veces me quedaba sola en casa, en las noches o en las mañanas o en las tardes. Yo me quejaba continuamente de eso, así que cuando un hermano de mi madre se ofreció a rondar la casa para ver que estuviera bien y hacerme compañía, todos pensamos que era una gran idea. Yo tenía once años, mi cuerpo había cambiado y él me lo hizo ver siempre que podía. Yo me sentía muy atractiva,

como cualquier niña de mi edad, me gustaba pensar que al ser mayor me vestiría “como toda una mujer” pero eso cambió una semana que enfermé y caí a la cama con fiebre. Mi madre me atendía y cuando se iba quedaba su hermano. Al principio, para bajarme la fiebre, pasaba un paño húmedo por mi frente, mi cuello y bajo mis axilas. Después fue más allá, hasta mis piernas, y mis... mis... —Florencia suspiró, cruzándose de brazos—. Mis pequeños pechos. Maldito cerdo. Yo lo sentía sobre mí, pero me dolía todo, no me sentía capaz de moverme. Cuando se me acabó la fiebre pude razonarlo y supe que lo que él me hacía estaba mal.

—¿Se lo contaste a alguien?

Florencia negó con la cabeza.

—Tenía mucha vergüenza, además él regresó, me dijo que mataría a mi papá, que la culpa era mía por ser tan sensual y por convertirme en una "hermosa" mujer. Muchas veces usaba un lenguaje obsceno para referirse a mí. Me llamaba su putita. Me manoseaba, se masturbaba frente a mí. Me pasaba su cosa por el cuerpo...

La joven se quedó callada. Franco tuvo la necesidad de hacer una pregunta.

—¿Te violó?

—Yo no sé si eso me hubiera hecho más daño. No lo hizo, porque un día mi mamá llegó a una hora diferente y escuchó cuando me amenazaba, teniéndome sin ropa. Pensé que todo había terminado, pero no fue así. Mi padre... no hizo ninguna denuncia, me dio a entender que sería complicado lidiar con la familia si denunciábamos. Mi mamá lo apoyó en eso, pero al menos no le permitió acercarse a la casa. El tío entonces era prometido de Claudia y mi madre habló con ella para que terminaran, contándole mi historia y Claudia dijo que la culpa era mía por provocarlo, pero... Franco, yo tenía once años. ¡Él me daba asco! Con las semanas, se destapó un caso de abuso en la familia de Claudia, por parte de mi tío y entonces ellos sí hicieron una denuncia. Mi mamá me dijo que declarara, que ese hombre ya no era su hermano, entonces le hice caso, me sometí a muchos exámenes psicológicos y físicos, pero por lo menos lo metieron preso porque la otra niña si era pequeña. No sé quién fue más horrible, si mi tío o su abogado. No soporté bien la presión y perdí ese año escolar, por eso voy atrasada. Mi padre me decepcionó por no hacer nada para defenderme y porque en el fondo, siempre ha pensado que yo me merecí lo que me pasó. Que debí haber escapado cuando empezó lo del tío, que tuve que haberles contado, que por mi culpa

eso se prolongó por meses —Florencia suspiró—. Yo estaba aterrorizada, no sabía qué hacer... no sabía.

La joven miró hacia fuera. Franco le sobó un hombro, de modo amistoso.

—No tienes que disculparte —dijo—. Eras una niña en manos de un manipulador. Soportaste la situación porque para ti, que el tío matara a tus padres era una posibilidad, y actuaste para protegerlos a costa de ti misma. Aunque no fue la mejor decisión, dentro de tus opciones fuiste muy valiente, Florencia y lo sigues siendo. Eso es lo que pienso.

La joven, sorprendida, pensó que era primera vez que alguien le decía esas palabras. Sonrió levemente y miró a Franco de reojo.

—Tú no tienes la culpa de lo que te pasó, y creo que lo enfrentaste muy dignamente. Eras una niña que tuvo la mala suerte de encontrarse con ese enfermo —siguió muy serio.

—Mi padre no cree lo mismo.

—Florencia, tu padre es como una más de las muchas personas en este país que cree que una mujer se merece de todo sólo por ser mujer, tratar de verse guapa o sensual. No esperes que te apoye en ese sentido.

—¿Qué habría hecho usted?

—Pues... hubiera hecho picadillo a tu tío, porque le pasó lo mismo a la prima que se crio conmigo. Debo decirte que, aunque a ella le costó, se repuso, encontró a un buen hombre que la comprende y ahora está casada, pero de todas maneras... —respondió sinceramente—. Yo odio a los que abusan de niños. Son repugnantes. Son una verdadera mierda. Pero tú, al día de hoy... ¿Cómo te sientes con todo eso?

—Quisiera ser invisible, tengo miedo de que algún hombre me mire como lo hizo él. Duermo mal, a veces tengo pesadillas, sueño que él entra a mi pieza mientras duermo... otras veces siento que me odio, que odio mi cuerpo, que odio verme como una mujer, no soporto que me digan halagos, por eso... lo de hace un rato —dijo encontrando la mirada masculina con un velo de consternación—. No ha habido un solo día en todo este tiempo que no recuerde eso. Yo... daría lo que fuera por retroceder y evitar que eso pasara, pero... pero no se puede y debo vivir con esto, y tratar de sacar algo bueno. De dar mi mejor esfuerzo para lograr cosas buenas. Es lo que hubiera querido mi mamá. Es lo que me dijo en una conversación el día antes del terremoto.

—Esa es la actitud que yo esperaba de mi chica —dijo Franco animado—. Nada te liberará del recuerdo de tu desgracia, pero debes luchar para que tu futuro sea más feliz que lo que tienes ahora y lograr tus sueños. Lo

conseguirás, lo sé. Te pido una disculpa por lo del halago. No sabía y si no quieres, no volverá...

Una lágrima se deslizó por la mejilla de la joven y él la captó. Le preguntó si estaba bien.

—Está bien. No se preocupe. Usted puede llamarme como quiera. Tener miedo es agotador y no sabía lo que se sentía conversar con un amigo así, tranquila. No sabía lo que era que un amigo me dijera que me había seguido para cuidarme. Yo no sé quién lo mandó para acá, pero sé que estoy muy agradecida por conocerlo. De usted no temo.

Franco le sonrió con ternura, un sentimiento que él no solía dejar aflorar en él.

—Muy bien. Supongo que esa distinción me hace tu amigo y te aseguro por mi parte, bonita, que esto es para siempre. Me siento muy honrado si no temes de mí. De verdad, mucho. Descansa del miedo porque hasta el día que yo me vaya te protegeré y me cuidaré mucho de lastimarte. ¿Quieres escuchar música? Te daré el honor de tocar la que quieras en mi radio.

Florencia hablaba muy en serio cuando le dijo a Franco que se sentía tranquila con él, porque se quedó dormida en su asiento. Sonriendo de medio lado, él encendió el motor y guio el jeep hasta la casa. Ella debía dormir bajo techo.

La joven despertó de camino y exigió un churrasco a cambio de regresar a casa. Franco aceptó, pero al llegar a casa no había nadie. Florencia quería dormir donde una amiga.

—Está bien que seas una muchacha, pero no pienses a lo tonto —explicó Franco—. Esperemos a que aparezca tu padre.

Francisco regresó media hora después, cansado en su bicicleta. Franco salió raudo del jeep y le explicó la situación.

—Ella está muy sentida con usted. Creo que sería bueno que conversaran calmadamente.

Francisco fue hacia su hija, pero Franco le tomó de un brazo y le habló por lo bajo.

—Primero hablaremos nosotros. Golpear a una hija se enmarca dentro de lo que es violencia intrafamiliar y yo perfectamente puedo denunciarlo y hacerle pasar un mal rato. Esta vez no lo hice porque ella me lo pidió, pero le

advierto, no pruebe mi paciencia, porque no es mucha.

Francisco miró a su hija, hundida en el asiento del copiloto. Se le apretaba el corazón de verla así y pensaba que le hubiera gustado que alguien le enseñara a ser un mejor papá para ella. Estaba arrepentido de lo que había hecho.

—Ella lo quiere mucho. Lo echa de menos. Es una joven muy buena y cualquiera estaría orgulloso de ella. Cuando la conocí, hacía una cerca para las flores que plantó su mamá...

Sorprendido, Francisco miró hacia el antejardín. Había notado el trabajo, pero no se le ocurrió preguntar cómo apareció.

Franco abrió la puerta del jeep y finalmente Florencia salió, cabizbaja. Ella y su padre peleaban con cierta frecuencia y aunque ella se enfadaba con razón, le dolía el alma hacerlo contra él. Florencia lo quería mucho.

—Florencia, perdóname, no debí tratarte así —dijo Francisco con la voz ahogada, abrazándola—. Salí a buscarte, me asusté mucho.

La joven no dijo nada. Francisco miró a Franco.

—Mi hija me preguntaba si podría usted visitarla en casa durante la semana. Yo... debo reconocer que tengo mis reparos con eso, pero si así ella puede estar más tranquila, puede invitarlo cuando guste. Eso sí, no se puede quedar a dormir.

Franco despertó tranquilo. Tuvo sueños agradables y ni siquiera le importó seguir soltero otra temporada. Estaba comenzando a pensar que Antonia le había hecho un favor al tener un amante: realmente hubiera sido un desastre tener una mujer infiel, egoísta y que tenía un bajo concepto de él. Ahora él podría buscar una mujer buena con más calma, aunque debía reconocer que extrañaba el cuerpo de Antonia en su cama. Era cierto que en el último tiempo había tenido problemas con sus erecciones, pero en general siempre había disfrutado del sexo. Pensó en Florencia para quien la idea de intimar podía resultar una tortura y deseó que pudiera encontrar también a un hombre bueno que le tuviera paciencia, la cuidara y la quisiera. Si él estuviera en esa posición, haría lo imposible para que pudiera ser feliz y dejara los recuerdos malos atrás.

Salió a barrer su antejardín cuando notó que Florencia y su padre salían de compras, aprovechando de sacar a Negra de paseo.

Florencia se veía radiante con su padre al lado. Ese día hizo una concesión para mostrar su cabello, llevándolo tomado atrás. Ella se le acercó.

—Mi papá lo invita a almorzar. Lo quiere conocer un poco más —dijo la joven.

—Dile que ahí estaré.

Padre e hija se retiraron y sonó el celular de Franco. Era Javier y tras el saludo, pasaron a las noticias.

—No hay muchas noticias. Aún no nos vamos a la quiebra sin ti, pero Antonia está intratable. No te llamé antes porque me sigue a todos lados, convencida de que en algún momento le diré dónde estás o a qué número llamarte. De buena te libraste. Está bien loca. Ahora se le ocurrió que tú eres el amor de su vida y que lo de Arnoldo fue un tremendo error.

Franco no sintió emoción ante esa idea.

—¿Sabes, Javier? He de confesarte que me ha sido muy fácil aceptar que Antonia no me quiere y después del primer momento, ni rabia he sentido. Yo siempre pensé que, si algo así me pasara, sufriría más, la extrañaría, haría un escándalo, pero no, estoy muy cómodo aquí, lejos de ella y sus exigencias. He podido salir a caminar, ir a la playa, he conocido a gente buena.

—Apuesto que ya conociste a Florencia, la hija de Francisco.

—Sí, desde luego.

—Es una niña desaliñada pero muy talentosa. Fíjate que el cuarto de mi hermano lo pintó ella hace unos años.

Precisamente aquél era el que tomó Franco para su descanso. Le gustaban los colores.

—Nunca supimos bien qué pasó, porque de una Barbie se convirtió en un chiquillo. Bueno, no nos podemos meter en sus gustos, pero es una gran persona. Siempre ayudaba a mi mamá con las compras y sabe hacer de todo, incluso sabe un poco de gasfitería. Mi madre decía que aprendió esas cosas porque pasaba todo el día sola en casa y debía valerse por sí misma. Mi madre le enseñó a cocinar.

—Hablando de la madre de Florencia... ¿Cómo fue que murió? ¿Sabes eso? Ella dice que fue para el maremoto, pero tu barrio está en altura, no creo que el agua haya llegado hasta aquí.

—No, claro que no llegó ahí. Lo que pasa es que ese día la mamá de Florencia asistió a una fiesta que hacían en la isla Orrego, para celebrar el fin del verano y esa fiesta se llamaba Noche Veneciana. Cerca de las tres de la mañana a la Flo se le ocurrió irse de allí. Insistió tanto que el papá la fue a

dejar a regañadientes a la casa y al llegar los encontró el terremoto. Cuando don Francisco y la Flo corrieron a la isla entró la primera ola y no pudieron hacer nada. ¿Te acordai que ese día la luna brillaba como nunca? Gracias a eso ellos vieron cuando el agua arrasó con la isla.

—Vaya. Realmente fue terrible —dijo Franco, consternado con la historia—. Ella es muy valiente, aunque echa mucho de menos a su mamá.

Al otro lado de la línea, Javier se atoró con algo.

—¿Y cómo sabes eso? ¿Han conversado?...

Franco sonrió.

—Digamos que hemos intercambiado información de nuestras vidas. Me cae muy bien.

—Vaya, tú sí que te vas a los extremos, de una modelo a algo que no se sabe qué sexo es. Veo que esa chica te ha impresionado, aunque es una niña aún. Debe tener unos quince.

—Dieciocho.

—Bueno, al menos si te resulta algo con ella no te meterán a la cárcel, pero mejor no te metas en líos, amigo Franco. Esa niña no tiene interés en el sexo opuesto. Se le nota. Entiendo que te llame la atención, es preciosa y seguramente la ves como un desafío, pero después de lo que te pasó, quédate solo un tiempo y después busca a alguien de tu edad.

—Oye, oye, no insinúes cosas. Ella es... es... como el hermano menor que nunca tuve.

Javier soltó una carcajada.

—Está bien, te creo. Hay algo más que debo comentarte. Mañana por la tarde va a ir una pareja a ver la casa, será como a las cuatro, para que estés allí y se las muestres.

Pasaron unos días y el miércoles Franco estaba un poco ausente. Florencia le preguntó si tenía algún problema con los tallarines con salsa boloñesa que le sirvió para comer.

—No es eso. Lo que pasa es que tengo que irme esta noche, porque ya vendieron la casa de Javier y mañana llegan otras personas. Tengo cargado el jeep, pero no estoy seguro de a dónde ir.

—¿Quiere decir que se irá? ¿Y recién hoy me lo viene a decir?

Franco miró atentamente a Florencia. Tenía el cabello recogido hacia

atrás en una larga trenza y se veía realmente triste por lo que él le acababa de comentar. Él siempre se planteó quedarse sólo unos días en Constitución, pero ahora la belleza del sur de Chile no era suficiente aliciente para seguir su viaje. Se quería quedar allí.

Florencia apoyó los codos en la mesa y el mentón sobre sus manos.

—Pensé que podría salir a pasear con usted ahora que estoy de vacaciones. ¿No se puede quedar acá, conmigo? Lo puedo guiar al Faro Carranza.

—Tu padre me dijo que no puedo dormir dentro de la casa.

—Bueno, no duerma aquí, duerma en su jeep. Me parece que el asiento trasero es muy cómodo y yo le puedo prestar frazadas. Puede ocupar aquí el baño y desayunar, yo no le cobraré. O puede ir a un hotel económico de por aquí.

Franco iba a decir que tomaría el hotel, pero por alguna razón le pareció atractivo dormir en el jeep.

—Lo haré si me permites aportar para los alimentos y otros gastos. Es lo justo.

—Entonces está resuelto —dijo Florencia pasando al postre—. Le daré algunas frazadas y listo.

Dormir en el jeep no resultó tan mal, sobre todo porque cabía en el antejardín de Florencia, de modo que su ocupante quedó a salvo de las miradas de los vecinos. Lo mejor es que pudo desayunar acompañado. Cuando sacó la basura, Franco se topó con Claudia.

—¿Vendrás a mi fiesta este sábado?

—No lo creo.

—Vamos, ven conmigo.

—No estoy seguro. No conozco a nadie de esa fiesta.

—Me conoces a mí.

—Debes reconocer que eso no basta.

—Pues bien, lleva a la mocosa para que no te sientas tan solo. Invítala.

Horas después, en el carrito de completos de don Sergio, a Florencia no le gustó la idea.

—No me gustan las fiestas, hay muchos desconocidos.

—Tal vez sea bueno para ti hacer cosas de jóvenes.

—¿Ir a una fiesta de Claudia es algo de jóvenes? Creo que usted está razonando erróneamente.

—Pero te divertirás...

—Apuesto que usted no le pudo decir que no y por eso me está pidiendo que vaya.

—Pues... algo así.

Suspirando, Florencia claudicó.

—Bien... pero le aclaro desde ya una cosa. Ni brillo labial, ni vestidos, ni nada especial. Iré como usted me ve ahora.

—No esperaba que fuera de otra manera, Florencia —dijo Franco, añadiendo un poco de ají sobre la mostaza. Ella hizo un mohín al verlo porque odiaba el picante.

Dentro de esa semana, Franco se entretuvo conociendo mejor la zona acompañado de su simpática guía turística. Constitución contaba con playas de arenas oscuras y enormes formaciones rocosas, fascinantes por la majestuosidad con la que se erguían junto o dentro del mar. Además de la Piedra de la Ventana conoció la Piedra del Elefante o la Piedra de la Iglesia, entre otras, porque eran aquellas cuyos nombres Florencia conocía. El Faro Carranza le pareció todo un acierto y le encantó, al pensarlo como una gran luz que se mantenía encendida de noche. Le pidió a Florencia que le sacara fotos allí y a su vez él le sacó alguna. Se las ingenieron para obtener fotos de ambos.

Le llamaba la atención el viento de la costa. A veces era como el de cualquier otra playa que conociera, pero en otras ocasiones era desproporcionadamente fuerte, en especial en algunos sectores. Tanto, que sentía los granos de arena estrellarse con fuerza contra sus pantalones a la altura de las piernas. Animado por Florencia, hizo el ejercicio de abrir los brazos y proyectar su cuerpo hacia delante, sintiendo el viento golpeándolo de lleno. Eso lo tenía intrigado, al punto de sentirse estafado cuando el viento se tornaba normal. Por contra, se divertía trepando algunas formaciones rocosas a las que podía acceder.

Desde luego los servicios de Florencia no eran gratis y tuvo que acompañarla a algunos lugares muy emotivos para ella. El primero fue al cementerio, a dejar flores. El segundo fue a la isla Orrego, a la que llegaron

mediante una embarcación. Franco siempre pensó que al ser una "isla" estaría en medio del mar y le sorprendió notar que se encontraba en medio del río Maule, cerca de la desembocadura, por lo que era visible a simple vista y a la que podía acceder mediante un servicio de lancha. En ese lugar había un memorial recordando la tragedia y Florencia se recogió unos momentos, tras encender unas velas. Franco se mantuvo junto a ella, a pesar de sentir un escalofrío en la espalda y mirando en rededor con disimulo. Allí había muerto tanta gente...

Se sintió aliviado cuando Florencia le anunció que ya se iban, principalmente porque estaba empezando a lloviznar.

—No quiero ser desubicado, pero entiendo que, de las personas arrastradas por las olas, muchas no aparecieron. Sin embargo, tú antes has ido al cementerio. Esa tumba de tu mamá ¿es conmemorativa o...?

—La encontramos a la semana —dijo Florencia, camino al embarcadero—. Mi mayor temor era no dar con ella, pero tuvimos suerte y la sepultamos. Realmente descansamos con mi papá, pero muchas familias no tuvieron esa suerte y todavía siguen buscando y lo lamento mucho, porque siento que ellos viven un duelo sin fin. Tal vez parte de entender la muerte es verla en el ser querido y desde ahí podemos empezar a aceptarla. Yo sé que mi madre murió porque vi su cuerpo, pero si no hubiera sido así, podría pensar que está de viaje o que su alma no descansa por no estar sepultada.

Franco razonó las palabras de Florencia. A veces le parecía que ella decía muchas cosas interesantes, por eso le gustaba charlar con ella.

A pesar de anunciar que volvería el sábado en la mañana por un compromiso, Francisco llegó el viernes cerca de las once de la noche, porque prefirió ir con su hija, pero se llevó una sorpresa cuando encontró el jeep de Franco en su sitio y más encima, con éste durmiendo adentro con una linterna encendida que empezaba a parpadear. Corrió a exigirle explicaciones a su hija, que se levantó soñolienta.

—Tú me dijiste que él no podía dormir dentro de la casa y lo echaron de la suya porque la vendieron, así que pasa aquí el día y duerme allí afuera.

Francisco fue a despertar a Franco para que durmiera bajo techo con ellos y aunque él rechazó la oferta un par de veces, acabó aceptando.

Afuera llovía. Francisco dormía la siesta tras el almuerzo y Florencia

lavaba los platos mientras Franco los secaba.

—Ahora que terminas la enseñanza media, ¿qué vas a hacer? Me dijiste hace unas noches que querías trabajar.

—Sí, tengo que trabajar porque quiero ir a la universidad y si no consigo una beca necesitaré el dinero. He decidido estudiar Prevención de Riesgos. De eso viviré, de minimizar los riesgos para la gente. Pero hay algo más que me gusta mucho y son las artes. Me gustaría dejar eso como un hobby para enriquecer mis ratos libres. ¿Le puedo mostrar algo? —dijo secándose las manos.

Franco siguió a Florencia hasta su cuarto, que era todo un mundo dentro de esa casa, con fotografías por todas partes de su familia y amigos. La joven sacó una caja de debajo de la cama, con sus dibujos o con fotos de cosas que ella había hecho, como la decoración del cuarto del hermano de Javier, entre otros.

—Veo que ya tienes un portafolio —dijo Franco alelado.

—¿Un qué?

—Un portafolio. Así le dicen los profesionales a las muestras que los fotógrafos o diseñadores guardan de sus trabajos, para enseñarlos cuando buscan trabajo. El tuyo es muy completo y bonito. Los retratos te quedan naturales. Yo nunca aprendí a dibujar tan bien como tú. Bueno, tampoco me interesaba mucho —admitió.

Francisco despertó de su siesta y al pasar por el cuarto de su hija, la encontró charlando animadamente con el forastero, porque tenían la puerta abierta. Él observaba sus trabajos y le daba una opinión al respecto.

Nunca había escuchado a Florencia hablarle con tanta confianza a alguien.

Hubo que convencer a Francisco para que le diera permiso a Florencia de ir donde Claudia. La verdad, Florencia tampoco se esforzó demasiado en conseguirlo y Franco tuvo que prometer miles de cosas, como no dejar que esa mujer molestara a la joven y menos dejarla sola.

—A la una de la mañana los quiero aquí —dijo Francisco severo, y Franco ante eso no pudo discutir.

Se prepararon, entonces, y Florencia, fiel a su palabra, se puso una camisa, una chaqueta negra holgada y pantalones negros con zapatillas

“chapulinas” de color rojo con las puntas y talones blancos. Recogió su cabello, lo tapó con una boina y feliz con su aspecto feúcho, salió a buscar a Franco. Cuando él apareció, a Florencia le pareció que nada quedaba del Sombrero Loco de las mañanas y en cambio, le habían puesto delante a algún actor de teleseries.

—Se ve rebien —dijo la chica—. Está muy guapo. Cuídese de Claudia.

—¿De verdad piensas que me veo guapo? —preguntó Franco camino a la fiesta. Iban a pie para ejercitarse después de una semana comiendo comida chatarra.

—Pues sí.

—¿Crees que esta noche pueda conseguir novia? Me siento un poco aburrido de la soltería.

Florencia miró a Franco sin comprenderlo.

—No me parece buen negocio hacerse de una polola en esta región si usted es de Santiago. Dicen que las relaciones de lejos no resultan.

—No creas todo lo que dicen. Si yo estuviera realmente interesado, si estuviera convencido de que es la mujer de mi vida, no me importaría la distancia o bien haría lo necesario para llevarla conmigo —dijo Franco parando antes de entrar a la casa de Claudia. Se moría por escuchar la respuesta de Florencia.

—¿Y si ella no pudiera irse de aquí?

—¿Por qué no podría?

—Bueno, no sé. Tomemos el caso de mi padre y el mío. Él no puede llevarme porque estoy en el colegio, y a estas alturas del año y más estando en cuarto medio, yo no me puedo cambiar.

—Quieres decir que, si yo quisiera casarme contigo y llevarte a Santiago, no podría.

Florencia pestañeó un par de veces. ¿En qué momento llegaron a eso?

—Bien, no quería ponerme de ejemplo para lo suyo, pero sí dejarle claro que a veces ni todo el amor puede cambiar las circunstancias de una persona y en ese caso le tocaría esperar a que yo... es decir, ella pudiera irse con usted. Eso si no tiene otros planes.

—Siguiendo con tu ejemplo, y no me mires así, si tú misma lo trajiste a colación, no sería tan problemático porque tú quedarías libre en diciembre de todo el tema escolar y ya me has dicho que quieres seguir estudiando. Santiago está plagado de universidades, así que si quisieras estar cerca de... pues de mí, por ejemplo, ¿te irías a estudiar allá?

—Usted dice cada cosa —dijo Florencia luego de un par de segundos y entró a la fiesta. Franco la siguió, sorprendido de sus ganas de escuchar su respuesta.

Capítulo Tres: Despertando a Florencia

Había mucha gente y Claudia, la cumpleañera, se veía despampanante con jeans y suéter muy ajustados que destacaban sus curvas.

—¡Oh, Franco, llegaste! Ven, te presentaré a unos amigos.

De pronto, Florencia se encontró sola en medio de un mar de gente. Se estaba mareando con las luces cuando sintió que la jalaban hacia alguna parte.

—Tu padre me dijo que no me separara de ti y es lo que haré —dijo Franco tomándola de un brazo. Florencia alcanzó a ver la mueca de disgusto de Claudia y sonrió.

—Si usted lo dice.

Como buena anfitriona, Claudia se ocupó de que sus invitados gozaran de la comida, las bebidas y la música, pero por lo mismo estaba poco tiempo con cada uno. Florencia se vio libre de su presencia mucho rato y logró relajarse junto a Franco, que entablaba conversación con cada persona que se le presentaba.

Con el resto de la gente Franco se desenvolvía con comodidad. Sabía de mundo, de economía y política. Tenía una opinión con respecto a todo... era realmente un adulto. Un hombre lejos de lo que era ella.

—¿Bailamos? —le dijo una simpática muchacha a Franco. Éste miró a Florencia con preocupación—. Ya veo, no quieres dejar solo a tu hermanito. No te preocupes, mi amiga puede bailar con él.

Florencia se encontró bailando al lado de Franco, con una chica muy divertida. La joven advirtió de inmediato que Florencia era una muchacha, pero no le importó y pasaron un buen rato.

—Prefiero bailar con mujeres cuando no está mi novio —confesó Isabel—. Los hombres pueden ser desagradables con las mujeres cuando queremos bailar y nada más que eso.

—Pienso lo mismo —dijo Florencia realmente contenta. Isabel era graciosa, ponía caras y hacía pasos divertidos. Aunque a Florencia no le gustaba llamar la atención, empezó a seguirla, y luego Franco y la otra amiga.

—Alguien dijo que Claudia pondría un karaoke. Vamos a buscarlo.

Los cuatro recorrieron la casa hasta llegar a un cuarto con una enorme pantalla led y un par de micrófonos. Un grupo abandonaba el lugar, aunque había más gente, así que Isabel se hizo con un micrófono y manipuló el aparato para seleccionar una canción.

Luego siguió el turno de Franco e Isabel y finalmente todos esperaron que Florencia cantara.

—No está entre mis habilidades... —comenzó, pero Franco le puso el micrófono en la mano.

—Vamos. Puedes hacer todo lo que te propongas y, además, nadie de los aquí presentes ha mostrado una voz de ángel. Tampoco los demás invitados nos están prestando mucha atención.

Florencia iba a replicar, cuando Claudia tomó uno de los micrófonos.

—Esta noche, Florencia Flores va a regalarme una canción por mi cumpleaños. ¡Por favor, vengan a escucharla!

La joven buscó apoyo en Franco.

—No quiero hacerlo... me da nervio. Se reirán de mí...

—No puedes disfrutar la vida si dejas de hacer cosas por miedo —dijo Franco muy cerca de su oído, básicamente para que lo escuchara sin tener que alzar la voz.

—Pero...

Florencia notó que el cuarto se llenaba ante el llamado de la cumpleañera.

—Haz de cuenta que no hay nadie más y sólo mira la pantalla. Yo cantaré contigo. ¿Qué dices?

Florencia iba a decir algo, pero reparó en el calor que emanaba el cuerpo de Franco. Tuvo la tentación de cobijarse en él para que nadie la mirara, pero se contuvo.

—Está bien.

Claudia activó la opción de elegir un tema al azar y apareció el título de una canción que había sido muy popular cuando empezó el verano, y que aún podía oírse en la radio llamada "Para toda la Vida" de Hermanos Anónimos. Era uno de los temas que Franco solía tararear en la soledad de su jeep y aunque sabía que desafinaría, comenzó a cantar con el mejor de los ánimos para acompañarla.

*Solía esconder mi corazón lastimado
por temores, sueños rotos, silenciado
pero sólo tú has podido calmarlo
cuando rozas mi mejilla con tu mano*

Franco miró de reojo a Florencia cuando escuchó su voz en la primera línea. ¿De verdad esa era su voz? Dejó de cantar para escucharla. Los asistentes dejaron de seguir con las palmas la música e incluso de corearla.

Florencia miró asustada a Franco en la pausa, lista para correr.
—Sigue, pequeña. Lo estás haciendo genial.

*Pensé que el amor
Nunca en la vida podría sentir
Hoy cada estrella en el cielo me recuerda a ti*

*No tengo experiencia, pero lo siento
palpitando en mi interior y gritando te quiero
Créeme, lo juro, no mentiría
Este sentimiento por ti es para toda la vida*

Casualmente, Florencia miró a Franco en la última parte del coro. Este sintió que algo atravesaba su corazón al escucharla. Florencia bajó la vista.

*Te vi sonreír, no sé cómo te acercaste
si buscabas cautivarme, lo lograste
Me haces soñar, desear abrazarte
aquí estoy, siguiendo tu luz y queriendo alcanzarte.*

*No tengo experiencia, pero lo siento
palpitando en mi interior y gritando te quiero
Créeme, lo juro, no mentiría
Este sentimiento por ti es para toda la vida*

*Cuando tú me miras así
Siento que puedo confiar
el temor y el dolor se quedan atrás*

*Y aunque no sé qué viste en mí
si me quieres, tú me tendrás
entre tus brazos he hallado mi nuevo lugar*

La música cesó tras la repetición del coro y todo quedó en silencio. Luego hubo un aplauso general, encendieron la luz del cuarto y Claudia se acercó a Florencia.

—Creo que este es uno de esos muy buenos regalos de cumpleaños que

me han dado.

Florencia ya había terminado y quería irse, pero Claudia tomó el micrófono.

—Quiero que pongan atención en esta chica.

Franco se encontró con la mirada preocupada de Florencia. Le puso las manos sobre los hombros.

—No voy a entrar en detalles, pero yo he sido malvada con ella. Le hice pasar, hace unos años, muy malos ratos. Afortunadamente hoy aceptó venir a mi fiesta, por eso, delante de todos, quiero decirte, Florencia, que te pido disculpas, porque tú tenías razón en todo y yo en mi porfía no quise hacerte caso y también quiero agradecer el que hayas ayudado en la captura del ladrón... y quiero decirte que yo recuerdo que antes cantabas con tu mamá en las fiestas del barrio y que nunca te dije lo linda que era tu voz y lo mucho que la extrañé cuando dejaste de usarla —dijo emocionada pues hablaba con el corazón.

—Es cierto, yo también recuerdo la voz de esta chiquilla —dijo Gloria, una amiga del barrio de Claudia—. También me acuerdo de lo mucho que nos ayudó tras el terremoto. Me convidó parte de su agua para mi hijo.

—Florencia, estamos claras que este es mi cumpleaños y soy yo la que debe brillar, no tú, pero no podía cumplir un año más, sin enmendar de algún modo mi error. Por favor, disfruta la fiesta, sé feliz. Y... hem... ¡Que siga la fiesta!

Florencia sintió muchas manos acariciando su cabeza y voces felicitándola. Escuchó por ahí una sugerencia para conformar una banda, pero estaba muy sorprendida aún y no podía pensar con claridad. Cuando lo hizo, todos se habían ido a bailar y ella se quedó sola con Franco.

—Si quieres irte podemos hacerlo. A la una tenemos que volver a casa y ya estamos en la hora.

Isabel y otras personas no estaban de acuerdo con que Florencia se retirara tan temprano y la misma joven deseó quedarse, pero pensó que esta era una oportunidad para demostrar a su padre que ella cumplía con sus recomendaciones. Le habló a Franco.

—Lo mejor es que regresemos a nuestro hogar.

Al día siguiente, Franco y Florencia andaban muy soñolientos. Francisco

se burló de ellos.

—Vamos a la playa para que despabilen un poco.

A pesar de ser pleno invierno, el día estaba agradable. Franco observó que las olas estaban furiosas y lo único que podía hacer era descalzarse y jugar con ellas.

—Tenga cuidado —observó Florencia, buscando resguardo del viento tras una formación rocosa—. Estas playas son para pasear en ellas, pero no para acercarse mucho al agua cuando hay este viento.

—Por favor, niña bonita, estás hablando con un hombre adulto. Sé lo que hago.

Florencia por toda respuesta bostezó y se acercó a su padre para descansar unos minutos.

La osadía de Franco pronto fue castigada cuando una ola entró con fuerza a la playa y lo cubrió hasta medio muslo. Por un momento él pensó que la ola se lo llevaría y Florencia por su parte se puso de pie al ver lo que sucedía. Apenas el agua se retiró, Franco corrió hacia su familia adoptiva mojado, asustado y con mucho frío.

—¡Se lo dije! ¿Por qué no me puede hacer caso? Si el agua se lo hubiera llevado nadie lo hubiera podido sacar —dijo Florencia furiosa— ¡Usted es muy idiota! ¡Un tonto!

—Ya, si no es para tanto, si no me pasó nada... —dijo Franco tratando de restarle importancia.

—¿Cómo que no es para tanto? Si le hubiera pasado algo... ¡¡Ahh!! —exclamó la joven frustrada, dándole un golpe en el pecho antes de salir de allí, con las lágrimas brillando en sus ojos. Francisco observó el comportamiento de su hija y se incorporó, pues asumió que con Franco mojado tendrían que volver a casa. Con calma caminó hacia la costanera donde el jeep estaba estacionado.

En tanto Franco, más consternado con la reacción de Florencia que con su casi ahogamiento, tardó un poco en moverse y cuando lo hizo fue para correr tras ella con los zapatos llenos de arena y agua. ¿De verdad se había asustado tanto con la idea de que a él le pasara algo malo? Y si así había sido... ¿Por qué? Él era sólo un hombre con quien se llevaba bien pero que pronto se iría, no era alguien para encariñarse y ella lo sabía. No se le ocurrió pensar que cualquier persona se espantaría ante la vista de otra a punto de caer en desgracia, menos recordar que Florencia había perdido a su madre a causa del mar. No. Sólo se preguntó si ella tendría por él algún sentimiento más

profundo.

Aun cuando le dio alcance no pudo saber el motivo. Florencia se negó a hablarle esa tarde y ya después esquivó el tema.

Sin dar muchos detalles de por qué iba, Florencia le hizo una visita al médico. No quiso ser acompañada, básicamente porque le daba vergüenza tener a Franco de chófer siendo que estaba de vacaciones. Éste se quedó solo en casa, aburrido, hasta que reparó en Negra. Ella era muy inteligente y por eso Franco decidió enseñarle un par de trucos. Había visto la noche anterior un programa en la tele sobre el tema, así que tomó unos bocadillos y se los llevó a la perra.

—Sienta —ordenó con fuerza. La perra sólo lo miró y agitó la cola. Entonces Franco le puso la mano sobre las caderas y presionó para que Negra se sentara.

A la quinta vez que hizo ese ejercicio, luego de ordenar "Sienta", la perra entendió y Franco le dio un premio.

Era increíble lo bien que se sentía hacia el animal. Algo parecido al cariño al ver que Negra seguía su orden. Antonia, su ex, odiaba los perros, así que cuando Franco quiso adoptar uno para saber lo que se sentía, ella de inmediato puso eso como una condición para separarse.

—Me perdí algo bueno de la vida cuando pude tenerlo, por privilegiarla a ella —le dijo a Negra, sentándose en una banca. La perra se echó a sus pies para la siesta del mediodía y él siguió—. Me equivoqué. Era hermosa. Me sentí el hombre más afortunado de la tierra cuando ella me miró y parecí gustarle. Fui un imbécil, entusiasmado con la idea de que había encontrado a mi compañera sin reparar que apenas disfrutábamos juntos, que no me quería. ¿Saben? Florencia tenía razón, yo tampoco la quise lo suficiente y ahora me doy cuenta de eso. Lo más extraño es que no me siento triste por el fin de mi relación, sino porque mi sueño se aleja de mí. Creo que eso es lo que me tiene más triste.

Negra bostezó y Emilia apareció ante Franco, sentándose sobre sus piernas y dando unas cuantas vueltas antes de acomodarse, pasando la cola cerca de su boca. Él se sintió como un personaje de Disney al reparar que hablaba con los animales y se tomó la cabeza.

—Si uno de ustedes dos me habla o se ponen a bailar, me pegaré un tiro

—dijo para sí, muy serio. Luego suspiró—. ¿Creen que los hombres sólo soñamos con tener muchas mujeres y aventuras? ¿Un Ferrari? ¿Con ser millonarios? Pues no, algunos queremos tener a quien querer y a quien proteger... además de ser millonario. Cuando niño, solía sentirme el intruso en la familia de los tíos que me criaron y aunque uno de ellos no hacía diferencias, sentí que les quitaba a mis primos algo que les pertenecía. Por eso quiero encontrar a una mujer que pueda quererme a mí y sólo a mí y que me haga sentir que su amor me pertenece por completo y que con ese amor podemos formar una familia. Soy un egoísta, lo sé, pero eso es lo que quiero.

Repentinamente, Negra se puso de pie y agitó el rabo, mientras Emilia saltó hacia un lugar atrás de él. Florencia acababa de llegar del doctor y preocupado por haber sido escuchado en su soliloquio, Franco se dio la vuelta con cierta vergüenza.

—Pensé que te demorarías más.

—Una paciente faltó y pasé en su lugar —dijo Florencia, evitando mirarlo.

—¿Y qué te dijo? ¿Me dirás qué te pasa?

—Nada grave. Me duele un poco la cabeza, me mareo y dice que podría ser la vista. Traté de sacar hora para el oculista, pero tienen para ocho meses más. Le diré a mi padre que me busque un oculista en Talca. ¿Sera muy caro?

—Los hay de todos precios. Yo uso gafas de lectura desde más o menos tu edad. Es importante que cuides tu vista para no tener problemas más serios.

La joven entró a la casa y él la siguió.

—¿Sabes, Florencia? Me gustaría hoy cocinar a mí. Te haré un súper guiso que me enseñó mi abuela, ya verás que queda rico.

El almuerzo quedó más que bueno y para reposar lo mucho que comieron, se echaron sobre el sofá para ver una teleserie que seguía la joven, acordando que saldrían a tomar chocolate caliente a una cafetería. Durante una tanda de comerciales, Florencia se volvió hacia Franco.

—¿Por qué eligió un lugar como este para vacacionar?

—Yo no lo elegí. Era lo que me ofreció mi amigo cuando mi novia rompió conmigo.

—Pareciera que hay cosas que usted no elige y sólo se deja llevar.

—No — dijo Franco luego de una reflexión—. No es así. Es decir, obviamente hay cosas inevitables que escapan de mis manos, pero en las cosas que sí puedo controlar me ha ido bien con mis decisiones.

—¿Cómo ser administrador de empresas?

Franco suspiró.

—Sí, y me costó mucho. Una de las primas con las que me crie es de la misma edad que yo y entramos el mismo año a la universidad. Mis tíos sólo tenían dinero para pagarle a uno así que tuve que trabajar en lo que pude para costearme los estudios. Yo sólo quería aprender a manejar las empresas para formar un negocio o trabajar para otros, para tener mi dinero y no depender de la voluntad de nadie más, nunca más. Ir y venir a mi antojo.

—Parece que no la pasó muy bien con su familia.

—No me malentiendas —dijo Franco mirando de reojo el televisor, donde la teleserie había comenzado de nuevo—. El primer tío que me crio no tenía paciencia conmigo y me pegaba, me encerraba por ahí para castigarme y mi tía lo apoyaba, siempre hablando del sacrificio que le suponía tenerme en su casa. Estuve con él hasta los diez años, gracias a Marcel, mi primo, que se dio cuenta de lo que me pasaba y habló con su padre, para que me llevara a vivir con ellos a pesar de tener dos hijas más. De ahí en adelante las cosas mejoraron para mí, pero entonces el dinero fue un problema. A veces pensaba que si yo no estuviera con ellos podrían haber hecho más cosas, más... no sé, podrían haber arreglado su casa, mi tío podría haber recibido un mejor tratamiento médico porque es diabético y en un par de ocasiones lo encontramos desmayado... y yo no... no sé por qué te estoy contando esto.

Se trató de levantar del sillón, pero Florencia, con las piernas encogidas, estiró un brazo para detenerlo.

—Donde hay amor no hay arrepentimiento. No creo que su tío ni su primo del que tanto me habla hayan querido cambiar la vida que llevaron con usted por unos billetes más. No se mire en menos, usted debió ser mucho más que una mera boca que alimentar. Un hijo, un hermano...

Franco se volvió a sentar. Siempre le habían hablado de lo agradecido que debía estar con la familia que lo acogió por caridad. Nunca nadie le había hecho ver que también hubo amor filial en medio, cosa que él había percibido. Quizá porque quienes le decían esas cosas no habían logrado apreciarlo de verdad como lo hacía la joven que, vuelta hacia él, apoyaba su cuerpo en el respaldo del sofá para charlar con comodidad.

—¿Hay algo más, además de la administración, que le guste?

—Sí. Siempre me ha gustado mirar hacia el cielo. Con mi segundo sueldo me compré un telescopio potente y cuando puedo escaparme a un lugar como el Cajón del Maipo donde todo es montaña y cielo, lo llevo conmigo. Miro

las estrellas y anoto mis observaciones.

Florencia estaba atónita.

—¿De verdad?

—Claro. Ahora mismo lo tengo en el jeep. Pensaba irme a la playa de noche un día de estos, que esté despejado, pero no me esperé ese viento que levanta la arena y puede dañarme el lente si se mete entremedio. También está la bruma que me empaña el lente. Cuando estaba en la casa del lado hice algunas observaciones de noche y aunque hay luz de la calle, es relativamente cómodo.

—¿Entonces usted es astrónomo?

Franco rio quedo.

—No, Florencia. Hay cosas... hay cosas que es mejor mantener como hobby para disfrutarlas, como tú, que, teniendo habilidades para las artes, prefieres dejarlas como pasatiempos. Te puede parecer tonto, pero yo partí en esto porque cuando niño trataba de buscar la estrella de mis padres. Ya más grande sentí que si estudiaba mucho sobre el tema y sabía más, perdería la magia. Ya no vería la estrella de mis padres, sino a una cosa que se quema a miles de años luz de aquí. Sé algunas cosas básicas y conozco las constelaciones y la leyenda tras los personajes que representan.

A Florencia nunca le interesaron las constelaciones, aunque mirar las estrellas era muy lindo. Ella también tenía la idea de que su mamá brillaba en el cielo.

—Usted no me parece para nada tonto, salvo cuando deja que la ola lo moje. Fuera de eso todo lo que dice es interesante, me gusta hablar con usted.

—Gracias, Florencia. A mí también me gusta hablar contigo, lo malo es que ya no me queda mucho tiempo aquí. Veamos si esta noche está despejada para desplegar el telescopio.

Florencia aceptó y en eso sonó el teléfono.

—¿Aló? Si, con ella. ¿A qué hora? Bien... si, iré de inmediato, puedo hoy mismo— Florencia se levantó, emocionada—. Dicen que encontraron lo que el ladrón me robó, ese que atrapamos en casa de Claudia. Si voy ahora, podré traerlo de vuelta. ¿Me acompaña?

Franco le ofreció el jeep para llegar al lugar que le indicaron. En ese momento se dio cuenta de lo mucho que le gustaba llevarla en su vehículo y tenerla a su lado.

—Entonces... ¿Puedo ir con Franco a mirar estrellas? Papá, tiene un telescopio enorme, lo tiene montado en la sala y es espectacular. Iremos a...

Francisco suspiró al otro lado del teléfono. No estaba muy convencido de dejar salir a su hija, pero, por otro lado, Franco vivía con ella y hasta el momento, había demostrado ser digno de su confianza.

—Está bien. Puedes acompañarlo.

—¡Yupi! Papá, gracias —dijo Florencia entusiasmada y saltando. Francisco se alegró al escucharla, aunque de pronto se sintió algo preocupado porque sabía que a Franco le quedaba un poco más de una semana en ese lugar y desde que él había llegado, peleaba menos con su hija y ella siempre estaba feliz.

Sonriendo, Florencia miró a Franco.

—Dijo que sí.

—Lo noté.

La joven se apresuró a desarmarse el peinado que traía y buscar una peineta mientras Franco, que sorbía su mate, miraba lo que entregaron los detectives. Un baúl de madera tallado con un lindo diseño.

—¿Este baúl lo hiciste tú?

—No. Lo encontré en una feria artesanal de Pelluhue y lo compré para regalárselo a mamá antes de lo del terremoto. El ladrón debió haber pensado que era un joyero y por eso lo forzó para abrirlo —respondió, dejando caer su cabello suelto tras la espalda—, pero el muy idiota sólo encontró fotos. Al menos no las destruyó.

Florencia se acercó a Franco para mostrarle las fotos de su mamá. Quería que la conociera, pero sin querer logró que él pusiera por completo su atención en ella y en el cabello castaño oscuro que por fin le era permitido admirar.

—No puedo creer que lo tengas tan largo. ¿Hasta dónde te llega?

La joven enseguida lo tomó entre sus manos y empezó a retorcerlo.

—No, espera... no lo escondas de mí. Si no quieres mostrarlo, ¿para qué te lo dejas crecer tanto?

Florencia tensó la mandíbula y lo soltó lentamente hacia delante. Su cabello sería la delicia de cualquier estilista, abundante y liso. A Franco se le ocurrió que dejarlo crecer era la manera en que ella se rebelaba contra la represión que ella misma hacía de su feminidad usando ropa masculina.

Se le antojó pasar los dedos entre las largas hebras, pero supo que eso la

violentaría.

—Gracias por dejarme verlo. ¿Ahora me mostrarás las fotos?

—Sí, claro. Acá está mi mamá a mi edad. Ella era muy linda y muy sencilla —dijo dejándole una foto y aprovechando de recogerse el cabello para encerrarlo bajo un gorro de lana azul.

—Ella era muy bonita y tú eres igual a ella.

—No. Yo soy la versión arruinada. Ella era hermosa, luminosa y yo no le llego ni a los talones. Yo soy gris, no logro empatizar con las personas.

—Tiendes a encerrarte mucho en ti misma, pero estoy seguro que llegarás a brillar tanto como tu mamá si tuvieras más confianza en ti.

—No lo creo —la joven guardó las fotos y cerró la cajita, considerando reparar el cierre roto—. Mi mamá de verdad era única —suspiró—. Era de esas personas especiales que son como un puente. El puente que necesitan otras personas para comunicarse, quererse y entenderse. Mi padre la amaba, la adoraba... de verdad él era bueno con ella. Ese jardín que cercamos lo hizo mi padre para ella y ella sólo lo mantenía. Mi papá traía flores, me dejaban a solas en casa para irse por ahí, a estar solos ellos. Siempre fue muy cariñoso. Y yo, bueno, perdí a mi mejor amiga, a mi... sostén en las cosas difíciles. La única persona que decía que yo era especial...

Franco sólo guardó silencio y esperó, respetuoso, a que ella pudiera continuar lo que le estaba contando, tras notar que tenía problemas para controlar la emoción en su voz.

—Ella era el puente entre papá y yo, un puente que desapareció el día del maremoto y enseguida se notó el quiebre con mi papá. La buscamos casi sin comer ni dormir y luego del funeral mi padre se ofreció a colaborar en labores de limpieza para distraerse un poco ayudando. Yo ayudaba a mis vecinos en lo que podía porque estar aquí en la casa no lo aguantaba. A veces me iba a la playa que queda detrás de la cueva, a esperar un milagro. Sentía que lo que enterramos no era mi mamá y que ella saldría de las aguas para abrazarme. A veces he ido cerca de la isla al anochecer con la esperanza de ver su fantasma al menos pero no me atrevo a acercarme más. Mi padre apenas pudo tomó un trabajo en Talca, entonces dijo que yo debía quedarme porque no me podía cambiar de escuela y así me fue dejando. A veces pienso que se fue para olvidar y como me parezco a mi mamita no me tolera. Yo... yo de verdad lo quiero, pero cuando estamos solos, no sé cómo llegar a él. Y sé que él tampoco puede conmigo. Pensaba que mi mamá estaría triste porque no querría esta situación y entonces, un día, apareció usted.

Franco se sorprendió con las últimas palabras. Miró con renovado interés a Florencia.

—Usted es ese tipo de persona, como ella... yo lo sé porque desde que está aquí, mi padre ha sido más bueno conmigo, me escucha... incluso su voz al teléfono ha cambiado cuando me contesta. Lo pude recuperar y Claudia me ha mirado con respeto.

Por unos segundos, Florencia miró a Franco a los ojos para expresar su gratitud. Luego bajó la mirada. Franco sintió el deseo de abrazarla, pero pensando que eso la podría molestar, se contuvo.

Franco acabó de poner el telescopio sobre el trípode para empezar a ajustarlo. Florencia estaba un poco incómoda. Se encontraban en la playa, lejos del agua, al lado de una formación rocosa que los protegía del viento y la humedad excesiva. Se encontraban completamente solos y si acaso alguien pasó y los vio, no les dio importancia.

—¿Es necesario tener los focos del jeep encendidos? Me encandilan. Si quería luz nos hubiéramos quedado en la casa —dijo Florencia, manos en los bolsillos por el frío y abrigada con una parka gruesa.

—Pues entonces no mires el jeep y mira hacia acá —dijo Franco con toda calma.

—Si apaga las luces se puede ver la playa porque llega luz de la costanera. Los ojos se acostumbran a la oscuridad, se lo aseguro.

Las luces del jeep se apagaron minutos después y Franco supo que había sido Florencia. Empezó a temblar cuando no pudo ver nada y la joven salió del vehículo, satisfecha de su travesura.

—Enciéndelas, Florencia. Ya entendí lo que decías, pero necesito calibrar...

—Sólo un poco más. Ya verá...

Franco no se atrevía a mover. Trató desesperadamente de recordar cómo se respiraba pausadamente.

—Necesito esas luces.

—¿No se supone que un telescopio funciona mejor en la oscuridad? Leí que en el norte sacaron una ley especial para que en los pueblos cercanos a los observatorios astronómicos se usen luces que no interfieran...

—Florencia...

La joven pudo advertir una cierta súplica en el modo en que él pronunció su nombre. El problema fue cuando trató de abrir la puerta del chofer.

—Hem... Franco... parece que se cerró...

—¡Florenxia, por la cresta!

Los ojos marrones se acostumbraron rápido a la oscuridad y distinguió a Franco.

—Cálmese. Veremos la forma de abrir la puerta.

—Es que tú no entiendes. ¡No puedes ser tan infantil! ¡Te dije que no las apagaras!

—Pero si no es tan terrible...

—¡Sí lo es!

La desesperación en la voz de Franco alertó a Florenxia de que había hecho algo realmente malo.

—Se puede ver un poco. Yo lo veo perfecto desde aquí...

Franco se puso las manos tras la cabeza y la agachó un poco, tratando de dominarse, respirando. No podía entrar en pánico.

—¿Acaso tiene miedo?

No contestó. Recordó las burlas de algunas personas como Antonia, que tendía a apagar su lámpara nocturna cuando se quedaba con él. Dejó escapar un gemido.

—Estoy aquí —escuchó a su lado.

Al principio, el roce en su espalda fue muy leve. Tanto, que Franco creyó haberlo imaginado, pero Florenxia lo tocó de nuevo, infundiéndose valor a ella misma para acercarse a él.

Finalmente apoyó una mano en su hombro.

—No pasa nada, tranquilo.

La joven percibió su temblor. Franco la estaba pasando mal y ella se sintió pésimo por eso.

—Perdone, lo siento, no sabía...

Florenxia lo abrazó por la cintura en un impulso y se apoyó en su cuerpo.

—No lo vuelvo a hacer, de verdad que nunca más, pero no se ponga así. Todo estará bien... lo acompañaré hasta el jeep y lo abriremos. Seguro que podremos, Franco...

Poco a poco Franco bajó los brazos, respirando profundamente. El nerviosismo que produjo la oscuridad fue pasando y su pulso se normalizó.

—¿Te puedo abrazar? —dijo luego de unos minutos. Florenxia titubeó.

—Ehh... Sí.

Dominando su ansiedad, Franco la estrechó despacio e imprimió fuerza a su abrazo con cuidado. Finalmente, apoyó la cabeza sobre la de Florencia. Quien los mirara, diría que él la estaba protegiendo a ella y no al revés.

—Nadie nunca... —comenzó Franco emocionado. Suspiró—. Gracias.

Florencia no entendió mucho, pero entendió que él ya no estaba enojado con ella.

—Vamos al auto para encender las luces. Yo no lo soltaré.

Un poco avergonzado, Franco comenzó a caminar con Florencia de la mano. Ella lo guio al jeep y comenzaron a tantear las puertas. La del copiloto estaba abierta y Florencia soltó una risita nerviosa mientras ponía la luz del interior.

—Jeje... como lo vi tan mal no pensé en ver las otras puertas.

Sentado frente al volante, repentinamente, Franco se sintió cansado. Florencia pudo apreciar su rostro demacrado y sintió pena.

—Si quiere nos vamos y volvemos mañana. O sólo nos quedamos aquí. Podemos poner música. Lo que quiera. Yo le traigo el telescopio. Lo que sea para que me perdone, no quería que se pusiera mal. Lo siento mucho.

Franco la miró sonriendo, aunque ese gesto no llegaba a sus ojos.

—No te preocupes. Solo dame unos minutos y luego vamos a ver las estrellas.

Con las luces del jeep a sus espaldas, Franco empezó la lección al cabo de un rato.

—¿Ves esas de allí? Son las que componen el Cinturón de Orión.

—Yo veo ahí solo una gran cacerola —comentó Florencia. Luego Franco se sacó un pequeño láser del bolsillo que sorprendió a Florencia porque daba la impresión que su luz verde llegaba hasta las mismas estrellas y con su guía le mostró a Orión, su cinturón y su escudo, antes de prestarle el telescopio.

—Esta noche tenemos suerte, porque podemos ver a un amiguito.

Florencia no comprendió hasta que vio a través de la lente un cometa, con una maravillosa cola de fuego tras él.

—¿Sabe usted como se llama? Es muy bonito.

—No tengo ni la más soberana idea, pero podemos llamarle el cometa Florencia.

Franco sacó una libretita y anotó las coordenadas que le indicaba el telescopio y su brújula.

—Mañana podemos echar un vistazo desde tu casa, para determinar su trayectoria.

La joven quedó fascinada mirando el cometa y otras cosas que Franco le mostró. En eso, salió la luna, aunque estaba media. Florencia no podía creer que tuviera tantos cráteres cuando la vio con el aumento.

—¿Ha visto ovnis con esto?

—Soy de los que piensan que uno ve lo que quiere creer a través del lente —dijo Franco—. Pasan rápido, a veces se quedan en un sitio y es fácil seguirlos. Yo soy un convencido de que no estamos solos, aunque los ovnis me dan lo mismo. Las estrellas son lo que me gustan porque allí veo a mi familia. Hoy estaba buscando la estrella de mi abuelo, que ya tuvo que haber llegado por esos lados.

Cargaron el telescopio en el portaequipaje dentro de su estuche y se metieron al jeep.

—Florencia... ¿Te gustaría aprender a manejar?

—¿Yoooo? No, soy muy nerviosa.

—Vamos, inténtalo. Ya tienes edad para sacar licencia. Practiquemos, por este camino no ha venido nadie en mucho rato.

Cambiaron de asientos y Franco le explicó de forma didáctica lo del embriague y los cambios. Con mucha inseguridad, Florencia puso a andar el vehículo.

—Aprieta más despacio. Ten cuidado con el pie... ¡No lo hundas!

A Florencia se le paró el jeep, pero Franco no se dio por vencido con ella. Manejó por espacio de media hora más y después se fueron a casa.

La joven se levantó para ir al baño y notó que en el cuarto de Franco la luz seguía encendida. Corrió despacio la puerta para apagar el interruptor y entonces vio la lámpara de luz tenue que estaba junto a su cabecera de la cama.

Se le apretó el corazón al pensar en el posible origen de ese trauma. Conocía niños que eran encerrados en espacios pequeños y sin luz y que luego ni siquiera toleraban la oscuridad para dormir. Franco ya tenía veintisiete años. Era demasiado tiempo para llevar auestas un trauma así.

—¿Florencia? —preguntó soñoliento.

—Ehh... lo siento... no quería molestar. Sólo que vi la luz y...

—Viniste a apagarla. No te preocupes. Es lo más natural.

—¿Esa lámpara siempre la lleva con usted?

—Sí. Me la regaló mi primo Marcel, para un cumpleaños. Le molestaba que yo dejara la luz encendida en la pieza que compartíamos. La pantalla se regula para dejar un lado a oscuras, así que la poníamos entre nuestras camas — dijo Franco medio sentado y con el cabello ondulado desordenado y tieso por la sal de la brisa marina. Florencia volvió a pensar en el Sombrero Loco y se acercó para sentarse a su lado. Llevaba un respetable pijama de franela azul y una gruesa bata celeste encima. El de Franco era azul entero.

—Usted tiene mucho miedo a la oscuridad.

—No puedo evitarlo. He visitado psicólogos y hecho todo tipo de terapias, pero sigue ahí. A veces es más fuerte que hoy, no puedo respirar, siento que me ahogo, sudo. Grito.

—Pero hoy usted se portó valiente. Yo creí que se arrojaría al mar.

—Lo pensé. Realmente se me pasó por la mente.

—Oiga, yo de verdad le debo una disculpa. No quería...

—No, por favor, no te preocupes. Tú me ayudaste a salir de eso. Te acercaste, me hablaste. Me hiciste ver que, en ese lugar, yo no estaba solo.

Esas palabras, por alguna razón, alegraron a Florencia.

—Entonces yo me encargaré, mientras esté aquí, de que no vuelva a pasar miedo. Ya lo verá.

Impulsivamente, Florencia le dio un beso en la frente a modo de despedida y se fue a acostar. Franco se la quedó mirando mientras salía del cuarto y quiso llamarla para que se quedara ahí y pudieran charlar.

En ese momento se dio cuenta de que necesitaba tenerla cerca, que su lámpara no espantaba tan bien la oscuridad de la noche ni el miedo como lo hacía ella.

—No me debería sentir así —murmuró, ocultando la cara entre las manos—. Esto no debió pasar.

Pero a pesar de lo que se decía, esa noche soñó que era un niño encerrado en un armario y que Florencia, con su cabello suelto, lo llegaba a rescatar.

Capítulo Cuatro: La Mariposa

Estar enamorado y saber que no tenía ninguna esperanza era algo por lo que Franco no había pasado. Por lo general su atractivo era suficiente para llamar la atención de las mujeres que le gustaban y si no lo conseguía, no sufría por ello, concentrado en lograr sus metas. Pero ahora lo que le pasaba con Florencia lo tenía vuelto loco.

Ya que no la podía tocar, halagar ni mucho menos besar, su única oportunidad de tenerla relativamente cerca de sí mismo era dentro del jeep. Y ya que andaba de vacaciones y ella también lo estaba, se dedicaron a recorrer la séptima región de Chile en su zona costera. Conocieron lugares como Iloca, Pelluhue, Cauquenes, Curanipe y Buchupureo. Cargaban una caja con comida y se lanzaban a la aventura, descubriendo en Florencia un atributo más que se sumaba a los muchos que le gustaban de ella y era su entusiasmo por seguirlo y disfrutar de su paseo, no limitándose a moverse con el vehículo, sino realizando tramos a pie por algunos senderos habilitados en los parques nacionales por los que pasaron o en los pueblos a los que llegaban. También se sacaron varias fotos en miradores y a pedido de él, la joven dejó el gorro de lana y comenzó a trenzar su cabello, algo que lo dejó más que feliz.

Desde luego tanta cosa buena no podía durar. Al lunes siguiente se reanudaron las clases en la escuela de Florencia y en el preuniversitario al que iba después para prepararse para la Prueba de Selección Universitaria, PSU, que le tocaba rendir el 30 de noviembre y el 1 de diciembre. Peor aún, estaba hablando de un trabajo que había tenido poco antes de que él llegara y para el cual la estaban llamando. Franco no quería dejar de verla aún pero no podía obligarla a cambiar la vida que tenía por un hombre que se iría antes de una semana. Sus vacaciones también terminaban.

—¿Sabes por qué esto no puede pasar, Negrita? Porque yo soy mayor. Nueve años mayor. Bueno, en realidad diez, pero no vamos a contárselo aún, y aunque no lo fuera, ella odia a los hombres. Ahora sí que la hice buena.

Franco interrumpió la charla (o más bien soliloquio) para sorber su mate. Enseguida vertió un poco de agua sobre la hierba y miró a la perra que descansaba cerca de sus pies, dentro del comedor. La gata se encontraba un poco más allá, mirando todo majestuosamente desde el respaldo del sofá. Eran las cinco de la tarde y Florencia había salido con Lorena, una amiga del

colegio que necesitaba comprar un vestido.

—El domingo me voy de regreso a la capital, a enfrentar mi vida. Debería dejarla atrás, ¿cierto? Porque yo no puedo intentar conquistarla y después irme así, sin más. Tampoco es llegar y dejar mi trabajo ni mi departamento... ah, bueno, ese lo vendí, pero ustedes entienden, ¿cierto? Es arriesgado dejar todo eso por venir a convencerla de que no todos los hombres somos malos ni depravados y a ver si en una de esas acepta pololear conmigo.

Tras dar una nueva chupada a su mate, Franco prosiguió.

—Pero... ¿Qué dicen ustedes? Yo no tengo malas intenciones. No la quiero porque sea un desafío o un fruto prohibido o más jovencita. La quiero porque es buena conmigo y yo me muero por protegerla y cuidarla. Es como... como una revelación. Jamás me sentí así con Antonia o con las otras pololas que tuve. Ya ha pasado una semana desde que descubrí lo que siento y estoy al borde de la locura absoluta, porque veo cada día que ella es maravillosa, perfecta y no le puedo insinuar nada. Incluso he pensado adelantar mi viaje... —suspiró— pero no puedo. Esto es más fuerte que yo. Siento que algo duele cuando pienso separarme de ella. Soy un hombre sin carácter ni voluntad y encima cursi —dijo dejando caer dramáticamente la cabeza sobre su pecho.

Negra gimió, levantando el hocico, como si mirara e intentara decir algo a Franco. Éste sonrió.

—¿De verdad piensas que soy ridículo? Ah, claro, no eres la única. Yo estoy convencido de que lo soy. Ojalá la Florencia llegue luego para poder hablarle a ella. No te ofendas, perrita, pero no me ayuda a sentirme mejor estar hablando contigo.

Negra de pronto se puso de pie, agitó el rabo y luego se sentó. Franco le enseñó que hiciera eso cuando percibiera que llegaba su dueña, para que no lo encontrara de nuevo hablando solo. Se volvió entusiasmado a la puerta.

—¡Hola, Florencia...!

La enorme sonrisa en sus labios murió al ver a otra muchacha entrar. De cabello rubio perfectamente liso, más alta y delgada que Florencia y uñas pintadas de manera vistosa, Lorena hizo su aparición. Saludó con simpatía a Franco y pasó las siguientes dos horas junto a Florencia quien la presentó como su mejor amiga. Tenían que hacer una tarea y ya que Franco no las podía ayudar resolvió salir a caminar. La cortina de agua que estaba cayendo afuera lo obligó a quedarse, poner buena cara y esperar a que Florencia se desocupara y le dedicara su atención, aunque luego no le pareció tan malo al

verla en una nueva faceta, relacionándose despreocupadamente con otra mujer. Las chicas estaban disfrutando el momento y reían con los chistes que hacían. Florencia era muy divertida cuando se sentía en confianza y no sólo con él. Le gustó ver eso.

Al terminar la tarea, las amigas comieron algo y como la lluvia no amainaba, Franco ofreció ir a dejar a Lorena a su casa.

—Ya que estamos en el jeep, podrías decirme qué lugar visitar.

Florencia sonrió al mirarlo.

—Hemos paseado mucho estos días. Usted es muy aventurero. Volvamos a la casa, mejor, además que ya está bien oscuro.

Franco estaba hecho un lío. Florencia mostraba mayor raciocinio que él.

—La he pasado mejor con usted en estos días que en mis vacaciones de verano —dijo ella de repente.

—Gracias, pero el mérito no es sólo mío. Tú has puesto de tu parte para sentirte bien.

—Con usted es fácil pasarla bien. Lo voy a echar de menos cuando se vaya.

—Y yo a ti. Me he divertido más en estos días contigo que en los últimos dos años a pesar del frío, la lluvia y que no me he podido bañar en las playas que visitamos. Pero dime una cosa, somos como camaradas, entonces... ¿Cuándo me vas a empezar a tutear? Me está hartando que me trates de usted.

Florencia rio.

—Yo no tengo la culpa que usted sea más viejo que yo y mi madre siempre me decía que uno a la gente mayor la debe tratar con respeto.

—Está bien, pero yo no quiero que me respetes tanto. Florencia, eres un adulto igual que yo, somos amigos, trátame de tú.

La joven suspiró y se hundió en el asiento.

—Usted es el adulto. El que tiene un trabajo, un hombre en el que los demás confiaron cuando su abuelo estuvo enfermo. ¿Qué soy yo? Sólo un proyecto. Nada concreto. Aún no salgo de la escuela y mis trabajos se han limitado a empacar bolsas en el supermercado, pintar un mural en un dormitorio o darle clases de historia a un par de niños del barrio. No puedo tratar de tú a alguien que está tan lejos de mi realidad, al que ocupa el pedestal en el cúmulo de cosas que quiero alcanzar yo también.

Franco miró con cierto asombro a Florencia y regresó su atención al camino a tiempo para rectificar la dirección del jeep, que estaba traspasando el eje de la calzada.

—Parece que lo dejé sin palabras —observó ella divertida.

—Es sólo que no creo ser un ejemplo. Es decir... ha habido cosas que me han salido bien pero no estoy seguro de ser una persona tan buena como para que tú me veas de esa manera. A veces también he sido infantil o no he sabido enfrentar ciertos aspectos de mi vida. Tú en cambio me pareces alguien que en su forma de ser tiene cualidades que me gustaría tener a mí. Quizá yo también te empiece a tratar de usted un día de estos.

—Oh... eso es como... ¿complementarse? Si tenemos cualidades que el otro admira y funcionamos bien estando juntos... ¿Eso es, cierto?

—Ni yo lo hubiera podido decir mejor y me alegra que te des cuenta de que sí, tú y yo nos complementamos bien. Pensé que esa idea estaba sólo en mi imaginación.

—Hum... ya veo. Creo que también me complemento muy bien con mi amiga Lore, ella es más alegre que yo.

Llegaron a casa y liberado de la conducción, Franco decidió llamar a su familia para saber cómo andaban las cosas. Habló primero con su abuela, quien parecía estar llevando bien el duelo, aunque le aseguró sentirse cansada. Lo dejó invitado a su casa a comer apenas regresara a Santiago porque quería verlo.

La siguiente llamada fue a Javier, para saber cómo andaban los asuntos del restorán.

—Todo bien por aquí, la cajera que pusiste antes de irte ha dado la talla. Mi único problema es que Rafa anda dando la lata. Quiere que le cambie el turno porque no le gusta trabajar con Benjamín.

—Entiendo. Ya empezaron esos dos de nuevo con sus dramas.

—Sí. No sé. Había escuchado de celos profesionales entre cocineros, pero no esperé ver algo así. En fin, ¿cuándo vuelves?

—El domingo.

—Supongo que paseando tanto habrás conocido a alguna mujer con quien pasar tu tiempo.

Franco miró apreciativamente a Florencia, acomodada en el sofá y mirando la tele.

—Sí.

—Cuando llegues hablamos de eso, que ahora tengo que colgar. Chao, amigo, nos vemos.

Franco colgó y caminó hacia Florencia. Tuvo la idea de sentarse tras ella, tomarla por la cintura y hacerla recostar en su pecho. La tentación fue muy

fuerte, pero se aguantó y se sentó en un sillón cercano con las manos en los bolsillos y las piernas estiradas. Cenaron en armonía y luego cada uno a su cama.

Durmieron con el sonido de la lluvia golpeando el tejado. Por la mañana seguía lloviendo y Franco fue a dejar a Florencia a la escuela, prometiendo regresar por ella si seguía el mal tiempo. La joven le anunció que ese día saldría más temprano y como el temporal no dio tregua, la recogió a mediodía junto a Lorena y dos amigas más a quienes tuvo que pasar a dejar a sus casas.

—Aquí sí que sabe llover —observó Franco, dando la vuelta—. En cambio, en Santiago cada día llueve menos. ¿Vamos a la playa de la Piedra? Me gusta pasear por ahí, ver esas enormes rocas que parecen cerros, la arena negra y el agua...

—Usted es bien raro. ¿Qué gracia tiene ver la playa en un día como este, nublado y feo? A la mayoría de la gente le gusta cuando el cielo es azul.

—No puedes decir que algo te gusta si no lo aprecias en todas sus maneras. A mí me gusta ver el mar, calmo o furioso como ahora y digas lo que digas lo voy a mirar. También le voy a sacar fotos con mi celular.

—Se le va a mojar la lente —repuso Florencia hundida en su asiento—. Tengo hambre. Después de esto me tiene que invitar un churrasco.

—Tendrás tu churrasco —dijo Franco atento al camino.

—Lo quiero con harta carne y harto tomate, palta y mayonesa de esa casera...

Florencia dejó de imaginar cuando empezó a salivar. Abrazó su mochila y sacó una galleta para engañar el hambre un rato. Necesitaba conversar sobre algo para distraerse.

—Dígame ¿Qué se siente estar enamorado?

De inmediato la joven se arrepintió de preguntar tal cosa. Debió haber seguido hablando de comida, pero es que hacía varios días tenía esa pregunta en la punta de la lengua y salvo Franco, nadie de confianza cerca para consultarle. Franco se detuvo unos segundos al llegar a la costanera, tomándola con precaución. Sonrió sin mirarla.

—¿Enamorado?

—Sí. Supongo que cuando empezó con su novia, lo estaba de ella. Por algo se iba a casar.

—No lo creo. Lo que yo sentí por Antonia no me parece que fuera amor, quizá era un apasionamiento, que es diferente a enamorarse —dijo

rascándose la cabeza, un poco nervioso.

—¿Y cuál es la diferencia entre amor y apasionamiento?

—Un apasionamiento es cuando te gusta sólo lo de afuera y enamorarse es cuando te gusta lo de adentro.

Florencia sonrió.

—Ahora sí no le entendí.

—A ver... ¿alguna vez te gustó un compañero con el que no hablabas, pero al que encontrabas atractivo?

—Un profe, una vez... y sí, un compañero.

—Claro, supongo que sólo los mirabas, pero en realidad todo lo que te gustaba de ellos era lo que imaginabas que serían contigo ¿o no?

De alguna forma a Florencia todo eso le hizo sentido.

—Entiendo. Entonces ¿estar enamorado es de la persona tal como es...?

—Exacto, te puede gustar su forma de pensar o de comportarse con los demás y luego todo eso se vuelve emocionante para ti, porque con sólo ver una sonrisa suya sientes algo fuerte, como si te atravesara un golpe de corriente. Pueden pasar los años y seguir sintiendo eso cada vez que la veas y sentirte feliz cuando la tienes entre tus brazos o durmiendo sobre tu pecho. Al menos eso decía mi abuelo.

—¿Y qué piensa usted?

Emocionada, Florencia miraba a Franco expectante de sus palabras mientras él parecía absorto en conducir. El mar y el cielo estaban grises, de modo que costaba darse cuenta en qué lugar terminaba uno y empezaba el otro, aunque al menos las olas no estaban demasiado agitadas.

—Yo pienso lo mismo, y también pienso que cuando estás enamorado, quieres compartirle a esa persona tus planes, tus sueños y quieres conocer los suyos para saber si tienes cabida en alguno de ellos, si la puedes ayudar, para que a esa persona le vaya bien y si consigues eso, te sientes feliz.

—Su concepto del amor es parecido al que yo tengo de la amistad. ¿Dónde está la diferencia?

—En tu forma de ver a esa persona. Como si fuera... —Franco paseó su vista por la costa buscando inspiración—. Como si fuera un faro en la oscuridad. No te das ni cuenta cuando te encuentras siguiendo su luz, superando tus temores sólo para llegar al lado de esa persona única para ti.

Franco cerró la boca al notar que revelaba demasiado de sí mismo. Florencia estaba un poco incómoda. Quizá la había molestado.

—Ehh, bueno, yo creo que así es el amor. Además, no sé para qué

preguntas, tú eres una chiquilla muy sensible y cuando lo sientas, seguro te darás cuenta.

La joven pensó un poco en eso, desabrochando con disimulo su cinturón de seguridad.

—Vaya, así que eso era...

Florencia se quedó callada unos minutos, mientras Franco llegaba a la playa de La Piedra y estacionaba por ahí. Apenas se detuvo, la joven abrió la puerta y salió corriendo a todo lo que daban sus pies. Franco la miró completamente intrigado.

—¿Y ahora qué bicho le picó a esta niña?

El agua caía con fuerza y metiendo el celular en uno de los bolsillos de su parka, Franco encogió los hombros y se puso el gorro de la prenda. Consideró que Florencia sólo vestía el uniforme, un chaleco y una bufanda, y cerrando el jeep desde el llavero, corrió en su busca. Le pareció ver que iba directo a una formación rocosa con una suerte de túnel natural.

"No me hagas esto, niña" se dijo al ver que entraba en lo que parecía una cueva. Esperó que no fuera demasiado profunda.

Florencia en tanto se esforzaba en avanzar a paso rápido sobre la arena negra hacia algún lugar donde resguardarse de la lluvia. Respiraba agitadamente y el agua fría le tenía mojado el pecho y los brazos mientras el pelo largo y suelto por el peso del agua se le pegaba a la cara. No quiso mirar hacia atrás y esperó que Franco le tuviera suficiente miedo a la lluvia como para quedarse en el vehículo porque no lo quería ver. Necesitaba pensar, estar lejos de su influjo y cuando el agua dejó de caer sobre ella supo que había alcanzado el arco de la roca. Se apegó a una pared, buscando alguna grieta en la que esconderse, con la idea de que su oscuro uniforme azul marino se mimetizaría bien. No, no funcionaría por la cantidad de luz que pasaba por la abertura. Lo mejor era salir y esconderse tras otra formación rocosa.

—¡No, no está bien! —dijo para sí misma.

—Claro que no está bien, no vuelvas a hacer eso, ¡no traes ropa para la lluvia! —dijo Franco llegando tras ella—. Vámonos para la casa, para que te saques todo eso y te seques, cabra loca.

—Pensé que se quedaría en el auto.

—¿Y dejarte sola bajo la lluvia? ¿Por quién me tomas? No soy ese tipo de hombre.

Franco se apoyó a su lado en la pared, agradecido de que el túnel fuera corto y entrara suficiente luz por ambos lados.

—¿Ahora me dirás qué te pasa? ¿Por qué saliste de esa manera?

—No lo sé.

—Está bien. Esperaré a que lo sepas y me cuentes.

Pasaron más de media hora en silencio, uno al lado del otro, escuchando el sonido del mar y de algunas gotas que caían dentro del lugar. Florencia salió del arco, absolutamente molesta y se fue a patear las olas que rugían espantosamente y rompían con fuerza.

—¿Y ahora me dirás? —dijo Franco al alcanzarla.

—Es que... es que... argh... ¡esas cosas que usted dijo del amor...! —gritó, para hacerse oír sobre la naturaleza.

—¿No te gustaron?

—No, no es eso —resopló Florencia—. Es sólo que... —tomó aire con enfado—. Yo pensaba que eso no era para mí, que nunca sentiría esas cosas. Que me guste alguien está bien, pero enamorarse ya es otra cosa.

Una ola llegó peligrosamente cerca de los zapatos de Franco. Se alejó un poco del mar, llevando a Florencia con él al tomarla de una muñeca, pero la joven se soltó y caminó por la playa. La lluvia no daba tregua y siguió cayendo sobre ellos. Los pantalones de Franco estaban empapados y a la parka se le estaba comenzando a pasar el agua en la espalda.

—¿Por qué te niegas a vivir algo así?! ¡Eres joven, es la mejor edad para atreverse! ¡Si quieres a alguien y ese alguien a ti, te debes a ti misma intentarlo, formar pareja y ver qué pasa!

—¿Qué tipos de consejos son esos? ¡Usted es el adulto aquí y está diciendo estupideces! —reclamó la muchacha.

—¿Qué hay de estúpido en sugerirte que tengas una pareja? ¡Casi todo el mundo lo hace!

—¡Pero yo no! ¡Los hombres me dan asco!

Franco no sabía por qué seguía esa conversación tan extraña. Ya le estaba molestando la garganta por tener que gritar.

—¡Sólo uno te hizo daño, Florencia, pero no todos los hombres somos como él!

—¡Así será, pero ese que me... ese uno me dio a entender que cualquier hombre tiene la fuerza para someterme! —dijo Florencia—. ¡Por eso yo no puedo... yo no puedo enamorarme de nadie!

—¡Cambiará algún día! ¡Cuando madures, te darás cuenta que el sexo opuesto...!

—¡No resulta! ¡Conmigo eso no resulta! —siguió la chica.

—¡Pero claro que sí, te vas a enamorar... a todos nos pasa!

Florencia hizo un gesto de impaciencia, llevándose una mano a la frente y moviendo la cabeza. Él no entendía, no la entendía. Él se iría...

—¡Es que ese es el problema! —dijo ella perdiendo la paciencia—. ¡Mejor váyase de vuelta a su capital a arreglar su vida y deje la mía como está!

—¿Pero ¿cuál es tu problema?! ¡Necesito que me digas por qué estás así! ¡Estábamos muy bien en el jeep y de pronto te enojaste y saliste corriendo! ¡Es que te juro que no te entiendo! ¿Fue algo que dije?! ¿Es porque tienes hambre?! ¡Estoy empapado hasta las masas por seguirte, la lluvia está heladísima y mínimo merezco una respuesta!

Florencia echó a correr y Franco la atajó en dos zancadas, por la cintura. Se quedó a su espalda.

—¡Habla!

Florencia se volvió, fiera hacia él.

—¡La culpa es suya porque usted es raro! ¡Porque no es como los demás, porque ni, aunque yo lo entiendo, yo no le temo y eso no me había pasado antes! ¡Pero por más especial que usted sea, usted se va a ir, y si hay algo que yo he escuchado del amor, es que pasa mucho tiempo antes de que uno se olvide de eso!

—¿Qué quieres decir?

Franco notó en la cara de Florencia movía la cara hacia un costado para no tener que mirarlo, dado que aún él la tenía sujeta. Era su forma de escapar de él.

—¡Todo eso que usted dijo... me pasa hace tiempo con usted! ¡Y ahora suélteme!

Él no supo qué decir y la soltó. Florencia tomó distancia, con los puños apretados, los brazos tensos a sus costados. Enamorarse no era algo que la hiciera feliz, aunque por lo menos, empezó a calmarse. Ya había pasado la peor parte. Franco se acercó un poco, pero Florencia retrocedió para que no la tocara.

—¿Desde cuándo?!

—¡Desde que me ayudó con la cerca! ¡Yo pensé que era la emoción de tener un amigo, de haber encontrado a una persona que me ayudara con mi papá, pero el agradecimiento o la simpatía son muy distintos al amor! ¡Siento nervios cuando regreso de la escuela y me emociono mucho cuando entro a casa y usted me saluda... pero empecé a sospechar que era algo distinto

cuando lo escuché hablar con Negra! ¡Pensé por un momento que, si yo fuera diferente, o mayor, podría ser esa persona dispuesta a quererlo sólo a usted! ¡Qué haría cualquier cosa para estar a su lado!

Florencia se tapó la cara con las manos.

—Esto es un desastre. Enamorarse está bien pero cuando les pasa a los dos al mismo tiempo. Y yo ni siquiera sé si tengo algo que ofrecer...

La joven sintió sobre sus hombros las manos de Franco, volviéndola hacia él.

—Mírame. Yo nunca te haría daño. Lo sabes.

Florencia asintió sin mirarlo. Franco estaba un poco inseguro. ¿Qué hacía ahora? ¿Le confesaba que era correspondida o se quedaba callado con respecto a eso? Él tenía su círculo de amigos y un trabajo para llenar sus días, pero Florencia... cuando él se fuera ella volvería a pasar las tardes sola. No era justo darle esperanzas y marcharse, menos si ella se veía tan contrariada.

—Entonces, pequeña... no te preocupes por eso. Yo no me burlaré de tus sentimientos porque me siento completamente halagado. Yo prometí que te cuidaría hasta que me fuera, yo no seré un hombre que se pueda aprovechar para tocarte si no lo deseas. Guardaré tu amor en mí y pensaré... que es lo más maravilloso que me ha pasado.

Una ola les mojó los pies y Franco se preguntó si no estaría subiendo la marea. No pensaba quedarse a averiguarlo y tomó a Florencia de la mano.

—¡Seguiremos hablando de esto en otra parte, tengo muchísimo frío! —le advirtió a la joven y como la formación rocosa que parecía un arco se interponía en su camino, resolvió atravesarlo con Florencia cabizbaja.

Si la joven hubiera estado más atenta le hubiera podido advertir a Franco que debía soltarla para pasar bajo aquel arco, pero no lo estaba ni él sabía que cualidades se le atribuían a ese lugar en especial. Por eso pasaron bajo el llamado Arco de los Enamorados tomados de la mano.

Florencia no habló en todo el camino de regreso a casa más que para pedir un churrasco con palta, tomate y mayonesa casera. Llegó temblando de frío y Franco no estaba en mejor condición, así que ella se bañó primero y él se conformó con cambiarse de ropa, encender una estufa y poner agua a hervir.

"Si no me resfrío después de esto, seré inmortal" se dijo.

Vestida con cómoda ropa deportiva y una gruesa bufanda alrededor del cuello, Florencia se apareció por el comedor sin mirarlo. Comió su churrasco en silencio, absorta en un programa de televisión. Anunció que tenía tarea y se retiró a su cuarto. En eso llamaron a la puerta. Se trataba de Alexis, un compañero de clases que pasó al interior de la casa.

—Venía a devolverte tu cuaderno de historia. Hoy se me olvidó pasártelo.

—Gracias, lo necesitaba para estudiar.

—Me contaron que estabas viviendo con un hombre joven. Debe ser ese, ¿verdad?

Franco, que estaba frente al televisor pensando en que necesitaba con urgencia conseguir una casa para vivir, escuchó el modo en que se referían a él y resolvió poner atención simulando que miraba la tele. Acababa de empezar uno de aquellos realities en que le enseñaban a vestirse a la gente.

—Sí, él vive conmigo. Es mi amigo.

—Supongo que no tienes nada que ver con él —dijo Alexis.

Florencia de inmediato se puso a la defensiva.

—No es asunto tuyo.

—Así que eso es lo que te gusta. Un hombre mayor.

Lorena le había comentado en un par de ocasiones que Alexis la miraba mucho y pensando que ella no era el tipo de mujer que gustara a un hombre, Florencia jamás le había prestado demasiada atención. Alexis era un joven de diecisiete años, de cuerpo delgado y alto, ojos negros y cabello castaño. Simplemente no podía creer que ese muchacho viniera a hacerle una escena de celos ¡Cómo si ella fuera de su propiedad!

—Mira, no sé qué estás pensando, pero déjalo.

—Como se nota que quieres quedarte a solas con él. Eres una...

—¿Una qué? —preguntó Franco materializado al lado de Florencia. Enseguida notó que Alexis lo pasaba por varios centímetros, pero eso no lo perturbó. Tenía cosas más importantes que evaluar, como la forma en que actuaría a continuación para no afectar la honra de la joven. Es decir, si actuaba como novio celoso y luego los compañeros sabían que él se había marchado, podrían burlarse de ella y no quería eso. Y como después de lo de Antonia la de él estaba bien mancillada, pues... haría una de las grandes chiquilladas de la historia.

Cambió la cara y sonrió seductoramente a Alexis, aunque se le revolvió el estómago.

—¿Un amigo, Florencia? ¡Qué lindo! Mmmm... y en verdad está muy

mino.

Florencia abrió mucho los ojos al mirar a Franco. ¿Qué onda con él?

—Eres mala, no me dijiste que en verdad era mino, mino, mino.

Franco se acercó a Alexis y le tocó los brazos. Éste de inmediato se apartó de él.

—Hum, un hombre fuerte, con carácter... de esos me gustan. Flour, por qué no invitas a tu amigo a tomar once. Le puedo preparar unos pastelitos

—Franco —dijo Florencia molesta—, no espantes a mi compañero de curso.

—Francoise, linda, te lo he pedido miles de veces, Francoise. ¿Sabes, amigo-de-curso-de-Flour? Tengo un espectáculo que presento en el teatro San Ginés, en Santiago. Lo hago con mis compañeras y justo ahora Flour me iba a ayudar con la prueba de vestuario y maquillaje. ¿Quieres quedarte a mirar? Me encantaría una opinión masculina.

Alexis no podía creer lo que estaba mirando. El amigo de Florencia era un marica, de aquellos que su padre decía, un hombre-hombre debía mantenerse alejado. Reparó en su cabello ondulado, húmedo y revuelto y sus ojos verdes que parecían lanzar destellos. Ese hombre ni por mucho maquillaje que se pusiera parecería mujer. Se vería monstruoso.

—Te digo, Florencia, que, si te animaras, si te hicieras unos visos...

—Me siento bien morena.

—¡No entiendo por qué la mujer chilena no se saca partido habiendo tantos colores de maquillaje y de tintura de cabello!

Florencia se estaba aguantando las ganas de reír ante los nervios de su compañero. Franco notó eso y amplió su sonrisa.

—Escúchame bien —dijo sin dejar el falsete—, compañero-de-curso-de-la-Flour. Ella no le debe explicaciones a nadie, ni a ti ni a mí porque sólo se pertenece a sí misma, ¿entiendes?

—Si... si... don Franco.

—¡No me digas don Franco! ¡Soy Francoise, la Mariposa! No quiero que vuelvas a molestar a mi Flour, porque ella es mi musa inspiradora. Antes de dar por sentado que una mujer es tuya, deberías preguntarle si quiere algo contigo por lo menos. Ahora vete, los machistas como tú me disgustan horriblemente —terminó con voz sedosa.

Franco se acercó a Alexis, le tomó la cara con ambas manos y le besó ambas mejillas a modo de despedida. Le guiño un ojo y le lanzó un beso mientras lo guiaba a la puerta de la calle y al volver a casa, Florencia estaba

asombrada en la puerta.

—Adorable tu amigo. Me encantó —dijo Franco sin perder su personaje—. Ehh... —suspiró. Florencia comenzó a carcajearse y él retomó su voz grave—. Necesito un mate.

Florencia no perdió el tiempo, abrazando a Franco por la cintura.

—Gracias. Gracias. No sabía qué hacer.

Franco contuvo la respiración un par de segundos y la liberó lentamente. Necesitaba contener unas ganas que tenía de hacer algo.

—De nada, niña. ¿Y el mate?

Al día siguiente, Claudia se pasó por la casa de Franco... es decir, de Florencia.

—Vengo a hacerte una invitación, Franquito.

—Dime.

—Reabrirán un bar que estaba en remodelación. Mi amiga Isabel quedó impresionada con Florencia y me ha pedido que vaya con nosotros, pero es esta noche. ¿Te animas? Hay mesas de pool si eso te llama la atención.

Franco maduró la idea y decidió comprar una torta de mil hojas con manjar y crema para convencer a Florencia. Pobrecita, estaba hecha un lío con lo de estar enamorada de él.

Rato después estaba tendiendo su ropa aprovechando el día despejado tras la lluvia y notó que Negra se sentaba y movía la cola. ¿Florencia? Se asomó al antejardín.

—Que no. No me gustas, lo siento. No quiero pololear contigo ni nada parecido.

—Florencia, somos de la misma edad, es lo más correcto. Nunca has pololeado antes y vives con un marica. Así como vas serás una solterona.

—Pues para mí mejor ser una solterona. ¿Qué no notas que los hombres no me interesan?

—Eso es porque no te has topado con uno de verdad.

Antes de poder preverlo, Alexis la aplastó con su cuerpo contra la reja. Florencia cerró los ojos, completamente asqueada.

—Déjame, no quiero esto...

Florencia lo empujó con todas sus fuerzas, pero poco lo pudo mover. Alexis le puso una mano en la nuca y fue todo lo que alcanzó a tocar porque

alguien lo agarró del cuello de la parka. Alexis hubiera podido jurar que primero voló y luego sintió su cara estrellarse contra la reja cuando volvió. El portón de la casa se remeció entero.

—¿Qué parte de "no" no entendiste? —le gruñó Franco fuera de sí. Florencia, impresionada, lo observó girar a Alexis como si nada y enfrentarlo con una mirada feroz.

La joven se abrazó a sí misma.

—E... ella quería...

Su cara se volvió a estrellar contra la reja.

—Respuesta equivocada. Yo escuché claramente un no. Te exijo una disculpa en este momento o lo próximo que sentirás en tu cara será el asfalto y créeme, al menos perderás un par de dientes.

Tal idea llenó a Alexis de terror.

—Lo siento...

—No te escuché —dijo Franco.

—Lo... ¡Lo siento! ¡Perdón!

Franco miró a Florencia. Pálida, ella le dio su aprobación. Soltó al muchacho.

—Escúchame bien, puede que sea un marica, pero odio a cualquiera que se propase con una mujer. Y si vuelves a hacerlo, siquiera a pensarlo... a respirar cerca de ella, y me entero... primero te vuelo los dientes y luego te hago mío. ¿Entendiste?

—Sí... señor.

—Francoise la Mariposa, así me gusta que me digan —gritó. Florencia ya no sabía qué pensar—. A partir de este momento yo estoy a cargo de esta chica. Que nadie la toque. Si alguien quiere pololear con ella me tiene que pedir permiso a mí y esperar a que yo lo apruebe, ¿entendiste?

—S... si, si Francoise la Mariposa.

Alexis quedó libre.

—Cuando tus papás te pregunten por qué traes la cara hinchada, cuéntales lo que hiciste porque si llegan por acá, si llega carabineros por acá... voy a difundir el video que grabé con mi celular donde se ve como acosas a mi niña y ahí veremos quien la saca peor.

Pasando saliva, Alexis echó a correr, jurándose guardar el secreto de lo sucedido.

Franco corrió hacia Florencia amaneradamente.

—Me rompí una uña peleando con ese imbécil. ¿Estás bien?

—Pero... ¿Qué hace?

Franco dijo por lo bajo a Florencia.

—Al parecer, tu amigo hizo una apuesta o algo, porque hay dos chicos más allá con el uniforme de tu escuela, atentos a la jugada. ¿Estás bien?

—Estoy muy... muy... quisiera retorcerle el pescuezo yo misma, pero... ¡Ahh! ¡Odio ser mujer! ¡Odio no poder tener la fuerza para defenderme!

Franco le acarició la cabeza a Florencia y se metieron a la casa.

—Hay clases de defensa personal, en Santiago son muy populares. ¿Por qué no las tomas? Te vendrían bien. Debe haber en esta ciudad un lugar donde impartan eso. Hoy cuando fui al almacén de la esquina vi un cartel. ¿Vamos a verlo?

No perdieron el tiempo y llegaron al almacén de don Sergio. En el cartel se indicaba que se impartirían clases de defensa personal los días martes y jueves en la Junta de Vecinos. Se debía pagar por el cupo y decidida, Florencia se inscribió. Empezaría al día siguiente por la tarde. Franco se alegró de que ella pudiera hacer algo para no sentirse tan indefensa.

—Te tengo una buena noticia. Esta noche inauguran un local y Claudia nos ha invitado. Irán las amigas que te hiciste en su fiesta.

—Pero... Franco, no estoy de ánimos. Mañana tengo escuela...

—Podemos volver temprano.

Florencia suspiró.

—Decididamente usted me está llevando por el mal camino.

—Pero... Florencia... dime, nunca has pensado, por una noche ser como otra persona.

—¿Qué?

—No sé, digo... la coquetería es algo que viene en cada mujer, en mayor o menor cantidad. Creo que debe ser muy estresante simplemente ignorar esa parte de ti. Creo que no es sano.

—Pero...

—Florencia, escúchame. Puedes usar toda la ropa de tu padre que quieras, la mía incluso, pero tú eres una mujer y es algo que cualquiera al verte puede apreciar por más kilos de tela que te pongas encima, así que la idea de afearte para que los hombres no te miren no funciona. Deja de maltratarte, de castigarte por lo que otra persona decidió hacerte, eso no fue algo que tú hayas provocado, no. Perdona que te lo diga, pero considero una injusticia que te escondas, que no te permitas mostrarte al mundo y, sobre todo, que no te permitas ser tú misma. Que te dejes crecer el cabello para meterlo en un

gorro feo.

Florencia no pudo replicar nada de eso y bajó la cabeza.

—No tengo ropa de mujer aparte del jumper del uniforme —dijo luego de unos minutos.

—Ahh, eso no es problema. Nada que una tarde de compras no pueda arreglar. ¿Vamos?

Luego de indagar a qué tipo de lugar irían, Franco y Florencia se fueron de tiendas al centro. La joven se probó una blusa y le pareció demasiado ajustada. Franco le dijo que se veía como cualquier otra muchacha con ropa a su medida y que el cambio le sentaba bien, pero que, si no se sentía cómoda, se siguiera probando y así hizo ella. Eligió una camisa a rayas de su talla y corte femenino.

—Me parece bien. Tampoco es cosa que cambies radicalmente. Te queda.

Ella siguió probándose otras prendas que él le pasaba y cada vez que salía del probador, Franco le pedía al cielo que lo volviera gay o se volvería loco. A pesar de los jeans holgados y las camisas talla cuarenta y cuatro que solía usar, había logrado distinguir una figura armoniosa, que ahora resultaba realizada por la ropa que ella se atrevía a mostrarle. No era fácil quedarse callado sobre eso o disimular su agrado ante lo que veía, pero se esforzó para no incomodarla, especialmente cuando ella se probó un vestido de verano que él le pasó y sólo pudo decir, escueto, “te ves bonita”, aunque pensaba que nadie lo podría llevar mejor. Tras una hora, salieron de la tienda muy contentos. Ella por atreverse a algo que secretamente había querido, como vestir y verse diferente, y él porque nunca había disfrutado tanto ir de compras con una mujer. Sobre el vestido de verano, a Florencia le había gustado mucho pero no le alcanzaba el dinero. Sin dar mayores explicaciones, él lo pidió y lo pagó como si le diera lo mismo.

—Seguro tendrás algún evento a fin de año para lucirlo. ¿Qué tal tu graduación?

Florencia pensó que esa hermosa prenda que gritaba feminidad merecía algo mejor que una graduación.

El maquillaje fue fácil de conseguir en una tienda donde aconsejaron a Florencia con tino y amabilidad sobre lo que usar, aplicándole los productos. Parecía una verdadera muñeca cuando salieron, con un estuche nuevo que contenía maquillaje básico. Ya en casa Florencia cepilló su cabello y resolvió hacerse una trenza que cayó sobre uno de sus hombros. Franco en tanto se metió a la ducha y se vistió lo mejor que pudo, después de todo, habiendo

estado de novio con una modelo había aprendido a realzar sus atributos. Se peinó el cabello de una forma diferente y decidió no afeitarse porque consideró que la barba de tres días le quedaba bastante bien. Florencia salió de su habitación un tanto tímida con su ropa nueva.

—Te ves muy bonita, debo decírtelo, pero endereza esa espalda, niña, y echa atrás los hombros. Esta noche tú eres una Florencia diferente y esa otra persona se siente segura de como luce y como la ven los demás.

—Pero es que...

—No tengas miedo. Yo voy contigo, ¿lo olvidas?

La joven se animó a levantar la cabeza y al ver a Franco, su respiración se tornó irregular. Tuvo la impresión de que esa imagen seductora la visitaría constantemente después del domingo, cuando él se fuera. El cabello debidamente domado, la camisa abierta hasta el segundo botón, los pantalones de corte impecable. Franco era todo un hombre y ese pensamiento por un momento la descolocó. Sus mejillas enrojecieron.

—Ya estamos un poco atrasados, vamos al jeep.

Florencia se plantó delante de Franco.

—Llámeme Florence, la Mariposa.

Franco rio.

—Como quieras. Pero como eres otra, por esta noche deberás tutearme.

Claudia y sus amigas, incluso algunos vecinos del barrio se impresionaron al ver a Florencia. La felicitaron por el cambio que consistía en ropa de su talla y luego de un par de piropos, la trataron con absoluta normalidad.

La pasaron muy bien, bebieron, se sacaron fotos, cantaron karaokes e incluso bailaron. Claudia coqueteó con Franco, pero él estaba demasiado ocupado cuidando de Florencia. Luego de incentivarla a tomar un trago dulce para que lo conociera, tuvo que ver que no tomara nada más porque tampoco quería alcoholizar a la muchacha. El grupo se rio mucho al conocer la historia tras el nombre de Francoise, la Mariposa.

—¿Franco haciendo de marica? Este hombre sí que debe quererte, Florencia —dijo Claudia con la lengua un poco suelta por el alcohol—. Si yo estuviera en tu lugar, me aprovecharía de la situación. Llévatelo al registro civil mañana mismo o te lo quitaré.

Florencia rio y Franco hizo de cuenta que no había escuchado, pero lo había hecho. A las doce tuvieron que despedirse para regresar a casa, a pesar de las protestas de sus amigos.

—Es lo único malo de tener que ir a la escuela —dijeron.

Florencia tomó de la mano a Franco como lo más natural y caminaron hacia el auto. Afuera hacía mucho frío.

—Oye Franco, la noche está despejada, ¿crees que nuestro cometa siga por ahí?

A Franco le encantaba que ella dijera "nuestro" y le encantaba que tomara su mano.

—Vamos a dar un vistazo.

Capítulo Cinco: ¿Me considerarías?

Con las luces del jeep encendidas en posición baja, Franco montó su telescopio y buscó la libreta de apuntes. Buscó las coordenadas del cometa y trató de encontrarlo, pero no resultó.

—No estoy seguro, mi letra ni yo la entiendo. Sólo está esa cosa horrenda tapando la visión, creo que es un ovni y un marciano me está saludando.

Florencia, curiosa, puso un ojo en el telescopio y se encontró con un maravilloso conjunto de estrellas que brillaban como diamantes. ¿Franco lo había hecho a propósito?

—¡Franco, gracias! Nunca olvidaré todo lo que has hecho por mí.

Florencia se separó del aparato y miró a Franco o por lo menos lo intentó, porque él estaba a contraluz.

—Si miras el cielo a simple vista no las notarás, porque las más grandes las tapan siempre con sus destellos. Pero, aunque estén tapadas, las estrellas siempre son estrellas, siempre brillan y cuando ya no están ahí, su luz sigue llegando hasta nosotros.

—Eso es muy hermoso de pensar. Las estrellas son como algunas personas —dijo Florencia, pensando en su madre.

—Así es. Son como algunas personas.

Como Franco no dijo nada ni se movió, Florencia pensó que quería mirar por el telescopio. Se hizo a un lado, pero él fue hasta el jeep y apagó las luces. Apretó los dientes y vacilante, caminó hacia donde sabía estaba ella.

—En verdad uno se acostumbra a la oscuridad... —comentó.

—Franco, ¿estás bien?

—Si. Un poco... mi corazón late rápido, pero lo ignoraré. Si no he muerto antes por esto, no lo haré hoy. Es curioso, pero... me siento... me siento motivado a llegar hasta ti.

Franco se paró a centímetros de ella, con las manos en los bolsillos.

—El telescopio está aquí, a mi izquierda, como a un metro —anunció ella.

—No vengo siguiendo mi telescopio, si no a la estrella más bonita que he visto.

—Franco... ¿Qué estás diciendo?

—No te enojas conmigo por lo que diré, pero pienso que tienes una luz muy especial y esta noche has brillado más que en otras ocasiones. Prometí no tocarte y sé que no debería preguntar, pero... en esta oscuridad donde

apenas nos distinguimos el uno al otro, tú... ¿tú me dejarías darte un beso?

El corazón de Florencia latió desbocado. Una sensación caliente se apoderó de su estómago... sintió como si todo su cuerpo retumbara por un golpe.

—Yo...

Ella no tenía como saber que Franco tenía los puños apretados en los bolsillos.

—Si siguiéramos el juego de esta noche, Florencia... de ser como otras personas...

La joven se dio cuenta de que la cara de Franco estaba peligrosamente cerca de ella.

—¿Qué harías tú? Si yo fuera un hombre enamorado de ti y que tú amaras... ¿Me dejarías besarte?

Franco no siguió acercándose.

Algo en Florencia gritó ¡Sí! Un beso del hombre que quería era mucho más de lo que se atrevía a soñar. Y se lo había pedido él, como si ella le gustara, pero enseguida comprendió. Era parte del juego, se trataba de un favor para ayudarla a disfrutar el ser mujer, usando ropa nueva y maquillaje. Empezó a temblar.

—No sé si sea lo... lo mejor.

—Tómalo como un juego. Sólo un juego. No saldremos lastimados, sólo haremos lo que queramos. Sólo un beso.

Un beso. Franco se lo ofrecía y ella quería obtenerlo. Si él podía vencer su miedo a la oscuridad, ella podía vencer su miedo al contacto con un hombre para acercarse.

—Está bien.

Apoyó sus manos en los hombros masculinos para no perder el equilibrio, se paró de puntillas y posó sus labios sobre los de él. Rogó para que no dieran náuseas y cerró los ojos. No sabía lo que seguía y esperó que él guiara.

La boca de Franco se movió, dándole un beso corto al que siguió uno un poco más largo. Florencia suspiró con suavidad ante la dulce sensación que la embargó y cruzó los brazos tras su cuello, arqueándose contra él. Ese beso era el cielo, el mar y las estrellas, más inmenso que lo que había imaginado y quería más. Después de un par de minutos se soltó de él y sonriendo un poco insegura, fue a tomar sus manos, aún en los bolsillos.

—Déjalas ahí —dijo Franco—. O te abrazaré y apretaré y no creo que quieras eso, porque soy un poco bruto y no concibo un beso de forma

inocente.

—¿Qué significa eso?

—Déjalas allí. Es mejor.

Florencia lo miró intensamente, a pesar de distinguir pobremente su cara gris frente a ella.

—Yo sé que tú nunca me harías daño.

Decidida, lo tomó de las muñecas y jaló hasta que él las dejó salir. De inmediato las guio hacia su cintura para que la estrechara por sobre su grueso abrigo y se apegó a su cuerpo, buscando su boca.

Franco sintió que iba a enloquecer y abrazándola con fuerza, llevando una de sus manos a la cabeza de la joven para sostenerla, la besó como hacía días quería hacerlo.

Florencia notó el cambio. ¿Era cierto? ¿Él gustaba de ella o todo eso era en verdad un inocente juego? Tal vez, simplemente, se estaba aprovechando de sus sentimientos, pero entonces ella también se aprovecharía de soñar un poco, no importaba. La lengua de Franco acarició delicadamente sus labios antes de intentar introducirse entre ellos y la joven gimió, olvidando sus pensamientos y dejándolo entrar. Porque si él lo hacía estaba bien. Podía confiar.

—Florencia... —gimió él contra su boca, asaltándola nuevamente. Había quedado gratamente sorprendido por su sabor, textura y aroma. Esa mujer terminó de encantarle en ese momento y él, yendo en contra de lo que su decencia le indicaba, lo había propiciado con gusto.

Pero se iría y eso era cierto. Tan cierto como que corría con ventaja al conocer los sentimientos de Florencia por él, sin confesar los suyos. Sintiendo culpable por eso, Franco optó por tomar distancia besándole la frente, cerrados los ojos. Incluso un hombre como él podía maravillarse con la magia de un beso.

—Fran... —dijo débilmente Florencia, muy insegura. Él la abrazó.

—Vamos a casa. Es tarde.

Desmontaron el telescopio y Franco notó que las manos de la joven temblaban. Sin duda estaba nerviosa, quizá incluso era su primer beso. Trató de recordar cómo se sintió él cuando era muchacho, qué cosas le inquietaban. Ya hacía tiempo de eso, pero se esforzó. Cuando Florencia se acomodó cabizbaja en el asiento del copiloto, él le tomó una mano entre las suyas antes de partir.

—Me gustó mucho tu beso. Realmente lo disfruté. Gracias por

permitírmelo.

Florescía levantó la mirada y sonrió.

—El su... el tuyo me gustó mucho —reconoció con timidez. Franco se sintió en las nubes.

—Qué bien. Ahora iremos a casa y seremos los de siempre, porque no es bueno que nos estemos besuqueando por ahí si estamos solos en tu casa.

"No quiero ser la de siempre, quiero ser la de ahora, la que te inspire pedir un beso" pensó Florescía con fuerza, pero no se atrevió a verbalizarlo. Se cruzó el cinturón de seguridad y regresaron a casa.

Afortunadamente Florescía llegó a buen tiempo a clases. Entregó sus tareas y escuchó los comentarios de sus compañeros con respecto a las marcas en la cara de Alexis. Lo bueno es que el muchacho no se le acercó durante toda la jornada y Florescía pudo conversar tranquila con sus amigas de las cosas que les interesaban. Pero la joven estaba impaciente, quería que pronto tocaran el timbre para correr a casa y ver a Franco. Por suerte ese día no le tocaba preuniversitario y llegaría temprano.

El beso que le había dado la noche anterior había sido lo más maravilloso, fabuloso, increíble que le había pasado. El modo en que él tomó sus labios, acariciándolos...

—Florescía... estás en la luna —dijo Lorena, su amiga y compañera, comiéndose una manzana.

—¿Ehh?

—Decíamos que ahora sólo quedamos tú y yo del grupo.

Florescía se esforzó en recordar alguna pista que le indicara de qué estaba hablando su amiga. Ya. Relaciones sexuales.

—¿Cómo?

—Francisca ya tuvo su primera vez con su novio. Quedamos nosotras.

Sexo y hombres. Florescía se sintió intrigada pero no quería hablar de eso.

—Ya veo. He... está bien, supongo que cada cosa tiene su tiempo.

Lorena conocía el secreto pasado de Florescía y trataba de ser positiva con eso, para infundirle ánimos.

—Para todas hay un tiempo, Florescía. Yo estoy segura que tarde o temprano, llegará el hombre para ti. Pero si sigues acogiendo gays, no creo

que te vaya muy bien —terminó con una risita.

—Veo que Alexis ya estuvo hablando.

—Sí, dijo que Franco era marica, pero cuando yo lo conocí me pareció bastante normal, incluso me pareció que le gustabas un poco.

—No lo creo. Él es mayor —dijo Florencia tomando leche chocolatada de una cajita.

—Pues, yo lo miré hartito de reojo y él siempre estaba pendiente de ti. Además, es tan mino, amiga, es que tú no sabes la suerte que tienes si ese hombre se está fijando en ti.

Florencia recordó de inmediato lo del beso y una sonrisa espontánea llegó a sus labios. Lorena lo captó enseguida.

—Noo... no me digas, Flo. ¿Qué pasó?

—Es que... anoche nos besamos.

Lorena lanzó un chillido de emoción.

—¿Y qué tal besa?

Florencia se mordió los labios. Por un lado, pensaba que debía guardar el secreto, pero por otro... ¡Necesitaba compartir sus emociones con alguien!

—Besa muy rico.

Las amigas rieron y chillaron, emocionadas. Aunque Lorena quiso conocer detalles, Florencia no los quiso dar. No quería acabar confesando que le habían dado un beso por hacerle un favor.

—Además, Franco se va el domingo. No puede aplazarlo más y todo lo que me quedará de él es su beso.

Repentinamente, sintió una desazón tan grande con la idea, que se atoró con la leche. Lorena la miró con preocupación.

—¿Y por qué no lo amarras?

—¿Qué dices?

—¿Recuerdas a Graciela, la que estaba en cuarto medio cuando nosotras entramos a primero? El chico que le gustaba tenía una polola, así que en una fiesta Graciela lo sedujo y le inventó que estaba tomando anticonceptivos. Se quedó embarazada esa misma noche y el chico se tuvo que separar de su polola y hacerse cargo de ella. Se casaron el año pasado.

—Embarazarme a propósito me parece algo deshonesto.

—Bueno, si no quieres hacer eso, otra opción es que pases con él debajo del Arco de los Enamorados. Tienen que ir de la mano y si resulta, se casarán antes de un año. Eso dicen.

De pronto, Florencia se quedó mirando a su amiga, sin verla realmente.

Su mente estaba en la playa, un día lluvioso y gris. Se llevó una mano a la boca.

—¡Ay! No puede ser.

—¿Qué?

—Creo que eso ya lo hicimos.

Lorena chilló, aplaudió y rio con ella.

Qué entretenido era tener una casa. Al regresar del ejercicio, Franco la dejó reluciente y luego atacó el patio. Barrió y le cambió su agua a Negra. Definitivamente él era un hombre hogareño que disfrutaba tener ese espacio. Se metió a la cocina, pensando en que alguien especial comería esas cosas lo que él le daría.

Florencia...

Florencia le había comentado en algún momento que le interesaba estudiar Prevención de Riesgos en la universidad. Y Santiago estaba plagado de ellas. Por otra parte, él llevaba tiempo ahorrando para un departamento, aunque ahora quería tener una casa. Si la conseguía, ¿ella querría irse a vivir con él? Tenía que buscar un momento para preguntárselo. Siendo mayor de edad, ella podía decidir esas cosas, incluso, si quería, podía ser su novia y hasta casarse sin necesitar el permiso del papá.

¿Florence con él? ¿Cómo sería eso? Le parecía una joven muy dulce. Si estando enamorada resultaba ser una mujer cariñosa y más demostrativa que él, sería una tremenda suerte tener algo con ella, marcaría el fin de su búsqueda. Él cumpliría su sueño de tener una familia a quien querer y proteger, nunca más estaría solo, esos cariños le pertenecerían y aunque no resultara, si Florencia llegaba a tener un hijo suyo, estaría ligada a él de por vida. Un hijo...

"Detente. Estás volando muy alto y muy lejos con alguien cuya existencia desconocías hace casi un mes, otorgándole cualidades que no sabes si tiene. Además, puede ser que Florencia sólo esté encandilada contigo porque has sido bueno con ella. Aquí está muy sola y, por otra parte, tal vez sea incapaz de intimar contigo o con otro."

Dejó sus ideas de lado y terminó de preparar un caldo sabroso para el almuerzo, porque hacía frío y sabía que a Florencia le gustaría. Se asomó al comedor cuando la escuchó llegar.

—Qué bueno que llegaste temprano.

Se miraron unos momentos, sin moverse, cada uno recordando el beso del día anterior. Franco sonrió de medio lado y abrió los brazos, un tanto inseguro. Florencia no tardó en refugiarse entre ellos y él la cobijó.

—Gracias —dijo Florencia momentos después, al soltarse. Se sentía emocionada por ser capaz de acercarse a él de manera relativamente espontánea y ser bien recibida. Fue a dejar su mochila en el sofá, como siempre hacía y él le dijo que se fuera a lavar las manos porque el almuerzo estaba listo.

—Hoy te preparé un caldillo de congrio, el mismo al que Pablo Neruda le hizo un poema y créeme, si probara el mío, reviviría para escribirle otro.

Florencia cerró los ojos al probar el líquido y comentó que era el mejor que había probado en su vida. Por la tarde ella tuvo que ponerse a estudiar porque al día siguiente tenía examen, ocupando la mesa del comedor. Él se acostó en el sofá con su celular, decidido a mirar casas en venta.

—Florencia, ven. ¿Qué piensas de esta casa?

Florencia se levantó y fue a ver lo que él quería mostrarle.

—Es muy bonita. Me gusta la foto del jardín, me gustaría tener un jardín con pastito.

Franco apuntó los datos de la casa y algunos minutos después vio otra que le llamó la atención. Nuevamente Florencia tuvo que ir a verla.

—Es que... no sé... ¿No es muy grande para usted solo? Incluso para una pareja ya es grande. Ahora, si la quiere llenar con niños puede ser.

—Supongamos que no estuviera yo solo y tuviera una familia. ¿Pensarías que debo comprarla?

—No lo sé. Debería preguntarle a su señora.

—Pero tengo que decidir pronto, Florencia. Ya no quiero seguir viviendo con Javier. Lo veo todo el día en el trabajo, ni con una esposa pasaría más tiempo.

—Bien, suponiendo todo lo de la familia y si tiene plata para contratar a una nana, dele no más, pero a mí me muy parece grande, seguro se va a ensuciar mucho y pobre de la persona a la que le toque limpiar.

Franco repensó la idea. Florencia regresó con su cuaderno y su libro.

—Según tú, Flo, ¿Cuál es el tamaño ideal para una casa?

—Pues esta. Aquí está todo cerca, la cocina por ahí, los dormitorios más allá. No sé para qué tener más casa. En realidad, da lo mismo la casa que usted tenga, lo que importa es la calidad de los moradores en ella, que

quieran vivir ahí, que se lleven bien y no que se escondan cada uno en su pieza a jugar con el celular.

Franco siguió revisando las ofertas y encontró una casa que le gustó mucho. Cuando fue a llamar a Florencia y la vio con la cabeza apoyada en una mano, murmurando las palabras de lo que tenía que aprender, no quiso seguir molestándola. Se puso de pie, se metió a la cocina y preparó un chocolate caliente, pues hacía frío, y un mate para él. Regresó a la mesa y se sentó junto a Florencia. Ella amó lo que le había traído y él le mostró la casa en el celular.

—Si yo tuviera plata, esa me compraría. Es muy linda —dijo soñadora. Franco apagó el aparato y le puso atención a ella.

—Como ya te distraje mucho, te ayudaré. Te puedo hacer preguntas y así me contestas lo que sabes. Luego repasamos los puntos que tengas más débiles.

Tras una hora, a Franco le pareció que la joven estaba más que lista, si bien tuvo que aclararle un par de conceptos que ella no había entendido bien. Afuera llovía de nuevo y él se incorporó para ir a buscar más agua caliente para su mate, que se había enfriado. Le puso azúcar y le ofreció a la joven.

—No me gusta, gracias.

—Supongo que nunca lo has probado.

—Sí, lo he probado y no me gusta.

—A mí tampoco me gustaba cuando tenía tu edad. Ven, pruébalo ahora. Toma con cuidado porque está caliente.

Mirándolo con cierta molestia, Florencia se inclinó sobre el mate y sorbió de la bombilla. Pestañeó con extrañeza y miró a Franco. Esa horrible cosa verde remojada sabía bastante mejor de lo que recordaba. Dio otra chupada.

—Si te gusta podemos tomar los dos de aquí, siempre que no te de asco compartir mi bombilla.

Florencia se sentó muy cerca de él y compartieron la bebida. Ella se sentía un poco nerviosa, porque quería hablar del beso de la noche anterior pero no sabía cómo abordarlo. Franco le había dicho que por esa noche era un juego por ser personas distintas a las que eran habitualmente, pero la había esperado con un almuerzo exquisito, la había ayudado con su estudio, le había dado de su mate. Eso debía significar algo por parte de él, ¿no?

No, considerando que se comportaba así desde que había llegado. No importaba lo que ella dijera o pensara. Franco se iría y ella debía aceptarlo.

Al anochecer, Florencia se instaló en un sillón a ver una telenovela

nacional y Franco se acostó en el sofá con una frazada. Durante los comerciales miró a la joven y la vio con las rodillas encogidas y los brazos muy juntos.

—Si tienes frío ven conmigo.

—No. Mejor prenderé la estufa.

—Como quieras, pero aquí hay espacio para ti.

Florencia encendió una estufa a gas y abrió las puertas de los dormitorios para que el calor los alcanzara. Luego se acercó a Franco, dubitativa. Él se movió, dejándole un espacio longitudinal a su lado y ella se acostó, apoyando la cabeza en su brazo. Sin saber qué hacer con su mano libre, la apoyó en el torso masculino. Él la cubrió con su palma y pretendieron poner atención en el televisor a pesar que no podían pensar en otra cosa que en el contacto que estaban teniendo. El capítulo pronto terminó y comenzó el noticiero.

—¿Estás cómoda?

—Sí, gracias. ¿Y usted?

—Muy bien, también. ¿Sabes? Ya sólo me quedan dos y medio días más aquí y no se me ocurre qué hacer mañana. La costa la tenemos completamente recorrida, pero me falta la parte Este. ¿Crees que alcancemos a ir a algún lado? Podríamos visitar el pueblo de Condorito, Cumpeo, y dar vueltas por allí.

Florencia pensó en sus palabras unos momentos.

—Creo que usted debió hacer sus vacaciones solo. Si no se hubiera encontrado conmigo hubiera llegado a la Patagonia.

—Seguramente. Pero no la habría pasado tan bien.

—Gracias. Si quiere ir a Cumpeo, yo lo acompañaré. Y si no puedo, lo dejaré libre para que vaya tranquilo.

—Yo no quiero libertad para viajar. Yo quiero tu compañía.

Florencia no supo qué responder a eso y el avance del reloj los obligó a separarse para dormir.

Al día siguiente Franco dejó a Florencia en el colegio y salió a recorrer la zona en su jeep. Había salido el sol y quería tomar algunas fotos para quedar libre a la hora de salir con Florencia. ¿Cómo sería ese lugar en verano, cuando todo era sol y no había gris? Trató de visualizar sus playas con gente caminando por ellas, con niños jugando, mirando las formaciones rocosas que hacían ese lugar único. Le gustaría volver, debía reconocerlo. ¿Funcionaría un nuevo restaurante allí?

Estaba sacando algunas fotos en la Playa de la Piedra cuando su celular

vibró. Era Javier, y contestó, apresurándose en entrar al jeep porque el exceso de viento le hacía difícil escuchar.

—Aló, weón... está la cagada aquí, así que necesito que te devuelvas.

—Pero, ¿qué pasó?

—El Rafa y el Benja se agarraron de nuevo por "diferencias" según ellos y quieren renunciar. El Benja se fue y no sé qué haré esta noche si Rafa me falla.

Franco se tomó la frente. Rafa y Benja otra vez.

—Amigo, no puedo volver esta tarde... tengo planes. Busca otro reemplazo y por último lo pago de mi bolsillo. De todos modos, habla con ellos...

—Pero si ya lo intenté y casi nos vamos a las manos con el Benja. No quiero pensar en cómo va a ser mañana: Fin de mes, sábado en la noche, restaurante lleno y ese par de weones dejando mi cocina botada. Lo siento mucho, Franco, tú eres el único al que escuchan... tu cachai que yo no tengo paciencia para lidiar con ese par de giles. Tienes que hablar con ellos.

“Es tu cocina, resuelve tú el problema” pensó Franco, pero lo que dijo bien diferente.

—No creo que alcance a llegar a Santiago para ayudarte, pero me tendrás mañana para ver qué puedo hacer con ese par.

—Gracias, perro, me estás salvando. Es que... ¡argh! Igual trata de volver hoy.

Javier cortó y Franco, suspirando, se fue a buscar a Florencia a la escuela. Ella abordó el jeep con una gran sonrisa, pero no tardó en notar que algo no andaba bien.

—Tengo que volver a Santiago. Me acaban de llamar, hubo un problema en el trabajo y tengo que hacerme cargo. Lo siento. No creo que alcancemos a visitar Cumpeo.

—Entiendo —dijo Florencia con un hilo de voz.

—No sé qué decirte... podemos pasear por aquí...

—Pero... ¿Por qué su jefe no resuelve el problema solo? —estalló la joven, sorprendiéndolo—. ¡Es el jefe, se supone que todos le tienen que hacer caso!

—Porque no es mi jefe. Es mi socio. Nos repartimos el trabajo según nuestras habilidades y el problema que surgió sólo yo puedo arreglarlo, no él. Ya lo intentó y sólo lo empeoró.

—Pero... es que yo creí que se quedaría hasta el domingo ¡Lo prometió!

—Florencia, lo siento, si pudiera quedarme más días lo haría, pero esto no es sólo trabajo. Es mi proyecto y ya mucho lo he dejado de lado, tomándome este mes... Flo... por más que la estemos pasando bien, esta no es mi vida. Tengo que volver a mi lugar y aunque no me fuera esta noche, sería mañana o el domingo, pero no pasará de allí.

—Tiene razón —dijo ella dolida—. No se lo quería hacer más difícil, pero... lo que para usted es un día más, unas horas más de vacaciones, para mí son la vida. Y aunque sé que es lo correcto, lo real, no puedo aceptarlo —confesó— Y quisiera poder tomarlo tranquilamente pero no puedo...

Franco detuvo el vehículo al llegar a casa, con el corazón vibrando por una potente sensación al escuchar las palabras de Florencia. A pesar de su juventud, él llevaba años siendo adulto y domando sus sentimientos en pos de lo racional, pero, a decir verdad, para él también cada minuto con ella era la vida. Antes de quitar la llave del arranque del jeep, Florencia ya se había bajado y atravesaba corriendo el antejardín hacia la casa. Él suspiró y caminó a paso lento, anticipando una tarde difícil.

Al entrar sintió el portazo en el dormitorio. Decidió darle unos minutos mientras calentaba las sobras del día anterior y al estar todo listo fue a buscarla. Tocó con suavidad y no obtuvo respuesta. Giró el picaporte y la puerta se abrió. La encontró aún con el uniforme, sentada en su cama, codos apoyados en los muslos, secándose los ojos. Se sentó a su lado.

—Oye, no quiero que te enojés conmigo.

—No estoy enojada.

—¿Cómo qué no?

—Si estuviera enojada con usted, le gritaría. Lo que yo tengo es pena, porque se va.

—Florencia...

—¿Ahh?

—Mírame.

La joven enderezó la espalda y lo miró. Franco le pasó un brazo sobre los hombros.

—Nos podremos comunicar por redes sociales. ¿Cierto?

Franco trató de sonar animado, pero no fue suficiente para consolar a Florencia, quien asintió débilmente. La rodeó con sus brazos y ella retribuyó el gesto.

—Si yo fuera... fuera una persona diferente... alguien a quien usted pudiera querer... ¿Usted me consideraría? —dijo Florencia de repente.

—¿Qué quieres decir?

—Que si yo fuera el tipo de mujer que... que pudiera darle más. Una mujer que pudiera ser... su mujer... ¿consideraría quedarse conmigo, aquí?

Franco la soltó y tomó distancia.

—No digas esas cosas. No sabes de lo que estás hablando.

Florencia se aterroró al comprender que estaba siendo rechazada, pero se animó a seguir.

—Yo sé. Yo quiero estar con usted. Soy mayor de edad, usted no se meterá en ningún problema.

—Lo que creo entender que quieres que hagamos es muy serio. Ni siquiera te estás cuidando ni yo traigo...

—No pasará nada. Tomo anticonceptivos hace un año. Me los recetaron para regular mis periodos...

Las ganas que sintió Franco de tomarla y quitarle la ropa fueron tan grandes como las de un ave enjaulada a la que le abren la puerta para que salga a volar. Sin embargo, le quedaba un poco de sentido común. Apretando los puños salió del cuarto, de ahí a la calle y se puso a caminar.

Avergonzada, Florencia salió hacia la cocina, pero rechazó la comida y se metió al baño. Se quitó el uniforme y se metió bajo la ducha, para quitarse el sudor tras hacer educación física antes de salir de clases. Sus lágrimas se mezclaron con el agua tibia que la empapó, pensando que nunca más sería capaz de mirarlo a los ojos después de eso. Dejándose una toalla en la cabeza, se vistió con su ropa masculina y como Franco no volvía, resolvió quedarse en su dormitorio, donde se secó el cabello, lo recogió y se puso a estudiar los folletos universitarios que le dieron ese día. De tanto en tanto se le humedecían los ojos porque, aunque el jeep seguía estacionado fuera de la casa, para ella Franco ya se había marchado al rechazarla. Lamentó comprobar que su primer beso se había debido a un favor y que el sueño que estaba viviendo acababa de terminar.

Cuando escuchó la reja abrirse y cerrarse no se molestó en asomarse. Su padre le había dicho que ese fin de semana no viajaría a verla, por ende, sólo podía ser Franco y ya no estaba segura de querer verlo. Siguió leyendo sobre la carrera de Contabilidad. Era algo con lo que podría trabajar desde casa y esa idea le gustó, así, cuando tuviera familia, no tendría que dejarla y sus hijos no se enamorarían del primero que les diera atención. Si no era aceptada en Prevención, optaría por Contabilidad.

Pasó su índice bajo uno de sus ojos cuando sintió que Franco entraba en

la pieza del lado y salía minutos después, seguramente tras guardar todo en su bolso. ¿Se iba tan pronto? Apretó los ojos con dolor y tomó aire al pensar que él vendría a despedirse. Nunca hubo nada entre ellos y él se debía a su responsabilidad. Se giró hacia su puerta cuando la escuchó abrirse.

—Florenxia, la pasé muy bien aquí, contigo.

—Me alegro —dijo Florenxia, asintiendo a la vez, pero manteniendo la vista baja. Franco tomó aire, pareció que iba a decir algo, pero se arrepintió. Volvió a abrir la boca.

—Puedo quedarme un rato y conducir de noche. Son como cuatro horas —dijo en vez. Florenxia negó con la cabeza—. O podría irme mañana temprano. Para el verano voy a volver e iremos a la playa...

—Me han contado que Viña del Mar es más calentito. Aquí siempre hay mucho viento.

—En ese caso, vendré a buscarte para que me acompañes a Viña.

Florenxia sonrió.

—No me diga esas cosas para contentarme. Devuélvase tranquilo no más. No pasa nada. Yo siempre tendré el mejor concepto de usted. Lo voy a recordar como mi mejor amigo. Estas han sido las mejores vacaciones de invierno de mi vida.

Una nueva lágrima rodó por su mejilla. Florenxia se odió por ser incapaz de detenerlas. Para su desmayo, pronto cayó otra.

Franco dio un paso hacia ella y se detuvo. La joven sólo veía sus pies.

—¿Sabes?... tú... debes considerar que toda acción trae una consecuencia. Por eso debes medir bien tus palabras al expresar un deseo.

Florenxia se sintió mortificada, el carmín llegando furiosamente a sus mejillas.

—Ya.

—No puedes pedirle a un hombre que te haga su mujer, menos si no conoces el riesgo de eso.

—Yo sé.

—No. No lo sabes o de lo contrario no me lo hubieras pedido.

Florenxia se puso de pie de un salto y se encaminó a la puerta.

—¡No quiero hablar de eso!

Rápido, Franco la tomó de una muñeca, deteniéndola, y con ese simple gesto, el pulso de la joven se disparó. Él se inclinó sobre ella, hablando bajo.

—Debes saber que después de eso ese hombre podría no querer dejarte tranquila. Puede pasar que quiera seguir teniendo contacto contigo, que te

llame, que venga a verte. Que te busque. Que cuando te vuelva a ver quiera tocar tu piel, besarte. Si lo que pase entre nosotros no te gusta, ¿podrás soportar que me ponga insistente?

—También puede pasar que no le guste lo que pase y eso es lo que me asusta más. Franco, olvidé lo que le dije hace un rato.

—Yo no pienso olvidarlo.

—Pero tampoco sienta que es su obligación hacerlo porque se lo pedí. Usted ya me ha hecho muchos favores...

—Entonces, ¿por qué me lo pediste? Quiero la verdad.

—Porque... porque... cuando dijo que se iba me desesperé —Florencia tomó la mano que sujetaba su muñeca y trató de empujarla sin lograr moverla —, puede ser difícil de creer, pero en verdad usted es el primer hombre al que me he podido acercar por gusto, con quien me siento segura. Porque no le tengo miedo, porque para mí usted es único y porque lo quiero más de lo que me atrevo a decir, pero después de esto... ¡Nunca más se lo pediré a nadie!

Franco la observó con insondable expresión y la soltó lentamente. Ella tomó distancia, pero él seguía controlando la puerta. Deseó que la tierra se abriera y se la tragara de una vez.

—Sólo quería que tuvieras claro que no puedes pedirle eso a cualquiera. Es demasiada responsabilidad para mí, puedo lastimarte o a ti puede no gustarte.

—Ya, si ya entendí. Pero me hubiera bastado con que usted me dijera que no quería.

—¿Y quién te dijo que no quiero?

Ella se atrevió a alzar la vista. Franco dio un par de pasos hacia ella.

—La pregunta aquí es si realmente lo quieres tú.

Florencia no supo qué decir, su mente hecha un caos. Franco se metió las manos a los bolsillos y dio un par de pasos hacia ella.

—Porque si tu respuesta es no, está bien. Pero si es sí, debes saber que, si te arrepientes, en el momento que sea, debes decírmelo. No te puedes quedar callada, aguantando como una mártir. Entonces, ¿qué dices?

Florencia sintió miedo, miedo de muchas cosas a la vez. De sentir asco, de sentir náuseas, de recordar lo sucedido y no poder, de que su desempeño hiciera a Franco correr lejos para no volver.

"No puedes disfrutar la vida si dejas de hacer cosas por miedo" le había dicho noches atrás. Entonces supo que era correcto buscar en él su primera vez y si no resultaba, seguramente tendría una segunda oportunidad.

—Sí, quiero.

Franco sonrió y cerró la puerta. Luego se inclinó sobre ella y abrazándola, la besó paciente y despacio al percibir su temblor. También se sentía nervioso, sus palmas sudaban, pensando que tenía que ir con cuidado, que no podía dar ningún paso en falso.

—Me gusta como besas —le dijo al oído y enseguida se apoderó de sus labios de nuevo. Florencia le pasó los brazos tras el cuello y se dejó guiar hacia la cama que crujió bajo el peso de ambos al sentarse. Con suma ternura, ella le acarició el rostro, buscando una forma de demostrarle el profundo afecto que sentía por él, que se diera cuenta que en todo momento ella estaría dispuesta a entregarle eso que él soñaba, ser único para alguien y lo consiguió, porque esos gestos relajaron a Franco, quien dio cada beso y caricia con verdadero deleite.

Se dio cuenta de la candidez de la mujer que tenía en frente suyo y le gustó. Ella parecía tan feliz que él entendió no era su deseo tener relaciones, sino tenerlo a su alcance para acariciarlo. Y eso nunca, que recordara, le había pasado. Aún no terminaba y ya quería vivir eso una y mil veces más con ella.

La besó con más ardor antes de atreverse a tocarla. Partió por la cintura, sobre la ropa y luego por el costado de su torso hasta llegar al contorno de un seno. En ese punto la joven se detuvo y se apartó apenas un poco de él para desabotonarse la camisa, pero Franco le pidió hacer eso él. Descubrir sus pechos de un tamaño perfecto para él, contenidos por un sostén de color suave que no hicieron más que realzar la belleza de su forma y de su piel, le causó una erección inmediata. La abrazó por la cintura para besar sus labios y seguir por su cuello, camino al valle entre sus senos donde se quedó acariciando y lamiendo. Florencia no pensó que existiera en el mundo una sensación tal. La sangre en sus venas se convirtió en lava ardiendo cuando Franco con sus labios buscó los pezones por sobre el sostén y alzó los ojos hacia ella.

—¿Puedo?

Florencia llevó una de sus manos hacia atrás, hacia los broches. Franco se apresuró en cubrir su mano.

—Disculpa. Tengo mis gustos —murmuró, haciéndose cargo de la situación. La joven entendió así que estaría bien si ella lo desnudaba, pero luego no siguió pensando. Franco la recostó sobre unas almohadas y al levantar el sostén su respuesta no se hizo esperar. Saboreando ambas aureolas

alternamente, la recostó en la cama, sorbiendo, besando, lamiendo, sintiéndose en la gloria y llevándola de paso.

Florencia nunca pensó, al verlo y sentirlo hacer eso, que ella pudiera gustar a alguien de esa manera. Sintió frío cuando él se apartó, pero sin más demora, Franco hizo ademán de desvestirse. La joven reclamó su derecho a ejecutar tal acción y él pudo experimentar la tortura de saber que, aunque podría hacerlo en un segundo, tenía que esperar a que ella, torpemente, le quitara el suéter y la camiseta debajo. Le pareció que sus huesos se derretían al anticipar lo que vendría y no quiso pensar en eso. Quería vivir cada segundo, cada momento de eso que hacían con ella. A torso descubierto, cerró los ojos cuando ella con sus dedos delineó la línea de su pecho y siguió hacia sus clavículas, reemplazando su toque con sus labios.

Ella había temido a cada hombre que conoció desde que uno especialmente malo se cruzó en su camino, pero a este lo iba a adorar. Iba a poner toda su fe en él, aunque no volviera nunca.

Sintió una mano de Franco deslizándose la liga que sujetaba su cabello antes de llevarlo hacia delante para cubrir sus pechos y acabar de quitarle la camisa y el sostén. Lo vio mirarla con atención y tomar aire, los labios entreabiertos. Llegó hasta su boca y volvió a recostarla, haciéndola notar su peso al colocarse sobre ella. Finalmente metió una mano en la cintura de su pantalón para saber si lo podía retirar, pero ella tenía una condición.

—Tengo frío. ¿Podemos meternos bajo las frazadas?

El cuarto se encontraba en penumbras por las nubes que cubrieron el cielo cuando Franco se quitó el pantalón y la ropa interior, pero, sexi o no, se dejó los calcetines. Florencia hizo lo mismo, para no enfriarse los pies, desvistiéndose bajo las frazadas, avergonzada ante la idea de que él la viera por completo. Franco así lo entendió y no le pidió exponerse, aunque lo deseaba. Se recostó a un lado de ella y retomó las caricias, los besos y los gemidos pronto se le empezaron a escapar.

Florencia se paralizó por unos segundos y lo miró a los ojos cuando él puso una rodilla entre sus muslos para separarlos. Franco se acomodó entre sus piernas y quedó suspendido sobre ella, apoyado en sus manos.

—Esta es tu última oportunidad para decir que no.

Florencia se apoyó en un codo para llegar hasta él y esconder la cara en el espacio entre su hombro y su cuello. Franco despacio entró en ella y la siguió cuando volvió a recostarse, besándola en los labios. Apoyado en sus antebrazos se acomodó para no aplastarla demasiado con su cuerpo. Florencia

lo abrazó por la cintura y acarició su espalda.

—¿Estás bien?

—Sí.

Franco empezó a moverse y ella pronto siguió su ritmo, llevándolo con sus caderas. Sus gemidos rompían el silencio y buscaba el pecho masculino para pegar allí su mejilla. Recibía el calor que irradiaba, escuchaba su corazón, sentía la manera en que él entraba y salía sin separarse. Eran uno... uno.

Tras varios minutos, Franco se derramó en ella y exhausto, cayó sobre su cuerpo, besándola antes de acomodarse a su costado. Florencia se quedó en su lugar, sin moverse, mirándolo de tal manera que, conmovido, Franco enredó sus piernas en las de ella y la atrajo hacia sí, besándola esta vez en la frente.

—Lo quiero mucho —dijo ella con toda su ternura. Lo sintió tensarse por unos momentos y bajó la mirada, arrepentida de haber hablado, pero Franco clavó en ella sus ojos verdes tras levantarle el mentón.

—Creo que descansaré un rato antes de almorzar. No te molesta, ¿verdad? Te dije que después de algo como lo que hicimos yo podría empezar a molestarte. Pues bien. Quiero dormir contigo un rato, así como estamos, desnudos.

¿Un rato?

—Toda la vida, si quiere —se le escapó y Franco, cerrando los ojos, sonrió, con una idea en mente.

Rato después Florencia se movió, despertando de su siesta con hambre. Franco la tenía firmemente sujeta por la breve cintura, mirándola con intensidad.

—Debo decirte algo. Desde que te vi de día por primera vez, pienso que eres bonita. La mujer más bonita que he conocido. Bonita, bonita, bonita. ¿Lo puedes aceptar de mí?

Florencia asintió, feliz. No se creía atractiva, pero era lindo escucharlo de él. Rato después se levantaron a preparar un almuerzo nuevo, porque estaban hambrientos.

Cuando Florencia terminó de lavar los platos, Franco se acercó por detrás y puso una mano sobre su estómago, presionando ligeramente hacia él. Ella tuvo la sensación de que él quería tener sexo de nuevo, pero no lo creyó posible. Él la besó en la mejilla, cerca de la boca y cuando ella se volvió él la besó.

—Si me quedo esta noche... ¿Puede pasar otra vez? —preguntó.

Capítulo Seis: Distancia

Amanecía.

Se dio cuenta del error que había cometido cuando, sentado tras el volante, fue incapaz de girar la llave de partida. Llamó a Florencia con la mano, disimulando su malestar.

—¿Por qué no vienes conmigo por el fin de semana? Si tu padre no va a estar no tiene que enterarse. El domingo sin falta te pongo en el bus —dijo aparentando calma, como si la idea se le acabara de ocurrir, para que ella no notara su turbación.

Los ojos marrones brillaron por un momento.

—Quisiera irme con usted, pero Lorena vendrá esta tarde porque tenemos que ensayar una disertación. Somos el primer grupo en presentar el lunes.

Frustrado, él asintió, buscando un acomodo sin encontrarlo. ¡Quería llevársela! Notó sobre el asiento del copiloto, un suéter que le pertenecía. Lo tomó y se lo pasó.

—Ya que te gusta tanto la ropa de hombre, usa la mía y así te acuerdas de mí.

Eran cerca de las ocho de la mañana cuando Franco finalmente partió. Le advirtió que estaría pendiente de ella.

—Apenas salgas de la escuela te llevaré conmigo. Disfruta con tus amigas mientras puedas —dijo, tratando de hacerlo ver como una amenaza terrible. A Florencia le pareció una dulce promesa y se separaron.

Se quedó en la calle hasta que lo vio doblar una esquina. Se preguntó si era cierto que la llamaría, tal vez lo hiciera durante un par de días y paulatinamente dejaría de hacerlo, después de todo él volvía a su vida y no tendría cabeza para acordarse de la joven de provincia que para que retenerlo un poco más le pidió la hiciera su mujer.

No se arrepentía de su arrebato. Por unos minutos, en sus brazos, se vio libre de miedos y vergüenzas, siendo una con el ser amado. Y aunque sabía que no era correspondida, se sintió feliz al menos de haber sido tratada con cariño y cuidado por parte de su compañero, lo que la hizo desear con más fuerza ser amada de verdad por él, pero tuvo que dejarlo ir.

No. No era cierto. Ella no lo había dejado ir porque no tenía ninguna autoridad sobre él. Franco había tenido razón el día anterior, su tiempo juntos no se extendería más allá el domingo, era un fin anunciado y ahí, donde

empezaba su soledad, se terminaba todo entre ellos. Lo recordaría como un amor de esos que hablaban algunas personas mayores con nostalgia, aunque en su caso se trataba de un amor de invierno. Su primer y más dulce amor de invierno.

Se quedó de pie en el comedor con cierto malestar ¿Por qué sentía que le faltaba la mitad de su cuerpo? La sensación fue tan fuerte que tuvo que correr a un espejo para comprobar que todo seguía allí y aunque en apariencia lo estaba, ella sabía que no estaba entera.

Resolvió acostarse a dormir. Era eso o echar a llorar.

Según el programa de navegación de su celular, la ruta más directa, o, dicho de otro modo, menos demorosa, era camino a San Javier y desde allí, tomar la ruta 5 sur hacia Santiago.

Había cargado su mate y lo llevaba a su lado, para hidratarse. La carretera interior estaba en perfecto estado, muy bien señalizada, pero debido a que cruzaba la cordillera de la costa era sinuosa y en lugares debía viajar a una velocidad reducida. Una vez alcanzó la principal pudo avanzar a ciento veinte kilómetros por hora, con la sensación a momentos que su jeep se tragaba las líneas que marcaban el eje de la calzada.

No había mucho tráfico y tranquilo, rebasó a buses y camiones de gran envergadura. Seguía lamentado no poder traer a Florencia ya estaba repasando mentalmente los días festivos que venían hasta que recordó que para un restorán no había días festivos y por ende su administrador tampoco los tenía. Al menos le quedaban los fines de semana hasta las vacaciones de verano, pero para eso faltaba aún medio año.

Sólo esperaba que en esos meses Florencia no conociera a nadie que le pudiera interesar.

Apretó con fuerza el volante. ¡Mierda! ¿Cómo no lo había pensado antes? Si ya había perdido el temor a los hombres, eso le podía pasar en su ausencia. Buscó un lugar para dar la vuelta, pero la barra que separaba en medio la carretera no permitía tal maniobra. Se calmó. Florencia le había dicho de muchas formas que lo quería. Debía confiar en ella y ver el modo de mantener vivo su interés mediante el teléfono o el internet. Sí. Lo lograría.

Cerca de las doce del día llegó al restaurante. Minutos después lo hizo

Javier. Su amigo era un hombre de su edad, relativamente alto y delgado que se dejaba un ligero bigote, de cabello claro ensortijado y ojos avellanas. Al verse se abrazaron y dieron palmadas en la espalda.

—Anoche tuvimos lleno total y ese hijo de... de su mamá del Benja no se apareció, tal como amenazó. Rafa se presentó al menos, me ayudó en todo lo que pudo, pero el que nos haya faltado uno repercutió. Pero vamos, cuéntame cómo te fue. Te veo contento.

Franco le hizo un resumen de sus aventuras y Javier se sorprendió al saber que, aunque había recorrido la zona, siempre permaneció en un sólo lugar y que ese lugar había sido la casa de Florencia. Para desviar el tema, pues no quería hablarle de ella aún, Franco le habló de la playa.

—Es que Constitución me sorprendió y me gustó mucho a pesar del viento que te enterraba la arena en la piel o las olas endemoniadas. Jajaja, un día casi me arrastró una ola... por weón me pasó, pero... no sé, quiero volver.

—Esas son playas para los que verdaderamente saben de agua, como los surfistas, ese tipo de gente, no pa ti, po'h perro, que sólo te bañai en piscina. Supongo que pasaste al restaurante Picaroca.

—Claro que sí. Harto bueno el pollo que me sirvieron.

Javier se fue a cocina y Franco a su oficina, que le pareció pequeña y fría.

El lugar era un cuarto de dos por tres metros, pintado de blanco invierno. Tenía una pequeña ventana alta que daba a los estacionamientos, y estantes en los que Franco iba ordenando los documentos contables. También tenía en una esquina un mueble metálico para archivar, y en el centro, dominando el espacio, un escritorio sencillo de madera de raulí. Sobre éste tenía su computador portátil y libretas de apuntes, y tras él una cómoda silla de respaldo alto. Delante había una mesita baja y un mullido sofá de cuero negro, donde solía sentarse Javier o los empleados cuando debían conversar sobre algo o querían descansar un rato. Un reloj y par de calendarios de años anteriores bajo el del año en curso colgaban de la pared. Franco consideró imprimir las mejores fotos de sus vacaciones para colgarlas. Ya que pasaba ahí gran parte de su día quería pensar en cosas agradables durante sus ratos libres cuando paseara su vista.

El lugar solía estar ordenado y limpio, pero al parecer quien lo había reemplazado no era una persona muy organizada. Había facturas por doquier y estados de cuenta bancarios. Si las cuentas cuadraban, le pagaría a la persona lo acordado o de lo contrario tendrían problemas.

Estaba ordenando las facturas cuando llegó Benjamín, hombre pelirrojo,

pecoso y recio, que era uno de los ayudantes de Javier, quien le contó una historia en la que Rafael le tenía envidia y boicoteaba su trabajo, echando a perder la sazón de sus salsas a propósito. Cuando Rafa, moreno, delgado, de marcadas cejas y enorme sonrisa contó la historia, fue exactamente la misma, pero al revés. Considerando que por culpa de ese par Franco tuvo que volver antes de tiempo, no se sentía paciente ni benévolo cuando los juntó a los dos.

—Esta es la tercera vez que nos reunimos por lo mismo. A mi juicio, ustedes ya no cambiaron y aunque podría amonestarlos, estoy inclinado a cortar este problema de raíz y despedirlos a los dos. Hoy estamos a primero de agosto así que trabajarían hasta el próximo primero de septiembre. Quedan avisados. Tienen tiempo de buscar empleo en otro lugar y les sugiero que eviten trabajar juntos de nuevo.

Benja miró con desprecio a su compañero.

—No es justo que me tenga que ir por culpa de ese jetón que se mete en mi área.

—¿A quién le decís jetón, llorón de porquería? Jefe, yo ayer vine a trabajar. Eso debe ser tomado en cuenta —dijo Rafa.

—Con tu deber cumpliste, es tu trabajo y se te va a remunerar, sin embargo, entiendo que casi te fuiste a las manos con Javier que es tu jefe y eso no corresponde. A ti, Benjamín, te descontaré el día que no trabajaste. Ahora retírense, porque necesito trabajar.

Los hombres salieron cabizbajos y quince minutos después, cuando un leve dolor de cabeza empezó a atacar a Franco, agobiado entre tanto número, entró Javier.

—¿Qué pasó, perro? Creí que después de las vacaciones ibai a llegar más relajado. Te pedí que conversaras con los cabros, no que los despidieras.

—Se merecían el despido.

—Sí, pero ¿sabes lo difícil que es encontrar ayudantes como ellos?

Mentalmente, Franco contó hasta diez. Por más que quisiera no podía despedir a su socio y amigo. Entonces se dio cuenta que el problema ese día era él mismo. Se puso de pie y se asomó a la ventana, mirando el estacionamiento interior y las plantas que lo bordeaban.

—Ya. Entonces no los quieres despedir.

—Pero claro que no. Sólo darles una lección pero que sigan aquí.

De dos zancadas Franco llegó a la puerta y la abrió. Los cocineros estaban pegados a ella y casi cayeron dentro de la oficina. Los hizo pasar y sentar.

—El jefe al que poco o nada de respeto le muestran me acaba de pedir por ustedes. Y en nuestro acuerdo es él quien toma las decisiones sobre la cocina, por lo que debo considerar su opinión. Pero no será gratis —dijo con una mano sobre la frente, de regreso tras su escritorio—. Hace unos días Javier me comentó que hay una cadena de restaurantes interesado en comprar el nuestro. Habíamos pensado ir juntos a comer a uno de sus locales, para conocer su estilo y forma de hacer las cosas y ver si nos conviene, pero prefiero que lo hagan ustedes dos. El miércoles van a ir de incógnito a la hora de almuerzo, a la sucursal en Providencia como dos personas normales que van a comer. Van a pedir cosas diferentes, si tú pides tinto, el Rafa pide blanco y así. Se van a fijar en todo, ambiente, cómo se viste la gente que atiende, tiempo de demora. Van a pedir los postres y el jueves los quiero aquí temprano con su reporte y la boleta con el detalle de lo consumido para demostrar que lo hicieron juntos. Y ojo, que si les estoy pidiendo el postre es porque espero que durante el tiempo que estén allí se comporten de forma civilizada. ¿Aceptan o se van en un mes?

Rafa y Benja se miraron con furia y desprecio antes de asentir y recibir las indicaciones para llegar al lugar que visitarían. Cuando volvieron al trabajo, Javier miró sorprendido a su amigo, aguantándose la risa. No dijo nada, pero le palmeó un hombro y lo dejó solo, intuyendo que ese día no estaba de buenas. Incluso habló con el personal para que cualquier cosa que quisieran decirle lo dejaran para otro momento.

Franco se concentró en las cuentas y afortunadamente cuadraron, pero ordenar el desorden y traspasar los datos de manera correcta al computador le demandó toda la jornada. Al terminar su mate miró el reloj y se dio cuenta que ya eran pasadas las nueve de la noche. Anunció que se retiraba y se fue, cansado.

Salió al estacionamiento y resolvió llevar su jeep a un lavado de autos, debido a la gran cantidad de insectos que se le habían pegado en el capó, parabrisas y los focos tras su paso por carretera. Mirando el agua correr desde el interior, recordó ese día que llovía tanto, cuando Florencia le confesó que lo quería y cuyas palabras le quitaron el frío de un plumazo.

Pobrecita. Tenía tan asumido que ella no era una persona apta para enamorarse que ni siquiera hizo algún intento por acercarse a él de manera romántica o sensual, aunque el último día fue más abierta con sus sentimientos, al saber que se iría.

Cayó en cuenta que él nunca le había dicho palabras cariñosas, de esas

que surgían entre las parejas ni demostrado mayormente su afecto, por tanto, era su culpa que ella pensara de esa manera. Él nunca se había caracterizado por ser un hombre que declarara lo que sentía cada cinco minutos, pero ahora se arrepentía de no haberle dedicado un “te quiero”. Debió hacerlo.

Ya en su departamento la llamó brevemente para indicarle que había llegado bien y ella le contó que esa noche iría a una fiesta en casa de Claudia, acompañada de Lorena que pernoctaría con ella. Franco la animó a asistir y divertirse antes de cortar y meterse, agotado, bajo la ducha. Su voz le había parecido la de siempre y se le ocurrió que ahora que estaba lejos de su embrujo podría volver a pensar con normalidad.

Florencia y Lorena terminaron de hacer el material de apoyo para su presentación y resolvieron vestirse para salir. Después de bañarse, Florencia buscó qué ponerse. Miró la ropa que a Franco le había gustado tanto, aquella con la que recibió su primer beso y decidió usar ese conjunto si volvía a verlo, guardándolo. No quería usar ropa de hombre, pero nada tampoco demasiado femenino. Optó por un look cómodo y abrigador, que la hacía ver bien. Se recogió el cabello en una trenza y se puso brillo labial

Cuando Lorena terminó de vestirse y la miró, se llevó una sorpresa.

—¿Y ese cambio?

—No quiero parecer tu pololo a la fiesta que iremos. ¿Me veo bien?

—Amiga, te ves demasiado bonita. Tú naciste para brillar. ¿Debemos agradecer este cambio a Franco?

—Sí, él.

—Qué bueno. Lástima que se haya tenido que ir, me hubiera gustado verlo para agradecerle lo que hizo contigo.

Las amigas se tomaron de la mano y salieron a divertirse. Se retiraron temprano y se acostaron juntas, para escuchar música y charlar sobre sus cosas hasta quedarse dormidas. Renegaron unas horas después del trinar de las aves que interrumpían su sueño y siguieron descansando hasta cerca del mediodía. Lorena se fue después del desayuno, pues venía su tía favorita de visita y Florencia sacó a Negra a pasear, para despejarse, porque se deprimía en su casa.

De regreso, conversó con su padre por teléfono unos minutos y más tarde con Franco, quien le contó que estaba en casa de abuela tomando once y que

la anciana lo tenía comiendo toda clase de pasteles, alfajores, empolvados y sopaipillas. Sentía que iba a reventar y ella insistía en que estaba flaco y que comiera más.

—Me dice que me venga a vivir con ella, que ella me alimentará como merezco.

—Pues yo encuentro que usted está bien. Es decir... usted sabe, con los brazos como anchos y la cintura delgada... cuando se vestía bien se veía muy guapo.

A la mente de Franco llegaron imágenes de la noche que pasaron juntos y tuvo que encerrarse en el baño para que nadie notara que había tenido una reacción inesperada. No era bueno hablar de ciertas cosas cuando su familia andaba cerca y se lo hizo saber.

—No al menos hasta que volvamos a vernos.

La joven no entendió por qué Franco le pedía eso y asumió que se trataba de un tema incómodo y pasado para él. Aceptó no decir nada que evocara cuerpos, desnudos o cosas sensuales y cuando él cortó ella volvió a su realidad. Sentada a la mesa, con una triste taza de té y un pan con mantequilla, sólo su gata le hacía compañía.

Bien o mal, lo echaba de menos. Trató de darse ánimos, pensando que en unos días más ya se habría acostumbrado a su ausencia y eso no le pasaría.

Nadie preguntó por su rostro demacrado el día lunes en la escuela. Tras el terremoto y maremoto, habían quedado secuelas psicológicas en parte de la población de Constitución y otras zonas fuertemente afectadas, que se manifestaban en angustia, pesadillas o ataques de llanto, aunque ya habían pasado algunos años. Las amigas de Florencia asumieron que había llorado la muerte de su madre, como tantas otras veces y para entretenerla, le hablaron de Solange, una alumna de tercero medio que, tras tener relaciones con su pololo, fue abandonada por éste. Florencia siguió la conversación con aparente desinterés, pero necesitaba saber cómo había sido eso.

—Lo conoció durante el verano que pasó. Entiendo que ella tiene dieciséis, él tiene veinticinco años y le pidió hace un mes tener relaciones, como un regalo por su egreso del instituto. Le prometió que nada cambiaría entre ellos y ella aceptó. Lo hicieron un par de veces y pronto comenzó a alejarse. Dijo que había encontrado trabajo en San Fernando y se fue a vivir allá, así que la lejanía le dio la excusa perfecta para no volver a verla. Según mi hermana, ella quedó muy mal, hace una semana que no viene a clases — dijo Sandra al terminar el relato.

—Tener relaciones sexuales es muy rico —dijo Gisela, pelando un plátano para comérselo—. A mí no me importaría que me abandonaran si a cambio puedo pasar un buen rato. ¿Y tú, Flo? ¿No dirás que es asqueroso lo que digo?

La aludida terminó de tragar una galleta que estaba masticando.

—No.

—¿Y eso? ¿Qué bicho te picó? La semana pasada me dijiste que no querías oír mis cosas nunca más.

Florencia no quería contar que ya había debutado porque le parecía que todo lo vivido con Franco necesitaba guardarlo celosamente para ella. Era demasiado especial y sus amigas no lo comprenderían de ese modo. Analizarían el tema, se reirían y ella no quería eso.

—Lo que pasa es que... si tú haces eso y te sientes bien así, creo que yo no debería molestarte. Tú no tienes la culpa de que para mí haya sido más complicado. No creo que seas más buena o más mala que yo por tener la oportunidad de disfrutar de las relaciones, sólo eso.

Alejandra abrazó a Florencia por el cuello.

—Me estai empezando a caer bien, galla.

Las jóvenes continuamente habían chocado por sus posturas relacionadas al sexo, pero por lo general se llevaban bien. Florencia también la abrazó y se quedaron así hasta que terminó el recreo y volvieron a la sala de clases. Esforzándose por concentrarse, Florencia pudo rendir con normalidad el resto de la jornada en la escuela y luego en el preuniversitario.

Sus compañeras, como siempre, la acompañaron parte del camino a casa y al separarse de ellas, siguió varias cuadras en soledad. No le apuraba llegar a ninguna parte si no estaba Franco o alguien que la recibiera y al llegar, lanzó su mochila lejos. Se fue a cambiar de ropa, pensando que ese día no tenía ganas de verse bonita para nadie si la persona que más quería no estaba para mirarla. Preparó algo de comer y pensó en lo que había contado Sandra. Pensó que contaba con ventaja en ese aspecto, pues ella siempre supo que Franco se iría y el que la olvidara a partir del día en que se fue era inminente.

Cuando sucediera, ella no podría culparlo o acusarlo de aprovecharse de ella, pues ella le pidió, le imploró que la hiciera suya. Y por eso ella debía asumir lo que pasara de ahora en adelante como la mujer mayor de edad —aunque fuera desde hacía menos de dos meses— que era. No lloraría si eso pasaba y se sentiría agradecida por haber tenido una primera vez como aquella.

¡No!

¡Mentira!

No llevaba ni una hora en su casa y ya estaba luchando con las ganas de llorar porque no lo tenía ahí. Necesitaba acostumbrarse ya a su ausencia. Se dijo que no podía ser tan infantil, que Franco había pasado un periodo de vacaciones con ella, pero esa no era la vida de él. Tenía obligaciones, una familia, amigos en Santiago y se debía a ellos. Por Dios, ¿cuándo volvería a sentirse completa?

Se obligó a comer y en eso llamaron desde afuera.

—¡Aló! ¡Vecino!

La joven se asomó a la puerta, parpadeando repetidamente para aliviar la irritación de sus ojos. Un hombre joven, aunque no tanto como Franco se encontraba en la puerta. Florencia contuvo las ganas de cruzarse de brazos al verlo, pero finalmente no pudo y lo atendió, a la defensiva. Ni siquiera le abrió la puerta. Era el vecino del lado, que había comprado la casa de los padres de Javier.

—Dígame.

—Necesito hablar con tu papá.

—Él salió ahora. ¿Qué necesita?

—Tuve que cortar la luz de la casa para hacer un arreglo que se le pasó a los maestros. Necesito usar un taladro, entonces quería pedirte que conectaras mi alargador un rato en algún enchufe tuyo. No será más de cinco minutos, no me voy a demorar. ¿Cómo te llamas?

—Florencia. ¿Y usted?

—Hernán.

—Bueno, don Hernán, pásame el alargador.

—Pero no me llames don. Trátame de tú.

Florencia distinguió con disimulo, del otro lado de la ventana de la cocina, a una mujer paseando a un bebé. Asumió que era su esposa, pero el pensar que pudiera ser un buen hombre de familia no disminuyó su malestar.

—Don Hernán, pásame el alargador. Lo conectaré.

Hernán sonrió seductoramente.

—Entiendo, niña.

Mientras Hernán trabajaba, Jazmín, su mujer, se asomó al patio con el pequeño Cristóbal de ocho meses. Intercambiaron algunas palabras con Florencia sobre el clima y los almacenes alrededor.

De regreso al interior de su casa sonó su celular. Era Franco.

—Hola, mi bonita. ¿Cómo estás?

El corazón de Florencia pareció saltar. Se llevó una mano a la boca mientras una enorme sonrisa aparecía en su cara.

—Bien.

—¿De verdad? ¿Cómo te fue en la prueba de inglés?

—Fine.

—Oh, I'm glad, miss.

Florencia rio.

—Thank you, Franco.

Enterada de su regreso, Antonia no tardó en buscar a Franco. El día jueves lo encontró almorzando en el comedor del restorán. Se sentó a su lado.

—Hasta que te encuentro. ¿Cómo es posible que en más de un mes no hayas contestado mis llamadas ni...?

—Bloquéé tus llamadas y dejé expresamente prohibido que te dieran datos de mi paradero —respondió sin emoción y apagando la pantalla de su celular— ¿Algo más que quieras preguntar?

Antonia no supo qué responder a eso. Esperaba que Franco se deshiciera en explicaciones. Su indiferencia la molestó sobremanera.

—Pensé que era bueno que habláramos.

—No. No lo es. Es bueno hablar cuando quedan cosas pendientes que decir. Y yo no tengo nada que decirte, nada, así que ve tranquila.

—Es que no puedo irme tranquila. Supe lo de tu abuelo, sé que estás pasándola mal y quiero decirte que eres un gallo super buena onda que no se merecía...

—¿Quién te dijo que yo la estoy pasando mal? Yo me siento bien, afrontando los hechos naturales de la vida como todo el mundo. ¿Algo más?

La hermosa mujer de inmensos ojos verdes y cabello perfectamente liso lo miró con extrañeza. Ciertamente que Franco tenía motivos para no querer verla, pero ya habían pasado dos meses desde el fin del compromiso y podría estar más abierto hacia ella. Lo vio inclinarse ligeramente para llevarse a la boca un pedazo de filete.

Franco siempre le había llamado la atención. Medía cinco centímetros más que ella, por lo que solía pasarlo cada vez que usaba tacones. Pensó en más de una ocasión que le hubiera gustado que él fuera más alto, evocando de

manera inconsciente al primer hombre que había tenido y a quien había vuelto a frecuentar hacía unos meses, tras coincidir en un evento. El deslumbramiento que le causó ese reencuentro le hizo buscar defectos en Franco y así llegó a considerar que, si no era un buen amante, difícilmente su matrimonio podría resultar. Que su personalidad más bien hogareña no concordaba bien con la suya, más de salir y exhibirse, esperando atraer prensa. El matrimonio se canceló y ella se encargó de quedar como una mujer de corazón ardiente condenada a estar con un hombre frío, rescatada a tiempo de eso por su príncipe azul. Franco se había retirado de su vida como un caballero, sin comentar, sin amenazar ni gritar, limitándose a enviarle de regreso todas las cosas de ella que tenía en su poder y cerrándole de modo definitivo las puertas a cualquier acercamiento. Ella quedó en libertad de vivir su romance, pero con en el transcurso de las semanas, algo pasó.

Se había dado cuenta, asistiendo con Arnoldo a un par de eventos, que, si bien era alto y con presencia, carecía del desplante y atractivo de Franco, de su seguridad para moverse ante cualquier tipo de persona y su educación para sortear sin dificultad cualquier tema. No era mejor cuando tras la intimidad no sabían de qué hablar o cuando las citas dejaban de ser interesantes a los treinta minutos. Pensaba que si pudiera meter la mente de Franco en el cuerpo de Arnoldo tendría al hombre perfecto, aunque luego pensaba que no era suficiente, pues Franco tenía un rostro muy varonil y en realidad todo él estaba más que bien. Hacía una semana había terminado con Arnoldo y venía en busca de una segunda oportunidad, sólo que Franco ni siquiera parecía interesado en charlar con ella y eso jamás se lo esperó.

Menos después de asegurarle a quien quisiera oírla que a ese hombre ella lo tenía comiendo de la palma de su mano y reconquistarlo sería fácil.

—Me preguntaba si querrías asistir a una convención astronómica en el Planetario de la Universidad de Santiago. Hablarán algunos profesores. Conseguí un par de entradas para el sábado.

—Gracias, pero tengo que hacer.

Franco levantó una mano al terminar su almuerzo y enseguida una joven vestida de negro con un mandil del mismo color le retiró el plato, preguntándole si querría postre.

—No, Julia, muchas gracias. Prefiero que me lleves un té herbal a la oficina. Voy para allá ahora. ¿Cómo está tu hermano, salió bien de la operación?

—Sí, don Franco, gracias. Ahora tiene que estar en reposo una semana.

—¿Pero tienes quien lo cuide?

—Mi mamá y yo nos turnaremos. De eso quería hablar con usted.

—Perfecto. Cuando me lleves el té lo conversaremos.

Julia se retiró con una sonrisa y Franco miró a Antonia como si se sorprendiera de que siguiera allí.

—Tengo que volver al trabajo. Disfruta de la feria astronómica.

Se levantó, camino a su oficina. Vestía con elegante informalidad, pantalón gris y camisa blanca con los dos primeros botones abiertos. Nunca le había gustado usar corbatas y sólo las reservaba para ocasiones importantes. A Antonia le pareció más guapo que nunca.

—¡Espera!

Franco miró su reloj de pulsera, con impaciencia.

—¿De verdad no querías acompañarme?

Con discreción, Franco miró el salón. Había bastante gente y sabía que Antonia era capaz de armar un escándalo si sus requerimientos no eran atendidos. Por otra parte, él tenía diez minutos para llamar a Florencia o de lo contrario tendría que esperar a la tarde cuando saliera del preuniversitario. De pronto sintió rabia contra Antonia por presentarse a esa hora. Buscó a Julia con la mirada.

—Saldré unos minutos. Te aviso en cuanto regrese —le dijo con gentileza. Se dirigió a la salida y Antonia lo siguió. Más allá había un cómodo espacio urbano rodeado de tiendas, con una fuente de agua y varios asientos—. No sé a qué estás jugando ahora, Antonia, pero hablé en serio cuando te dije que cortaba toda relación contigo. No me interesa ir a la feria, no quiero que hagas planes conmigo, tú y yo no somos nada.

—Pero pensé que al menos podríamos ser amigos. Como nos llevábamos tan bien...

—Yo puedo ser amigo de una mujer que termina conmigo debido a mis defectos o porque ella dejó de quererme. Pero una mujer que me traiciona, que habla a mis espaldas y ventila nuestra vida íntima cuando yo tenía planes de convertirla en mi compañera no me inspira nada. Sólo me queda darte las gracias por demostrar tu verdadera personalidad y darme oportunidad de alejarme de ti y conocer a otra persona.

—¿Cómo? ¿Ya hay otra? Franco, no puedes hacerme eso, ¡por lo menos escúchame!

Franco sintió su celular vibrar en el bolsillo. Era la alarma que él había programado para llamar a Florencia tras su salida de clases. Sonrió al pensar

en ella con su uniforme azul marino dos tallas más grandes que el que debiera usar. Miró a Antonia.

—¿Sabes? Hubiéramos cometido un tremendo error de seguir juntos. Tú, porque te reencontraste con el amor de tu vida y pudiste ver que yo no era suficientemente hombre para ti. Yo por mi parte me di cuenta que a pesar de tu simpatía y belleza no me ofreces contención, lo que suceda conmigo no te importa mientras no te afecte, pero lo más importante es que no tienes la suficiente luz para alejar la oscuridad y por eso te digo, anda en paz, ya no me busques. Yo no quiero ser tu amigo, no soy un hombre tan evolucionado, pero te deseo éxito en la carrera que quieres lograr. Eres hermosa, educada y llena de talento, sé que lo lograrás.

—Pero Franco, no puedes decirme eso. Tú y yo teníamos planes en común, éramos súper compatibles...

Se detuvo cuando Franco le puso una mano en el hombro y la miró a los ojos.

—Antonia, ya no más.

Algo en su mirada la hizo no insistir. Franco se retiró tranquilo, sacándose el celular del bolsillo e iniciando una llamada que lo hizo sonreír.

Una lágrima cayó en la mano de Antonia al verlo marchar. Sacó un espejo de su cartera y un pañuelo para limpiar el rastro negro que quedó en su mejilla.

—Anoche vi ese programa de viajeros y hablaron de los observatorios del norte de Chile —le dijo Florencia coincidentemente cuando hablaron esa tarde.

—Ya. Y te acordaste de mí. Florencia, los observatorios no me interesan.

—Sí sé, pero pensé que, si los pueblos tienen esas luces especiales para no afectar la observación, sería entretenido llevar su telescopio a esos lugares. ¿Se imagina? Podría ver una cortina de estrellas, muchas más que en cualquier otra parte. Debe ser muy bonito poder ver tantas estrellas a simple vista y jugar con ese láser que tiene usted para señalar las constelaciones.

El panorama que sugería Florencia se le hizo muy atractivo. Tenerla a su lado bajo un cielo a reventar de estrellas... no podía pensar en nada mejor.

—El Valle del Elqui y Vicuña están por ahí, que dicen que son lugares

muy bonitos para ver en el día.

—Tengo que colgar ahora porque me llaman, pero voy a investigar sobre el tema y si me gusta, como tú lo sugeriste, tendrás que venir conmigo —dijo antes de cortar, corriendo a su oficina para atender el teléfono cuyo ring ring escuchó al acercarse a la puerta. Tras atender, se reclinó en su asiento, pensando.

Él siempre supo que el mejor cielo para la observación astronómica estaba en la cuarta región, pero dado su miedo a la oscuridad no se había atrevido a ir. Si llevaba a Florencia, supo que podría lidiar con eso. Tenía una fe total en que con ella a su lado lo lograría.

Con ella a su lado.

De pronto miró su escritorio y apoyó los codos en él, tomándose la cabeza con las manos. Quería verla.

—Por Dios, ¿qué me hizo esa niña?

Una semana pasó. Franco trabajaba motivado y Florencia estudiaba con ganas, pensando postular a alguna universidad en Santiago. Sus llamadas empezaron a hacerse más largas, hablando de su cotidiano.

Franco preguntaba por Negra, por los vecinos nuevos o las amigas de Florencia, demostrándole que le interesaban sus cosas. Florencia seguía muy atenta las noticias sobre la capital para saber si algo malo podría afectarlo, preguntaba sobre su trabajo, su familia y en especial sobre su abuela a quien él quería mucho, así como su primo Marcel que era como un hermano para él.

Aunque no se lo había dicho directamente, Franco la echaba de menos y eso lo estaba alarmando, porque aquello con lo que volvió no se le estaba pasando y parecía crecer en intensidad.

Llamó un domingo por tarde a Florencia y contrario a lo que pasaba normalmente, ella no contestó. Tampoco cuando insistió una hora después. Quiso pensar que ella estaría estudiando para algún examen y le dejó un mensaje de aliento, esperando que lo llamara de vuelta cuando se desocupara, pero no sucedió ese día ni el lunes. El martes recién la joven lo llamó. Había peleado terriblemente con su padre.

—El vecino, don Hernán, perdió las llaves de la casa y le pareció más

fácil salir por aquí que saltarse la reja de la calle. Mi padre lo vio salir cuando venía llegando... Creyó que yo... que yo...

Al otro lado de la línea Franco pudo escuchar la voz de Florencia quebrarse.

—Me trató muy mal y no lo entiendo. Me dijo que era una puta, que apenas terminara la escuela me llevaría con él donde pudiera vigilarme, que esta no era la primera vez que yo hacía eso, diciéndolo por usted. Yo no me acosté con nadie, el vecino es casado, yo no soy así... —dijo ella excusándose. Franco no necesitaba oír sus disculpas.

—Yo te creo. Sé cómo eres. No tienes que aclararme nada.

—Pero es que me siento tan mal... ya no quiero estar en mi casa ni pedirle nada. Ayer retomé mi trabajo en el supermercado, voy a empaquetar cosas. Me quiero comprar un computador de esos notebooks para hacer mis tareas, uno barato o de segunda mano estará bien, y también me servirá para la universidad, ya lo verá. Tengo muy buenas notas, me esforzaré, postularé a todas las becas y me voy a largar de aquí apenas pueda con mi Negra y con mi Emilia y así le haré un gran favor a mi papá de deshacerse de mí de una buena vez. Que venda la casa y se vaya a vivir a Talca para siempre, si es tan feliz allá.

—¿No descuidarás tus estudios con tu trabajo?

—No, para nada. Perderé mis clases de defensa personal pero no importa, sólo quiero irme de aquí. Incluso hablé con Lorena para ir a quedarme a su casa los fines de semana. No quiero ver más a mi papá. Bueno, Franco, me tengo que ir. Justo ahora tengo que ir al ciber a pasar al limpio un informe para mañana y a imprimirlo.

—Ve. Todo saldrá bien.

Franco se quedó pensando en la conversación y lamentó no haber estado allí para defenderla. En los días que siguieron, sus ratos para charlar cambiaron de horario a la noche, después de las diez, justo antes de que ella durmiera, pero sin importar que tan soñolienta se escuchara, Florencia lo atendía y seguía sus pequeñas noticias con interés.

Una tarde, de regreso del trabajo, Franco pasó delante de una tienda de artículos electrónicos y reparó en una oferta que tenían. Pasó a mirar y salió media hora después, con una sonrisa en los labios. Ese día no pudo hablar con Florencia, pero lo hizo al siguiente.

—Compré un par de notebooks. Los vi de oferta.

—Qué bien. ¿Son para su trabajo?

—Algo así. Necesitaba renovar el mío, pero el otro es para ti. Me dijeron que te llegaría el viernes como a las cinco, entiendo que a esa hora puedes estar en casa, ¿verdad?

Se hizo un silencio del otro lado. Franco separó su celular de sí, pensando que la llamada se había cortado, pero todo estaba bien.

—¿Flo?

—Franco... yo no le pedí un notebook. No le conté para que me regalara uno.

—Pero podrás usarlo de inmediato, va con un módem para que te conectes a internet y hagas tus tareas. Además, como tu celular es un modelo viejo y no puedes acceder a redes sociales, podrás hacerlo desde el computador y podremos hablar por videoconferencia.

Poder ver la cara de Franco convenció a Florencia.

—Pero con una condición. Se lo pagaré. Si no, no lo recibiré. Prometa que recibirá mi dinero cuando lo tenga junto.

Franco cruzó los dedos tras su espalda, prometiendo que lo haría.

Los padres de Lorena no encontraron correcto recibir a Florencia en su casa por haber tenido problemas con su papá. Dijeron que eran asuntos de familia que debían resolver entre ellos. Florencia agradeció a su amiga el intento y cuando llegó su notebook el día viernes, lo escondió antes de que llegara su padre, quien no le habló más que para pedir que le sirviera de comer.

Recién el lunes pudo desempacar el aparato y hacerlo funcionar. Emocionada, vio la cara de Franco, tocando la pantalla como si estuviera acariciando sus mejillas. Él rio y le comentó que la veía más delgada.

Los días comenzaron a pasar y la carga académica, en el preuniversitario y en la escuela, aumentó considerablemente para ella. Cuando llegaba a su casa y no había tenido tiempo o ánimo para cocinar la noche anterior, se comía un pan con queso o jamón, mermelada o margarina, lo que encontrara en el refrigerador, antes de correr al supermercado. Los fines de semana atendía a su padre, tras esconder su notebook y le aseguraba que se iba a casa de Lorena, pues no le había comentado que trabajaba. La relación entre ellos estaba muy deteriorada, porque apenas hablaban, debido básicamente a que

Florencia se sentía muy dolida con él y Francisco por su parte no era hombre de los que pedía disculpas. Cuando se iba el lunes de madrugada, Florencia se sentía tranquila y liberada y pronto sus ocupaciones llenaban su mente.

Una tarde empaquetaba las cosas de una señora cuando notó que llevaba un set de mate más la bombilla, en oferta. Contó las monedas que llevaba y en un descanso corrió a buscar uno. Eligió uno color violeta y además llevó una bolsa de yerba mate. Ya en su casa, tras hablar con Franco, le preguntó cómo se preparaba y él, muy contento, le dio varios consejos. Su primer intento de mate quedó aceptable pero no se lo pudo tomar todo y consideró que, si en un tiempo más seguía sin poder gustarle, no insistiría con eso. Ella sólo quería compartir un interés con él, pero si ese no resultaba, seguro habría otra cosa en la que podrían coincidir. Al día siguiente se quedó dormida y tuvo que correr a la escuela para no llegar tarde, pero algo pasó camino a su sala de clases.

Sintió un fuerte mareo, al punto que se tuvo que sujetar de un pilar mientras pasaba. Un inspector que la vio se le acercó para saber si estaba bien y Florencia le aseguró que sí, pero al tratar de dar dos pasos volvió a marearse y le dolió el estómago. El inspector la acompañó a sentarse.

—¿Desayunaste hoy?

—Sí... —respondió, pero de tal forma que el inspector supo que mentía.

—El desayuno es el alimento más importante del día. He notado que ha perdido peso, señorita Flores. Espero que no esté en plan de dieta como algunas de sus compañeras porque desde ya le advierto que saltarse comidas es muy malo.

Florencia recordó que hacía días Franco la había encontrado más delgada. Ahora que lo pensaba, quizá si era cierto que estaba perdiendo peso y deteriorando su salud. Tras comer en ese momento lo que traía de colación, Florencia la agradeció al inspector su consejo y se integró a la clase un poco más tarde. Ese día rindió en dos pruebas y le tocó hacer educación física como cada viernes. Como no tenía preuniversitario se fue a casa, se preparó un arroz con dos huevos y fue a buscar el notebook que había quedado sobre la cama, pero de camino se paró delante de la puerta del cuarto donde había dormido Franco y sintiéndose nostálgica, entró. Se sentó cansada, en la cama y repentinamente se le cayeron un par de lágrimas.

Quería verlo. Ya no quería seguir adorando una pantalla, ya no quería oír su voz a través de un aparato, ya no quería tener que conformarse con el sabor de un mate que era lo más parecido al sabor de los besos que le había

dato. Ya no quería consuelos, lo quería allí, con ella y no se aguantaba, porque él le había dicho que volvería en enero y todavía no empezaba septiembre y ella estaba desesperada. No esperaba que le resolviera su vida, sólo verlo, nada más. Sólo verlo.

Se acostó de lado y encogió las piernas, llevando sus manos juntas bajo la cabeza. Se quedó dormida casi de inmediato, su cuerpo exigiendo un poco de descanso.

Capítulo Siete: La decepción de Florencia

Estaba soñando con él cuando un ruido la despertó. Alguien había entrado a la casa. Aún estaba claro, por lo que no podía ser su padre. ¿Franco?

Alcanzó a sentarse en la cama cuando se abrió la puerta. La sonrisa murió en sus labios al ver a Francisco.

—¿Papá? Pensé que llegaría de noche.

—Me llamaron del colegio en la mañana porque estabas con problemas y me vine antes. ¿Qué te pasó? —preguntó áspero desde la puerta.

Florencia recordó cuando, siendo niña, llegaba de la escuela con un rasmillón. Su madre cariñosamente se sentaba a su lado y le revisaba la herida, curándosela con el viento de las hadas. Lamentó que su padre no tuviera ese tacto, ella necesitaba contención, pero le agradeció que al menos se preocupara. Se puso de pie.

—Me quedé dormida hoy y para no llegar tarde no desayuné. Me dio fatiga y se me pasó cuando comí, eso es todo.

Pasó por su lado y encontró su comida fría en el plato. La calentó en una sartén, le ofreció a su padre, por si quería y comieron en un silencio interrumpido por el televisor cuando Francisco lo encendió para ver alguna cosa.

A Florencia se le hizo un nudo en la garganta cuando recordó que hacía unas semanas su padre conversaba con ella, cuando estaba ese puente entre ellos llamado Franco. Le pareció que el arroz crecía de tamaño al pasar por su garganta y se atoraba allí antes de pasar. Decidió servirse un té y unas galletas y miró a su padre, de quien sólo veía la espalda.

—¿Por qué no puede ser como cuando estaba él, papá? ¿Por qué me siento tan sola cuando usted está conmigo? —dijo con tristeza.

Francisco la miró. Torpe, se sentó junto a ella y le pasó un brazo sobre los hombros en algo parecido a un abrazo.

—Ya, no llores por leseras. Franco se tuvo que devolver a su casa, él es santiaguino y ellos a estos lugares vienen sólo a pasear.

Florencia se separó de él.

—No estoy hablando de eso. Yo sé que... papá, yo no sé llegar a usted y usted tiene una visión de mí muy rara. Deberíamos querernos, apoyarnos, pero yo a veces siento que usted viene aquí por obligación y no porque me quiera ver y yo me siento más tranquila cuando usted se va porque nunca sé con qué me va a salir.

Había hecho un gran esfuerzo para decir lo que sentía y Francisco volvió a sentarse muy derecho en su puesto.

—Sírvenme un té, mejor. Estoy cansado.

Florencia se levantó pesadamente y obedeció. A su regreso, hizo un esfuerzo por decir algo más.

—Papá... Somos de esas personas que, aunque se quieran no pueden vivir juntas, ¿verdad?

—No digas leseras.

—El próximo año iré a la universidad. Estoy pensando postular a Santiago. ¿No le molestaría que me fuera? ¿Me echaría de menos?

Franciscoapuró su té de un golpe a pesar de lo caliente que estaba.

—Claro que te echaría de menos, eres mi hija, ¿no?

—No lo sé. Por eso le estoy preguntando. ¿Y si mejor estudio en Talca? Podríamos vivir juntos.

—Haz lo que quieras.

—Estaba pensando estudiar Prevención de Riesgos, aunque ahora último me llama la atención otra cosa, Contabilidad. Quizá lo hable con la orientadora del colegio...

—¿Te puedes callar? Estoy tratando de ver el partido.

Florencia se quedó en silencio y de pronto se puso furiosa.

—¡Me alegra saber que no me va a extrañar cuando me vaya! ¡Quizá podríamos partir desde ya! —dijo recogiendo su taza de la mesa y dejándola en el fregadero, antes de pasar por su dormitorio y encerrarse allí.

Una de las cosas que le gustaba a Franco de su trabajo era acompañar a Javier a la Vega para comprar ingredientes para el restorán. Mirándolo, aprendía a elegir las mejores verduras y bromeaba con algunos locatarios. Cargaban todo en la parte trasera del jeep y se iban conversando de la vida. Esa mañana no fue diferente. Franco le planteó su deseo de comprar una casa y tener un perro.

—¿La casa es para el perro o estás pensando en meter a alguien más? ¿No será a cierta ex vecina mía?

—Me lees el pensamiento. Claro que estoy pensando en Florencia. Si viene a Santiago debo tener donde recibirla.

Javier tomó aire y lo soltó con lentitud. Ni estando próximo a casarse había visto a Franco tan entusiasmado por una mujer y a él le parecía un poco raro que hubiera terminado fijándose precisamente en Florencia. O eso era amor de verdad, de ese sorpresivo, fuerte y eterno, o su amigo había enloquecido tras la ruptura con su novia y buscando llenar el espacio de Antonia, se fijó en cualquier cosa. Si era lo segundo, no quería tomar partido en eso, porque sería cruel para Florencia. Se lo planteó a Franco de esa manera, porque así era él, sincero. La respuesta no se hizo esperar.

—No sé si existe el amor de verdad, pero a ratos me parece que lo que me pasa con Florencia anda bastante cerca.

Javier no supo qué decir ante tal declaración. Asintió y tras unos minutos, arremetió.

—Tú no me molestas en el departamento, así que no me apura que te vayas. Sobre la Flo, no creo que ella se venga a Santiago este año, así que provecha la ventana de tiempo que eso te da para pensar bien si de verdad la quieres.

Franco encontró razonables las palabras de su amigo, pero no era su caso. Quería a esa mujer.

De vuelta en su oficina, se dispuso al trabajo. Se sentía un poco resfriado y le dolía la cabeza, pero anotó los gastos que habían tenido, analizándolos. Algunas verduras y la carne habían subido escandalosamente sus valores y todo apuntaba a que seguirían en alza. Hizo chocar el lápiz contra un block de apuntes, pensando... Tal vez lo mejor sería reajustar todos los valores de la carta. Hacía tiempo que no hacía eso. Dejó el lápiz sobre el escritorio y se asomó a la cocina para pedir una taza con agua tibia para tomarse un medicamento. Descansó unos minutos y masajeándose las sienes, dejó vagar su mente para relajarse, visualizando las formaciones rocosas de Constitución siendo golpeadas por las olas. Deseaba estar allí... con ella.

Ya había pasado más de un mes desde que había regresado y no había logrado hacerse un tiempo para ir y volver en el día. Siendo objetivo, había tenido compromisos familiares con los cuales cumplir y también mucho cansancio que le hizo dormir más de la cuenta en ocasiones. Suspiró y retomó lo del reajuste, pero recibió una llamada telefónica, anunciándole una grata sorpresa.

"El Austral" había ganado una distinción como uno de los tres mejores restaurantes de Santiago de Chile y en una semana recibirían el premio frente a la prensa. Franco le comunicó a Javier que él, siendo el dueño del local y el

chef principal, era el llamado a recibirlo.

—Tenemos que ir los dos, pero prefiero que tú aparezcas frente a la prensa e invites a la gente a venir y todo eso. A mí eso de hablar en público no se me da. Hazme ese favor y luego venimos aquí y celebramos como Dios manda —dijo Javier al enterarse.

Por alguna razón, Florencia no le contestó ese día ni al siguiente el teléfono, sin embargo, apenas se pudo comunicar con ella le contó lleno de orgullo lo del galardón. Reparó en su voz apagada y ella dijo, muy escueta, que no era nada.

Él no le creyó.

El martes, cerca de las diez de la mañana, Franco fue a ver una casa no muy grande, que le había gustado a Florencia cuando se la mostró por el celular. Le pareció que estaba bien ubicada en un barrio tranquilo y le quedaba cerca de su trabajo. Con anterioridad había visto tres casas preciosas con las que no había logrado conectar y estaba empezando a considerar la posibilidad de comprarse un nuevo departamento, que era más fácil de elegir.

Don Luis, el dueño, lo esperaba en la puerta. Se dieron la mano y esperaron a Marcel, quien asesoraría a Franco en algunos temas sobre el estado de la propiedad, para saber si era factible comprarla. Al llegar, don Luis los guio al interior.

Franco no dijo nada durante el recorrido de la casa de un piso, pero al reparar en los ventanales que desde el estar daban al patio trasero, se asomó. Descubrió que el sitio era espacioso y que había algunos árboles frutales como un nogal, dos duraznos y algunos parrones. Mientras Marcel hacía preguntas sobre la casa, Franco volvió a mirar el patio y pudo ver en el fondo a Negra corriendo, persiguiendo una paloma y a Florencia con su trenza riéndose por eso y volviéndose para mirarlo y sonreírle, antes de desvanecerse.

—Este es el lugar —dijo convencido.

—Hace dos años se construyó esta casa sobre los cimientos de la anterior y tiene todos los permisos. Sobre las escrituras, parece que están en orden, pero tienen tantos años que prefiero revisarlo en el Conservador—repuso Marcel. Franco lo miró, decidido.

—Si hay algo que debas sanear, arréglalo, pero quiero asegurarla con una promesa de compraventa. En cambio, si está todo en regla, hacemos el negocio el jueves a primera hora.

Franco y don Luis se dieron la mano, éste último satisfecho, pues sabía que su casa estaba apta para la venta. Marcel no tardó en corroborarlo y redactó el contrato que su primo firmaría en una notaría, previo paso por el banco para preparar los vale vista que entregaría como pago para no cargar efectivo. Tras la firma, don Luis le entregó las llaves, deseándole lo mejor pues él mismo había sido feliz allí y si se iba era porque con su mujer se querían comprar una parcela.

Franco y Marcel celebraron en El Austral, comiendo lo mejor de la carta. Mientras esperaban ser atendidos, Franco se sacó el celular del bolsillo y llamó a Florencia. Quería contarle que ya tenía una casa, pero prefirió omitirlo porque al oír su voz se le ocurrió una idea mejor.

—En dos semanas más te deberían dar vacaciones de Fiestas Patrias. ¿No quieres venir a conocer Santiago? Yo te invito.

—¿De verdad? Pero su trabajo...

—Florencia, de eso nos ocuparemos aquí. Ahora dime: ¿Aceptas? Tendrías que venirte en bus y yo te iría a esperar al terminal. Incluso te podrías venir apenas salieras de la escuela.

—Sí quiero, sí quiero —exclamó la joven.

Marcel enarcó una ceja cuando Franco cortó con una gran sonrisa.

—¿Para ella compraste la casa?

Franco no se dio cuenta que era tan evidente.

—Quiero establecer allí mi hogar, con ella —dijo feliz, expresando un deseo salido de su alma.

De mandíbula cuadrada, cabello negro, gesto severo y ojos oscuros, Marcel miró a su primo menor con algo parecido a una sonrisa, recordando cuando era un jovencito delgado, de piel pálida y enormes ojos verdes que temía dormir en un lugar a oscuras. Seis años mayor, Marcel lo interesó en las estrellas para que viera que no toda oscuridad era tan absoluta y le tenía un cariño combinado de padre y hermano mayor. Tomó un sorbo de su aperitivo y Franco lo miró expectante.

—¿Qué? ¿No me dirás que estoy loco? ¿Que busco en Florencia un reemplazo para Antonia?

—No tengo nada que cuestionar. Si dices que la quieres, yo te creo y si me parece buena, seré su escudero. ¿Cuándo se la presentarás a la abuela?

Ella quiere que nos casemos pronto y si le presentas a tu novia, a mí dejará de molestarme con eso por un tiempo.

De vuelta en el trabajo, Franco pensó en eso durante un descanso. Una relación formal con Florencia. La idea le gustaba, pues lo que tenía ahora con ella era un tanto indefinido. Ellos eran amigos, pero sí, quería pedirle que fuera su novia. Antes no lo había hecho pensando que la asustaría o que no se verían más, pero después de ese tiempo extrañándola como no pensó podría hacerlo, estaba seguro de proponérselo.

La semana transcurrió con normalidad hasta el viernes, día que el grupo curso de Florencia hizo una salida a Talca con el fin de visitar el Museo O'Higiniano, contentos por librarse de educación física. Iban muy animados, cantando, riendo o conversando arriba del bus, siendo controlados por los dos profesores a cargo. Florencia iba con su grupo de amigas, disfrutando del paseo a pesar de un vago dolor de cabeza, que le recordó que tenía pendiente la visita al oculista. Horas después llegaron a su destino.

Los profesores los guiaron por el interior, explicando algunas cosas, porque en base a esa experiencia sería el próximo trabajo en grupo coeficiente dos. Los estudiantes sacaron fotos en los lugares permitidos y recorrieron todo en un silencio relativo. Al salir, Lorena pidió permiso para comprar algo, porque tenía mucha sed y buscó un almacén en los alrededores. Regresó pálida hasta Florencia.

—Tu papá.

—¿Qué pasa con mi papá?

Lorena tomó de la mano a su amiga y se la llevó corriendo hasta la esquina. De ahí siguieron por una calle y llegaron hasta la Plaza de Armas de la ciudad. Su padre se encontraba en una banca, pero no estaba solo. Sentada a su lado había una mujer de mediana edad con un pequeño de unos dos años se encontraba en su regazo. Florencia vio eso como una coincidencia e inocentemente se fue a saludar a su padre, sólo que Lorena la tomó de una mano.

—Espera... míralos bien, parece que son pareja. Cuando yo pasé, la estaba besando.

Florencia miró a su amiga, a la par que sentía un hoyo se abría bajo sus

pies. ¿Era cierto eso? ¿Su papá tenía otra mujer? Si era así ella debía sentirse feliz por él, pero... ¿El niño era de él también? Se plantó frente a su padre.

—¿Papá?

La mujer que lo acompañaba, muy bien vestida, se puso de pie.

—¿"Papá"?... ¿Tú eres la hija de Francisco?

El aludido se puso de pie también.

—Hija...

Florencia nunca en su vida había visto enrojecer a su padre hasta la raíz del cabello, pero en ese momento sucedió.

—Papá, ¿qué pasa aquí? Señora, ¿usted quién es?

Se hizo un silencio muy incómodo. La mujer lo rompió.

—Yo soy Laura, pareja de Francisco.

Los ojos de Florencia iban de Laura a su padre y de él hacia el niño. Preguntó sin rodeos.

—¿El niño es mi hermano?

—Así es. Se llama Francisco también. Tiene dos años.

Florencia siempre había querido tener un hermano con quien jugar, pero su madre no había podido volver a embarazarse. Miró al pequeño con los ojos arrasados en lágrimas, haciéndole un cariño en su suave mejilla y ya que con su padre no se podía comunicar, se dirigió a Laura.

—Muchas gracias por acla... aclarármelo, señora. Otro día, tal vez... podamos... podamos hablar.

Se giró rápidamente y salió de allí, escoltada por su amiga. Se encerró en el baño del museo, esperando que su padre no la siguiera porque había hecho un esfuerzo sobrehumano por no ponerse a gritar delante de su pequeño hermano. Enterada de que algo le pasaba, una profesora quiso hablar con ella y como afortunadamente regresaron pronto a Constitución, no tuvo que dar grandes explicaciones más que la de un malestar menstrual. Regresó en silencio, con un tremendo dolor de cabeza producto de la impresión, sin participar de la algarabía de sus compañeros, siendo consolada por Lorena que le acariciaba el cabello. El viaje le pareció interminable. Su padre había formado una familia y lejos de incluirla la había mantenido al margen de eso. Se sentía tan decepcionada, tan triste, que le parecía que una bomba había estallado en su pecho. Pensar que no le importaba no había sido tan destructivo como comprobarlo.

Apenas llegó a su casa marcó a Franco, pero éste no contestó. Un par de llamadas después recordó que él estaría ocupado con su premio, y de ahí se

fue al computador. Necesitaba escupir todo lo que sentía y él era la única persona en quien confiaba plenamente todos sus temas, pero Franco no contestó tampoco en el computador. Entonces le escribió. Un correo largo donde le contaba todo lo sucedido y le expresaba lo que pensaba. No se detuvo a revisar puntuación, ni acentos, ni mayúsculas. Dejó que sus dedos hablaran por ella y lo mandó antes de arrepentirse.

Negra llegó a su lado y Florencia se sentó en el suelo, con la espalda apoyada en el sofá, para abrazarla. Emilia también se acomodó a su costado. Miró en torno, pensando que ya no quería estar allí, que todo era tan injusto. Quería empezar de nuevo y marcharse a otro lugar donde las personas pudieran quererla por gusto y no por imposición como su papá. Al rato se levantó y fue a trabajar tras comer una manzana en vez de almuerzo, pero cuando regresó se encontró con una sorpresa: su padre la esperaba.

—Tenemos que hablar.

—¿Perdón? ¿Ahora tenemos que hablar? A mí me parece que ya no.

—Yo creo que sí. Es sobre lo que viste hoy.

Florencia tomó su notebook de la mesa y se encerró en su dormitorio con él. A pesar de que su padre golpeó la puerta y la llamó en repetidas ocasiones y que ella misma tenía hambre, ella no quiso abrirle. Se abstraigo, colocándose los audífonos y acostándose, abrazando a su conejito de peluche.

Se respiraba un ambiente distinto en El Austral. Durante la semana habían ido dos equipos periodísticos, uno de noticias y el otro de un programa dedicado a mostrar distintos restaurantes de Chile y ese era el gran día en que todo sería exhibido.

Franco y Javier se ducharon y vistieron en el baño de empleados, llevando un terno gris el primero y uno negro el segundo. Llegando al jeep, Franco se dio cuenta que no cargaba ni las llaves ni la billetera con la licencia de conducir, yendo a rescatarlas de entre la ropa que había usado en el día. Al obtenerlas, corrió al vehículo. No quería llegar tarde al lugar de premiación.

En el apuro olvidó el celular sobre el escritorio.

Los socios recibieron juntos el galardón delante de otros colegas y más tarde Franco habló con la prensa, extendiendo invitación a todo aquel que quisiera probar los platos que ofrecían. En El Austral los esperaban sus

empleados con una celebración a puertas cerradas en la que comieron, bailaron y pasaron un momento agradable. Franco pidió la palabra para agradecer a todos por contribuir a la excelencia que habían demostrado ese año, motivándolos a seguir mejorando. También pidió aplausos para Javier, el verdadero merecedor del galardón por su trabajo en la cocina mezclando las especias y experimentando con sabores y texturas que era lo que tenía a El Austral tan bien posicionado. Benja y Rafa, sentados por ahí fueron los más entusiastas con los aplausos y también recibieron las gracias por su trabajo secundando al chef.

Cerca de las dos de la mañana Franco estaba listo para volver a casa. Recuperó su celular al pasar por la oficina y producto de la costumbre miró la pantalla, notando las llamadas perdidas de Florencia. Intrigado, le echó un vistazo al correo para ver si podía enterarse de algo, pero no entendió nada, al punto que tuvo que sentarse a leerlo desde el computador y tratar de encontrarle sentido a algunas de las frases. Por un momento pensó que no era Florencia quien le había escrito, pero tras varios minutos descifrándolo, le anunció a Javier que tenía un problema grande y que tenía que viajar. No supo explicarle lo sucedido, pero Javier lo dejó libre para que fuera.

—Pero duerme un rato antes. Constitución igual está lejos y hoy llegaste temprano a trabajar.

¿Dormir? Ni soñarlo. A Franco le urgía iniciar su viaje en ese momento, así que se quitó la corbata y la lanzó al asiento trasero junto con la ropa que había usado ese día. La carretera quedaba cerca y no tuvo mayores problemas de conducción, hasta que, cerca de las cinco de la mañana, los ojos se le empezaron a cerrar solos y casi se salió del carril. Se detuvo en una estación de combustible donde echó el asiento hacia atrás con la idea de dormir quince minutos, pero despertó dos horas después, cuando el cielo comenzó a cambiar de color, anticipando el amanecer. Cargó el estanque de gasolina y siguió su viaje.

Despertó temprano para irse a trabajar, porque le tocaba el turno de mañana y al asomarse al comedor vio a su padre ya en pie. Estaba viendo las noticias de la noche anterior así que, sin saludarlo, pasó al baño a asearse y al salir escuchó una voz, hablando sobre una distinción que habían ganado tres

restaurantes capitalinos y uno de ellos era El Austral. Tras la mención, Franco apareció, dando una breve entrevista. Florencia había olvidado que él le había hablado de ese reconocimiento y clavó la vista en la pantalla. Se veía muy guapo con el terno y la corbata y hablaba con mucha propiedad invitando a la gente a ir a su restorán. Deseó estar allí, a su lado y la intensidad de sus sentimientos al verlo sin esperarlo fue más de lo que su cuerpo y su alma, tan maltratados últimamente, pudieron soportar. Cerró los ojos y se desplomó sin tener tiempo de decir que se sentía mal. Quizá ni cuenta se dio.

Cuando despertó, se encontraba recostada en el sofá. Francisco estaba sentado a su lado, dándole la espalda. Ella gimió al tratar de incorporarse, sumamente mareada.

—¿Papá?

—Tu madre se desplomó una vez, así tal cual acabas de hacer tú y después de eso supimos que venías al mundo.

Para Florencia, una densa neblina ocupaba su cabeza, al punto que le parecía que la voz de su padre le llegaba de algún lugar lejano. Le costó asimilar lo que él estaba tratando de decirle.

—Tuviste relaciones con Franco.

¿Franco?... ¿Pasaba algo con Franco?

—No entiendo... — susurró la muchacha.

—¡Dije que te acostaste con Franco, mierda!

El grito de Francisco sobresaltó a Florencia. Hizo un esfuerzo por sentarse, tocándose la frente. La sentía fría. ¿Acaso se había desmayado?

Francisco se dio la vuelta.

—Las toallas que te compré hace más de un mes, esas que querías porque traían una agenda de regalo... ¡Siguen en el cuarto de baño sin abrir! ¿Crees que yo no me fijo en esas cosas? ¡Maldita seas!

Todo se volvió borroso para Florencia, a causa de las lágrimas. Su padre estaba furioso.

—Y ese aparato que guardaste ayer en tu pieza... ¿De dónde salió? ¿Eso recibiste a cambio de tus servicios? ¿Tienes una idea de lo que cuesta?

A Florencia le costaba seguir la línea de pensamiento de su padre. Pero algo tenía claro en todo eso y es que él no tenía ningún derecho a acusarla de esa manera ni a exigir explicaciones. Se puso de pie y luchó contra el mareo que sintió.

—Sí, me acosté con Franco. ¿Se siente feliz ahora? Por fin va a poder decir con razón que su hija es una puta que se busca lo que le pasa. Pero yo

no me acosté por plata, ni siquiera por ese computador, si no por cariño. Me vendí por cariño y comprensión, algo que usted sólo sabe dar a otras personas fuera de esta casa, pero no a su propia hija, porque usted sí puede acostarse con cualquiera y tener un hijo y no dar explicaciones a nadie, ¿verdad?...

No vio venir la bofetada. Le rompió el labio y su fuerza lanzó su cuerpo sobre el sofá y de ahí al piso. Trató de incorporarse, temblorosa, sin lograrlo, pero vio los pies de su padre ir y venir rápidamente y la sangre se congeló en sus venas cuando escuchó algo estrellarse contra el pavimento de la calle. Era su notebook. Tambaleante, corrió a recogerlo, pero el daño era irreparable. La batería había saltado lejos, la pantalla se había roto, medio separada del resto. Florencia no podía creer lo que le estaba pasando.

Francisco la tomó de un brazo, obligándola a ponerse de pie para llevarla al interior de la casa. La apretó tan fuerte que ella se retorció de dolor, suplicando que la soltara, y cerca de la puerta él la empujó hacia el interior. Florencia tropezó con un sillón y no cayó gracias a que chocó en la pared. Francisco comenzó entonces a decirle que era una inmoral, que había traicionado su confianza, alzando el tono cada vez más. La joven tuvo un momento de pánico ante la idea de que su padre la comenzara a golpear y no se detuviera. Debía salir de allí.

Las ventanas tenían protecciones metálicas, la puerta de la cocina estaba cerrada con llave y la de entrada era su única posibilidad de escape. Se encontraba unos pasos a su espalda.

—Linda la cuestión. Hací las embarradas y querí que te felicite. ¿Creís que el weón que te embarazó te va a responder? ¡Ja! Seguro no tendría aquí con quien entretenerse que te agarró a ti, porque eres una fácil.

—Papá —dijo asustada, pálida, la boca manchada de sangre y un magullón en la frente, donde se golpeó al caer hacía un rato—. Sólo cálmese y hablaremos. No es como lo está pensando.

Ante un movimiento de Francisco, ella temió que la volviera a golpear y encogió los hombros. Se juró en ese momento que, si lograba salir de allí, nunca más regresaría a ese lugar.

—¿Para qué te pones así? Te gusta hacerte la víctima, la pobre niña que nadie quiere —dijo Francisco brusco, siguiéndola amenazante al notar que ella se movía—. Tú hiciste mal y me debes una explicación.

Ella también merecía una explicación, más que nadie. Quería gritar, rabiarse, sentía que se traicionaba a sí misma por guardar silencio a ese respecto, pero era necesario o pondría en peligro su integridad física. Aún se

sentía mareada y le dolía mucho el labio y la mandíbula.

—No tengo nada que decir.

—¿Cómo qué no?!

Iracundo, la tomó del cuello de la camisa y la azotó contra la puerta, repitiendo el movimiento unas cuantas veces. Florencia se sentía como una muñeca de trapo, ordenando a sus miembros repeler sin que éstos se movieran más que por la fuerza externa que los impulsaba. Suplicó para que la soltara y se quedó sin aire, cayendo sobre sus rodillas cuando le llegó un golpe en la boca del estómago. Una patada le dio en el vientre y otra en el brazo cuando llegó al piso. Gritó de dolor.

“¡Levántate!” se dijo Florencia. “Sal de aquí o te matará”. La puerta estaba a su espalda y Francisco tomó distancia, tomándose la cabeza, como si por un momento estuviera tomando consciencia de lo que hacía, paseando de un lado a otro y echándole la culpa de provocar su violencia contra ella. La joven tensó sus músculos, mirándolo con atención bajo el cabello que caía enmarañado sobre su rostro, escuchando sus insultos. Se puso de pie despacio y cuando él se dio la vuelta, giró el picaporte y salió al antejardín. Negra se abalanzó sobre ella para saludarla, haciéndola trastabillar y apartándola, le pareció que el suelo se movía bajo sus pies, clavando la vista en el sendero hasta llegar a la reja porque si levantaba más la cabeza se sentía mal. Trató de abrir, pero no pudo y entró en pánico. ¿Su padre habría puesto la llave al entrar?

—¡Ayuda, vecinos! —gritó. Francisco la comenzó a jalar para llevarla de vuelta al interior, pero la joven se aferró a las barras metálicas, viendo en ese gesto la única forma en la que podía luchar. Pasó un brazo tras un par para asegurar su enganche.

—¡Cállate!

¿Callar? No, ya no más.

Si iba a morir de todos modos, no se iría callada.

—¡Déjame en paz! ¡Tú no me quieres! —gritó en su desesperación, girándose hacia Francisco sin soltarse de la reja—. ¡Por eso me haces esto! ¡Porque no te importa lo que me duele! Cuando el tío abusó de mí, a mí me castigaste en vez de defenderme. A él nunca le dijiste nada, tomabas vino a su lado y lo tratabas como a tu amigo, pero a mí me golpeaste y por tu culpa perdí un año de escuela. Ahora piensas que estoy embarazada pero no me escuchas, y me sacas en cara y te ríes de lo que siento por Franco en vez de aconsejarme como un buen padre haría. Yo sólo estoy enamorada de él, sin

causarle daño a nadie y sé perfectamente que no vendrá a rescatarme, pero así y todo lo amo porque él me inspira, porque quiero alcanzarlo y ser mejor de lo que soy... ¡Y si eso te parece tan aberrante, márame de una vez y te libras de mí o ábreme la puerta! Yo te juro que apenas salga, jamás volverás a verme porque me has defraudado completamente como padre. Ni siquiera quiero tus explicaciones, ni vivir aquí. Haz lo que quieras con esta casa, véndela y gástate la plata, porque yo no ansío nada más que vivir en paz — dijo doblándose ligeramente hacia delante, agotada.

Francisco se mantenía en silencio y eso llamó la atención de Florencia. Un tintineo de llaves se escuchó y sintió que alguien empujaba la puerta tras ella.

—Cariño, muévete para que pueda entrar —escuchó a Franco decir.

Florencia retiró su brazo y dio un par de pasos al frente, pensando que soñaba. ¿Era verdad o sus sentidos la estaban engañando? Tal vez nunca logró salir de la casa y ahora estaba inconsciente. Franco...

Éste no tardó en entrar. Quiso preguntarle algo, pero las palabras murieron en sus labios al rodearla y ver su cara. Se volvió furioso a Francisco.

—¿Qué hiciste?! —rugió—. ¿Qué le hiciste a tu propia hija, hijo de la gran... Arrgh?!—se volvió hacia Florencia, apretando los puños para no caerle a golpes a Francisco—. Cariño, lamento no haber alcanzado a llegar.

—Qué bueno que llegaste, santiaguino. ¿No te gustó acostarte con mi hija? ¿Embarazarla? Ahora hazte cargo de esa porquería, yo no la quiero ver más —repuso Francisco, camino a la casa.

—Eso, échale la culpa a ella, cobarde de mierda. ¡Qué fácil es pegarle a una mujer, pero con un hombre se te hace!

Francisco se giró automáticamente.

—¿Querí que te agarre a combos?

Franco levantó el mentón. Dio un paso al frente cuando Florencia lo tomó de una manga.

—Sáqueme de aquí. Sólo sáqueme de aquí, por favor.

Las palabras de la joven lo volvieron a la realidad. Ella no necesitaba que se enfrascara en una guerra con su papá. Sabía que estaba quedando como un cobarde a ojos de Francisco y de los vecinos que miraban por la ventana sin atreverse a actuar, pero ahora tenía una prioridad y cuando tuvo a Florencia segura en el jeep, pisó el acelerador rumbo a un centro de salud, donde la convenció de constatar lesiones. Fuera de lo más evidente, que era el

sangrado de su labio, el resto correspondía a golpes que, si bien le causaban dolor e inflamación, no habían causado mayor daño. Le dieron una orden para hacerse exámenes de sangre el lunes temprano, porque por lo pálida que estaba y el antecedente del desmayo, el médico pensó que podría tener anemia. Le indicaron reposo y medicamentos para el dolor, además de inyectarle un sedante suave, porque estaba muy nerviosa, antes de salir.

Franco no esperó a que se durmiera y la llevó a la comisaría a estampar una denuncia por violencia intrafamiliar junto con el documento médico. Mientras esperaban que los carabineros los atendieran, Florencia le dijo que no estaba segura de denunciar, que con no ver nunca más a su papá le bastaba para estar tranquila.

—Te bastará a ti, pero a mí no —dijo tomándole una mano, más como una manera de mantenerla en la comisaría que como un gesto cariñoso. La joven, cabizbaja, se sentó frente a la oficial que tomaría su declaración. A su lado, sin soltarla, Franco se instaló en la silla del lado y escuchó todo el relato de la agresión.

Conocía bien el procedimiento. Hacía quince años él mismo estuvo en una silla como aquella, declarando, con Marcel y su tío alentándolo a decir lo que pasaba en su casa. Después de esa difícil experiencia las cosas fueron mejores para él y ahora esperaba de todo corazón que lo fueran para Florencia.

La carabinera los aconsejó sobre los próximos pasos a seguir y deseó suerte a la joven, con una sonrisa solidaria que escapó de su trato impersonal. De regreso en el jeep, Franco le anunció que buscaría un lugar donde dormir y así llegaron a un hotel donde él pidió una habitación doble. Al ingresar al cuarto y quedar solos, Florencia se giró hacia él.

—Franco, aun no puedo creer que no esté aquí, no sé qué hubiera hecho sin usted. Gracias por ayudarme, gracias.

Él abrió los brazos y la joven se cobijó entre ellos. La estrechó, notando de inmediato que sus proporciones habían cambiado, pero ya discutirían eso en otro momento.

—Todo estará bien, bonita, ya lo verás. Estamos juntos ahora. ¿Quieres dormir antes del almuerzo?

—Sí, pero... ¿puede ser con usted? —preguntó feliz por haber sido llamada “bonita”

Sonriendo con timidez, se quitaron los zapatos y se acostaron bajo las frazadas. Ella se acomodó enseguida sobre su brazo, con una mano apoyada

en su pecho y él procuró abrigo para que estuviera calentita. Pareció que se quedaba dormida, pero de pronto tuvo un sobresalto, abriendo mucho los ojos. Él la miró con ternura.

—Duerme tranquila. Yo cuidaré de ti.

Florencia lo miró unos segundos.

—Lo eché tanto de menos —susurró—. No esperé que volviera.

—Y yo lamento mucho no haber venido antes, ni alcanzado a llegar. No sabes lo que daría por haber podido evitarte ese mal rato.

—No es su culpa. Es la mía por ser tan bocona y no poder quedarme callada. Si yo no le hubiera sacado en cara lo del hijo...

—Florence, tu padre es el que está mal aquí, no tú. No te busques defectos, no justifiques su actuar. Nada del daño que te causó fue por algo que le hayas dicho, fue porque pensó que estabas embarazada de mí. Es lo que le dijiste a la carabinera. Él además de golpearte quería lastimar a nuestro hijo.

La joven clavó sus ojos en él, mirándolo con estupor ante esa idea. Sintió una lágrima desbordarse y bajó los párpados, notando con espanto que salían varias más, sin poder contenerlas. Franco entendió que necesitaba desahogarse y se lo permitió, acariciándole el cabello para que supiera en todo momento que él estaba con ella, besándole la frente de tanto en tanto.

La vio calmarse varios minutos y un vaso de agua después. Le recomendó dormir y la sostuvo por la cintura para evitar que en un movimiento se alejara de él. Le pareció que se sentía muy bien estar así y que le resultaría muy fácil acostumbrarse a eso por un tiempo indefinido. Florence era muy dulce, tierna, cálida, pero todas esas cualidades no la habían salvado de pasar malos ratos, primero en manos de su tío abusador y ahora en manos de su padre. Sintiendo los párpados pesados, recordó el tema del embarazo. La joven aún no había aclarado eso y él estaba muy interesado en saber si era cierto o no. Se puso a hacer cálculos mentales pero sus pensamientos se tornaron un tanto ilógicos y besó a Florence en la frente justa antes de quedarse dormido, apretándola ligeramente. Ya tendrían tiempo de hablar, ahora ambos debían descansar.

La comida del hotel no era tan sofisticada como la de El Austral, pero el

pollo arvejado con arroz estaba muy bueno. Ella aprovechó de tomar sus medicamentos para el dolor y él la observó.

—No era cierto que la pantalla te hacía ver más delgada. Lo estás. Florencia, estás haciendo demasiadas cosas y nadie cuida de ti.

La joven no contestó, concentrada en comer. En verdad tenía apetito. Con Franco al lado daban ganas de alimentarse. Él propuso dar una vuelta, pero cuando Florencia se miró en un espejo, no quiso salir.

—Salga usted, sé que le gusta pasear. Otro día lo acompañaré con gusto.

Arrimó una silla a la ventana y allí se instaló. Había una bonita vista del mar tras la zona urbana. Pensó pedir a Franco alguna revista de crucigramas o sudokus, que amaba resolver, pero no quiso causar más molestias. Lo escuchó salir y suspiró aliviada, pensando que era injusto que el único hombre para el que quería verse un poco mejor que todos los días compartiera habitación con ella, en momentos en que su cara estaba lastimada.

Veía un programa de reportajes cuando Franco regresó con algunas bolsas que dejó sobre la cama. Se había comprado una muda de ropa y artículos de aseo personal, además de algunas cosas que pensó ella podría necesitar, como un bonito pijama de algodón color rosa.

—¿Rosa?

—Nunca te he visto llevando algo de ese color. Siempre es gris, azul marino o negro.

También trajo un juego de mesa barato, para pasar el tiempo con ella, de esos “cuatro en uno”. Comenzaron con las damas. Florencia no tardó en derrotarlo y Franco fue por la revancha. Estaba perdiendo miserablemente de nuevo cuando decidió tocar un tema. En parte para desestabilizarla y en parte porque quería saber.

—¿Es cierto que estás embarazada?

—No —fue la respuesta, dada sin ningún titubeo mientras ella eliminaba dos peones rivales en un movimiento.

—Ah... —dijo Franco con cierta decepción—. Pero... ¿estás segura? ¿Te llegó la... la menstruación en este mes? Florencia, sé perfectamente que nunca has tomado anticonceptivos así que dime la verdad. Confía en mí.

—He estado haciendo muchas cosas, no me he alimentado muy bien, por eso he estado fatigada y me desmayé, pero no he vomitado ni sentido asco...

—No todas las embarazadas sienten asco ni vomitan —repuso con aire inocente, buscando un espacio para avanzar y notando que todos sus peones

estaban bloqueados decidió sacrificar a uno para crear un espacio —. Lo único definitivo es un examen de embarazo.

—Usted es bien raro, porque parece que quiere que le diga que sí estoy embarazada. Dicen que los hombres ante una noticia así salen corriendo.

Para disgusto de Franco, ella arrasó con tres de sus fichas. La miró de reojo.

—Creo que te has dado cuenta que yo no soy como el común de los hombres. Por algo me pediste que estuviera contigo.

La mención de la intimidad compartida tiñó de carmín las mejillas de Florencia.

—Yo le pedí eso porque usted es especial para mí. Y cuando lo hice, fue porque sabía que mi periodo llegaría en esos días. Sucedió al día siguiente que usted se fue.

—Ya que a ti tanto te gusta citar lo que dicen otras personas, yo he escuchado que hay algunas que parece que menstrúan, pero se han embarazado igual. Lo único cien por ciento seguro para evitar algo así es la abstinencia y nosotros lo hicimos dos veces.

Florencia dejó el juego para mirar a Franco. ¿Por qué insistía tanto con el tema? ¿No le bastaba con su palabra?

—Mi periodo ya ha llegado dos veces. No se preocupe. Estoy segura de que no hay un embarazo, es mi cuerpo y lo conozco, de lo contrario, hubiera salido antes de mi casa, no hubiera expuesto a un hijo nuestro a todo eso. Pero ahora, dígame... si usted sabía que yo no tomaba anticonceptivos, ¿por qué estuvo conmigo? ¿No le importaba lo del embarazo?

Franco reparó en el labio inflamado. Sonriendo seductor y quitándole el aliento con ese gesto, le hizo un cariño con el pulgar, muy suavemente.

Eso no lo pensaba confesar.

Capítulo Ocho: Volando muy alto

Después de un merecido baño y de cambiarse de ropa, Franco buscó un juego más... acorde a sus capacidades para competir con Florencia. Habían tomado once recientemente y ahora ella se duchaba para ponerse el pijama.

Frente al espejo, la joven observó su cuerpo desnudo. Tenía un enorme moretón en el estómago, otro en el brazo y en el labio con una ligera protuberancia allí donde la cortó el golpe. Se puso el pantalón y camiseta rosa para dormir y salió. Franco la miró apreciativamente.

—Te queda el rosa. Es tu color. Ahora dime, el lunes regresarás a tu casa, ¿verdad?

—Sí. A buscar mi ropa, cuadernos y ver a mis animales. Me voy a mudar.

—¿A dónde?

—A una pensión. La hermana de mi jefa tiene una, es de universitarios y ayer la fui a ver a lo que salí del trabajo. Me gustó y justo tiene un dormitorio desocupado.

—No es necesario que hagas eso. En tu casa estarás bien. Francisco nunca ha vuelto entre semana y estarás tranquila. La pensión déjala para los fines de semana.

—Apenas termine la escuela buscaré un trabajo de tiempo completo, o dos de medio tiempo y un lugar donde ir con mis mascotas. Pero ya no quiero estar más en esa casa, nunca más, ni ver a Francisco. Para mí ya no existe, ni nada que tenga que ver con él.

—En ese caso, ven conmigo a Santiago —propuso Franco.

—Claro que iré. El viernes. Y pasaremos unos días.

—No. No me refiero al viernes, ni de vacaciones. Quiero llevarte mañana mismo, que vivas allí, conmigo.

Florencia no supo qué decir, pero el brillo de sus ojos y la espontánea sonrisa que curvó sus labios indicaron a Franco que la propuesta le hacía ilusión, sólo que había un pequeño problema.

—No puedo. Me quedan tres meses para terminar la escuela y dar la PSU. A estas alturas del año no encontraré matrícula para mí en otro lugar. Tengo que quedarme y terminar de estudiar, quiero estar con mis amigas.

Contrario a lo que pasaba en otros ámbitos de su vida, en la escuela Florencia se sentía como una persona más del grupo, tenía responsabilidades y contaba con cierto respeto, incluso de los profesores. Eso era muy valioso

para ella y por eso se esforzaba por tener un buen rendimiento académico y por cumplir con las actividades que se le encomendaban. Además, sus amigas eran lo más parecido a una familia que tenía, desde que Francisco decidió que ella estudiaría allí en vez de llevarla con él. Se lo explicó a Franco quien se resignó a no llevársela aún.

—Muy bien. En ese caso mañana veré lo de la pensión, pero te quedarás allí sólo si es cierto que te darán las comidas. Estás muy delgada y nadie te cuida. Yo me haré cargo del pago.

—No es necesario. Yo tengo dinero, puedo...

—No. He dicho que yo me ocuparé de eso. Guarda tu dinero para aquello que quieras tener y no me quieras contar o para tus estudios.

—Pero...

—Pero nada. Si quieres pagarme más adelante lo gastado en estos meses, lo aceptaré, pero ahora recibe mi ayuda.

Ella pareció dudar y él se impacientó.

—¡Por favor! Florencia, no puedo viajar desde Santiago a verte todos los días... son como cinco horas y los fines de semana se me complica venir, pero ¿de qué otra manera puedo ayudarte? Me voy a volver loco estando allá, pensando en que nadie te cuida y que ni siquiera tú cuidas de ti misma por cumplir tus metas. Plantéame una solución mejor. Dímelas.

—Lo siento, no se me ocurre. Franco. Aceptaré su ayuda, pero me puede decir, ¿por qué usted es tan bueno conmigo?

—¿No se te ocurre un motivo?

Florencia caminó hacia la ventana. Estaba oscureciendo. Le dolía la parte de atrás de la cabeza y se comenzó a secar el cabello, frotando despacio con la toalla.

—Sí. Yo sé que todo esto le da pena, pero usted tiene sus planes, comprar su casa.

—Así que eso era. Tú piensas que yo estoy aquí por pena. Por lástima.

—No soy tonta. Tampoco me quiero hacer la víctima, pero sé que mi situación no es de las mejores.

—Yo no siento pena por ti. Al contrario, te admiro y pienso que eres muy valiente. ¿Tú piensas que anoche, cuando leí tu correo dije: "¿Pobrecita niña?" No. Me dije "Florencia podría necesitarme a su lado, iré a verla ahora porque quiero ver si puedo serle útil" y vine. Escúchame bien, Florencia, porque esto te lo diré sólo una vez. Yo no soy el tipo de hombre que viaja de madrugada tantas horas para ver a una persona porque le da pena. Tú me

inspiras un sentimiento mucho más profundo y especial que eso.

Florencia lo miró con sus enormes ojos marrones, aquellos que Franco tenía perfectamente memorizados.

—¿Yo?

—Digamos que... ¿Te acuerdas que te dije que podía pasar que después de estar contigo, podía ponerme insistente, querer llamarte, verte, tocarte si me gustaba...?

Florencia asintió. Tenía esas palabras grabadas en su mente. Franco sonrió, alcanzando la ventana junto a ella. Sus ojos verdes parecían brillar más que otras veces.

—Pues bien. Resulta que esas cosas yo ya las quería hacer contigo desde mucho antes.

De pronto Florencia abrió mucho los ojos. Recordó las llamadas por teléfono, las videoconferencias...

—¿Cómo? ¿Usted...?

—Antes del beso yo lo único que deseaba era estar contigo. Antes que me dijeras que me querías... tú ya me gustabas. Mucho.

—Pero yo... no podía, no fue mi intención...

—Lo sé, que no tenías intención de llamar mi atención, pero así fue. Ocultándote me mostraste otras cosas con las que quiero convivir. Si no te lo dije antes es porque pensaba que podría dañarte si me iba y te olvidaba, pero no he podido sacarte de mi cabeza. Por la mañana escuché que le decías a Francisco que estabas enamorada de mí y quiero que sepas que eres completamente correspondida por este hombre.

La toalla se deslizó de entre las manos de Florencia, helada con esa declaración. Se sintió asustada de que Franco pudiera quererla, pero también muy afortunada. Había soñado con eso cada noche desde que se había ido, por eso se animó a tomar su mano entre las suyas, y acercarla a su pecho como si fuera para ella el tesoro más preciado.

—Usted es un hombre muy amado. Lo más importante para mí.

Franco quería abrazarla y darle un beso de aquellos que hacían dar vuelta la habitación a los participantes, pero la lastimaría. Se conformó con tomar su mentón y besarla suavemente en los labios.

—Mi bonita, mi Florencia. ¿Quieres pololear conmigo?

—Sí, quiero.

Florencia sonrió, pero enseguida juntó las cejas en una mueca de dolor. Miró a Franco con los ojos brillantes.

—No puede ser que en el día más feliz de mi vida no pueda sonreír.

—No te preocupes —dijo él sumamente contento—. Te prometo que vendrán muchos otros días mejores y podrás hacerlo. Sólo confía en mí.

El mar ya no se veía, confundido en la lejanía con la oscuridad de la noche. Florencia se había tomado los analgésicos antes de dormir y ahora descansaba tranquila. Franco la miraba desde la ventana, con una sensación de impotencia por haberse quedado dormido en carretera. De no haberse dejado ganar por el cansancio, ese día hubiera sido muy distinto.

El clima de septiembre era más amable que el de julio, de modo que se quitó la ropa y se acostó sólo con su ropa interior. Apagó la luz de la lámpara que había entre ambas camas, sobre un velador y notó que el cuarto se quedaba a oscuras. La encendió de nuevo.

—Mierda —masculló.

En la capital, con luces por todos lados, casi no existían los dormitorios completamente a oscuras, pero aquí era diferente. Miró su celular, el que no tenía mucha batería y reparó en el televisor. Quizá a Florencia no le molestaría si lo dejaba encendido. Hizo el ejercicio, pero ella se movió en sueños, poniendo una mano sobre sus ojos ante la luz cambiante de la pantalla. Él apagó el aparato y fue al baño.

Encendió la luz y empezó a mover la puerta para regular una rendija. En eso Florencia acabó por despertar y preguntó qué pasaba. Al saber que el problema era la falta de luz, lo llamó a su lado.

—Venga conmigo. Yo lo cuidaré.

Sin esperar más, se metió en la cama con ella y estirando una mano, Florencia tomó el interruptor de la lámpara y reguló su luz, dejando una muy tenue. Pasó su brazo sano bajo el cuello de Franco y lo acunó contra su pecho. Le hizo un cariño en el mentón, donde la barba de dos días a floraba.

—Está rasposito. Ahora dormiremos, ¿verdad? —dijo soñolienta.

—Sí. Dormiremos.

Para Florencia dormir fue fácil. Para Franco no. No se había percatado del sistema de regulación de la lámpara y si lo hubiera hecho, ahora estaría en su propia cama y no con la joven que sin querer lo estaba torturando.

No se consideraba un hombre que pensara en sexo todos los días. Esa

parte de su vida era tan ordenada como todo lo demás, pero ahora que sentía el busto de Florencia suave y cálido bajo su barbilla y ahora que había descubierto que no llevaba sostén debajo, toda clase de ideas estaban llegando a su mente. ¿Se molestaría ella si acariciaba uno con su boca, sobre el pijama? Sería uno. Sólo uno. Bueno. Si a ella le gustaba, podía tomar los dos.

—Florencia...

—Mmm... Dígame.

Franco se estiró, pensó un poco y le dijo algo al oído.

—¿Y está seguro que con eso podrá dormir? —él asintió—. Está bien. Pero no me apriete mucho.

Él puso cara de niño bueno y ella se movió, llevando su cabello hacia delante para darle la espalda. Franco en tanto apagó la luz y se amoldó a su cuerpo, dejando que ella guiara sus manos por sobre su abdomen, para sujetarla por donde no le molestara.

Estaba a oscuras, pero con el cuerpo de la mujer amada cobijado contra el suyo. Esa idea de tener a quien cuidar le hizo olvidar que no veía nada. Se preguntó cuánto tiempo querría estar de novia Florencia, porque él ya estaba trazando otros planes.

¿Florencia querría tener un noviazgo largo? Porque si era el caso, él tendría que ver cómo la convencía de apurarse un poco, porque él prefería un pololeo corto.

Muy corto.

La pensión de la señora Macarena le pareció a Franco muy limpia y agradable. No era un hotel cinco estrellas, pero su comida debía ser muy buena, a juzgar por los aromas que salían de la cocina. El cuarto que ocuparía Florencia era pequeño pero su cama era muy cómoda. Se presentó como el novio y preguntó si a ella la ofendía que él, muy de vez en cuando, visitara a la joven.

—Siendo discretos, me da lo mismo.

Tras pagar hasta diciembre, la pareja fue a darse una vuelta por la casa de Florencia. Franco fue a visitar a los vecinos para saber si Francisco seguía allí y Hernán le dijo que se había ido el día anterior. Franco tenía las llaves de

la casa por haberles sacado copia cuando era un inquilino y Florencia no tardó en llenar su mochila con sus cuadernos y poner allí su uniforme escolar. Una hora después había sacado todo aquello que necesitaba o le importaba, con excepción de Emilia, su gatita calico y Negra. Habló con la mujer de Hernán para que alimentara a sus animales, a quien le dejó los sacos de alimento que tenía en una bodega.

Florencia se quedó mirando su cuarto antes de salir. Su cama, su viejo ropero y su escritorio. Durante años había dormido, soñado, reído y llorado en ese lugar, pero ahora todo se terminaba. Sacó su caja de dibujos de debajo de la cama. No era justo que ella tuviera que irse como una delincuente, pero si había algo que Francisco le dejó claro era que el mundo no era justo. Apartando cualquier idea sobre quedarse, tomó su conejito de peluche y salió, para nunca volver.

Florencia tuvo que dar algunas explicaciones el lunes por la mañana, en la escuela. Primero a su profesora jefe y luego al inspector general debido a su aspecto. Éstos la felicitaron por hacer la denuncia por violencia intrafamiliar y la animaron a no dejarse abatir y seguir adelante. Tenía muy buenas notas y ellos estaban seguros de que le iría muy bien en la PSU. El que estuviera viviendo en una pensión no los convenció, pero cuando Florencia les contó como era su día a día en la casa, cambiaron de opinión. Ahora al menos estaría, durante la semana, bajo el cuidado de un adulto responsable.

—Por protocolo de la escuela, no podemos cambiar a tu apoderado a menos que tu padre venga aquí y expresamente nos diga que él ya no puede ejercer ese rol y nos dé el nombre de la nueva persona que queda a cargo de ti.

—Soy mayor de edad. Aunque esté en el colegio, eso me debe habilitar para algunas cosas, ¿no?

—De todas maneras, se hace necesario un apoderado y no puedes ser tú misma. Si te accidentas en el colegio o enfermas, tenemos que recurrir a tu apoderado, en especial si hay que tomar decisiones. Entiendo que en el caso de que contrajeran matrimonio, tu cónyuge pasaría a ser tu apoderado. Como ves, mientras estudies aquí no puedes estar por tu cuenta.

Florencia les agradeció su interés y pronto se reintegró a su clase. Cuando

mencionaron lo del cónyuge, Florencia pensó en Franco tomando el lugar de su apoderado, pero siendo objetiva, no podía ser. No podría venir a las reuniones y si a ella le pasaba algo de emergencia él no podría estar antes de medio día a su lado para tomar las decisiones, además, nadie en su sano juicio se casaría con otra persona sólo para eso. Lo mejor era dejar las cosas así. Se lo comentó a Franco por teléfono más tarde y él se rio ante la idea de un matrimonio.

—Aunque si estás de acuerdo, yo puedo organizar algo para la próxima semana.

Pensando que bromeaba, Florencia dijo que ella quería estar de novia un tiempo más.

—Quiero disfrutarlo como pololo. Por favor ¿Es mucho pedir?

—Podemos casarnos primero y pololear después. Sin hijos, es como lo mismo.

—Pero... ¿cómo sabe usted eso si nunca antes se ha casado?

—Es nuestra relación, podemos hacerlo a nuestra manera.

Por alguna razón, Florencia empezó a preguntarse si Franco no estaría hablando en serio con tanta mención que hacía al matrimonio. Era imposible, considerando que los hombres solían arrancar del compromiso o al menos, eso había escuchado, pero Franco en muchos ámbitos le había demostrado que era diferente.

—No, Franco, no podemos hacer un compromiso tan grande. Usted apenas me conoce. ¿Y si después ya no me quiere o ya no le gusto? Yo me moriría de la pena si usted se quiere separar de mí.

—¿Entonces, qué día prefieres? Tengo libre el diecisiete. Eso es en diez días más. Piénsalo.

Florencia ahogó un chillido al recordar que no estaba en su casa, sino en el dormitorio de una pensión y no podía hacer ruido. Retomó la llamada.

—Bien. Supongamos que acepto. ¿De dónde saco el vestido? ¿Y cómo invito a mis amigas? No todas pueden ir a Santiago... además... ¡Yo no me quiero casar allá! Es decir, en realidad ni siquiera lo había pensado. Todavía estoy en la escuela.

Del otro lado de la línea, Franco, sentado sobre su escritorio, disfrutaba la conversación sorbiendo un mate de aquellos.

—Los matrimonios por el civil no tienen nada especial, pero son rápidos y los que valen. Por la iglesia ya son otra cosa. Nos casamos aquí por lo civil y luego organizamos un matrimonio más pomposo en Constitución para que

invites a tus amigas, profesores y colegas. A quien quieras. Si para esa fecha tu padre te ha pedido disculpas, lo invitamos también y así él podría entregarte en la iglesia. Lo haríamos en diciembre, después que hayas dado la prueba o en enero, como prefieras. ¿Qué dices? Necesito tu cédula para solicitar una hora en el registro civil.

—Franco... ¿Está hablando en serio? Y a Francisco jamás lo perdonaré, así que no me lo recuerde.

—Cariño, yo siempre hablo en serio. Sobre tu papá, yo sé de ex pololos o ex amigos, pero no de ex padres y en algún momento tendrán que conversar para arreglar sus problemas o al menos, despedirse en paz. Bueno, sobre el matrimonio, piénsalo. Nos quedan unos días —dijo antes de pasar a otro tema y cortar.

Florencia se quedó sobre la cama, sin saber qué pensar y resolvió ir a su casa. Había sido sincera al decir que no viviría más allí, pero tenía que volver para ver a Emilia y a Negra.

—No sé cuánto tiempo estemos así. La dueña del hostel tiene muchos perritos así que no te puedo llevar conmigo, Negrita, y sobre ti, Emilia, también tiene gatos y pienso que se podrían llevar mal contigo. Les prometo que apenas podamos estar juntos de nuevo me los llevaré, pero por ahora vendré a verlos todos los días —les dijo con pesar.

La pensión quedaba mucho más cerca de su escuela que su casa y Lorena, Sandra y Alejandra encontraron genial que viviera sola en ese lugar, pues les pareció una tremenda señal de una independencia que soñaban con tener, sin ponerse a pensar que su amiga soñaba precisamente con una familia que, aunque le pusiera trabas, estuviera allí para ella. Al llegar al hostel, Macarena, mujer de cuarenta años y gafas de color blanco como un antifaz la invitó al comedor donde había otros jóvenes, mayores que ella, almorzando. Entabló conversación con dos mujeres y un joven que estaba entre ellas.

—Antes de ayer te vi llegar, venías con tu pololo. Es muy guapo y te quiere mucho, tienes mucha suerte —dijo el muchacho con un tono algo amanerado—. Yo vi, cuando hablabas aquí con la señora Macarena, como te miraba ese hombre. Así me gustaría que me miraran a mí.

—Es cierto, yo también me fijé en eso. Tu pololo te mira como... como...

—Como si no hubiera nada más en la habitación —completó la otra chica.

—¡Eso! Yo sé cómo miró ese hombre a Florencia —dijo el muchacho—. Fue como si él fuera el aguerrido capitán de un barco. Llega la tormenta, el viento, la lluvia, la noche se cierra sobre el navío y de pronto, cuando ya parece que está todo perdido aparece la luz de un faro indicándole donde se encuentra el lugar más seguro.

Florencia miró a Tomi con admiración, dada la teatralidad con que había dicho sus palabras, el corazón palpitando con fuerza al notar que lo que Franco sentía por ella era evidente a los demás.

Durante la noche Franco abrió las cortinas de su cuarto, antes de apagar la luz. Miró las luces de la ciudad extendiéndose como una telaraña luminosa y observó el cielo, notando a simple vista las estrellas más grandes. Se acostó a dormir y pensó en Florencia.

Estaba teniendo problemas respecto a lo que sentía por ella y ya se estaba empezando a preguntar si no estaría obsesionado. La fuerza de sus sentimientos y la rapidez con los que se desarrollaron eran lo que lo estaban complicando. La extrañaba, casi con rabia por no poder verla a diario y si no hubiera sido por el tema de la escuela, se la hubiera traído. Respecto a lo del matrimonio, hablaba en serio. Muy en serio.

—Amigo, disculpa lo que te voy a decir, pero... ¿No será que te falta tener relaciones con esa niña? Quizá teniéndolas te la puedes quitar de la cabeza —dijo Javier, mientras él miraba una foto de Florencia sonriendo relajada, con el cabello a viento delante de un faro.

A Franco se le ocurrió que ese había sido el problema, que las habían tenido. Bastó dos veces en una noche para darse cuenta que en ese ámbito eran tan compatibles como en todo lo demás y que ella le encantaba.

—Creo solamente que estoy muy enamorado y ya no pienso con claridad. Será difícil que me entiendas si no te ha pasado como a mí. Tal vez me calme si ella se viene a Santiago y la pueda ver con más frecuencia.

A la mente de Javier llegó la última imagen que tenía de Florencia, vestida de chico y con un gorro de lana marrón en la cabeza. No dejó de preguntarse el resto del día qué veía su amigo en ella. ¿Juventud? ¿Inocencia?

Nunca creyó que su amigo fuera el tipo de hombre que se impresionaba con la virginidad de una mujer, pero al parecer, así era.

La semana escolar pasó rápidamente y dentro del curso de Florencia pronto cayeron en cuenta que después de noviembre no se volverían a ver más. Quizá coincidirían en alguna escuela para dar la PSU y tal vez algunos mantendrían las amistades de ese momento. El ambiente cambió y las jornadas comenzaron a vivirse como el principio del fin. Nadie se alegró mayormente por las vacaciones de septiembre, aunque tampoco las rechazaron del todo, pues tendrían energías para vivir las Fiestas Patrias en familia, comiendo mucho y yendo a algunas fiestas.

La joven aprovechó de visitar a un oculista de la ciudad, quien le diagnosticó una miopía leve y astigmatismo, también leve aún. Por lo mismo le recetó comenzar a usar gafas correctoras cuanto antes. Lorena la acompañó a encargárselas a una óptica para decidirse por algún modelo, optando por un marco grueso de color rojo que le entregarían a su regreso de Santiago. Aún debería soportar los mareos unos días más.

El día viernes, tras bailar cueca en el colegio con un vestido de huasa que le consiguió la señora Macarena y con el que se sacó una foto para mostrársela a Franco, Florencia salió de la escuela rumbo a la Isla Orrego. Pagó al lanchero para pasar al otro lado y una vez allí fue a visitar el memorial. No llevaba velas, pero encendió aquellas que estaban apagadas y le planteó a su madre, como si hablara con ella, que se iría a la capital.

—Franco es un hombre muy bueno. Yo sé que mi vida será muy diferente, pero, aunque él dice que me quiere, ¿dejará de hacerlo con el tiempo? Mi papá siempre me decía lo mucho que me quería cuando era niña y ya después no. ¿Fui yo la que cambié? ¿Por eso sucedió todo esto?

Florencia regresó a la costanera y de allí a la pensión. Macarena se encontraba limpiando, de muy buen humor y algo delicioso olía en la cocina. Se cambió de ropa y durante el almuerzo se despidió de sus nuevos amigos que por vacaciones también regresaban a sus casas en la zona rural. Florencia ordenó su mochila y miró su nuevo reloj de pulsera, uno pequeño que se había comprado. Estaba nerviosa porque por fin viajaría a la capital. Se despidió de Macarena, de sus mascotas y se marchó al terminal de buses.

Entrando al lugar se topó con Laura, la mujer de su padre. Al verla, Laura

se le acercó.

—Hola, Florencia. ¿Podemos hablar?

La joven negó.

—Mi bus sale en quince minutos y no puedo perderlo. Y lo que sea que venga a hablar conmigo, dudo que se resuelva en ese rato.

—Intentemos, al menos. Vamos hacia tu andén, ¿quieres?

—Señora Laura, yo le dije a mi... a Francisco que no ansío nada y ya no vivo en la casa. En la escuela dicen que si él no quiere ser más mi apoderado tiene que ir cualquier día a decirlo y poner a otra persona. Es todo lo que tengo para decir.

—No vengo a hablar de eso. Si no de lo que pasó la semana pasada.

—Si es por la denuncia, la puse porque Francisco me golpeó, no inventé nada para perjudicarlo y los médicos lo constataron.

—¿De qué denuncia hablas?

Florencia miró a Laura. ¿Ella no sabía nada?

—Francisco me pegó el sábado por la mañana. Me hizo mucho daño.

—Niña, por Dios... no te puedo creer. ¿Por qué pasó eso?

A Florencia le costó creer que Laura no supiera, pero parecía sincera.

—Porque pensó que estaba embarazada. Me reclamó y me trató de... de prostituta, yo le dije que él también había tenido un hijo por fuera, de quien yo no me enteré y que él era el único que podía hacer las cosas a escondidas. Luego me abofeteó y caí al piso. Por eso me fui de la casa y lo denuncié.

Laura, con cara de espanto, miró a Florencia.

—Yo no tenía idea de eso, niña. ¿Y él es así contigo siempre?

—Por lo general, cuando se enoja conmigo me trata de p.... perdone la expresión, pero me trata de puta. De que me acuesto con tal y cual. No sé por qué es así conmigo, me ha abofeteado dos veces y sé que no me lo merezco. Señora Laura, yo antes del día viernes no tenía idea de quién era usted, yo nunca escuché hablar de otra familia. Yo a mi papá le rogué muchas veces que viniera a la casa en la semana, que nos lleváramos mejor los fines. Yo llevo años viviendo aquí, sola durante la semana, si él me hubiera dicho "hija, tengo una nueva familia", yo feliz, pero feliz me hubiera ido a Talca con ustedes y si no me podían tener allá, hubiera sido feliz de igual modo viajando para conocer a mi hermano, pero no, siempre tuve que quedarme aquí y no entiendo, no entiendo por qué me hizo esto, si no me quería tener está bien, pudo haberme dejado con un familiar, pero... ¡Ahh! No vale la pena hablar de eso.

—Yo vine precisamente a hablar contigo sobre lo que viste en la plaza, pero parece que es él quien va a tener que explicarme algunas cosas.

El bus con rumbo a Santiago encendió su motor para empezar a calentar y Florencia le prestó su atención. Luego regresó a Laura.

—Mire, yo no tengo nada en contra de usted porque no la conozco, pero esto que pasó me ha dolido mucho. Yo de verdad no quiero ver más a mi Francisco así que ni siquiera quiero una explicación. Sólo dar vuelta la página y esperar que sea mejor papá con su hijo que conmigo.

Florencia abordó el bus, despidiéndose de Laura. La mujer se quedó en el andén varios minutos después que la máquina partió, pensando en todo cuanto acababa de oír.

Ella amaba a Francisco, pero siempre le había parecido en extremo cerrado sobre algunos temas y ahora se daba cuenta que había algo sobre lo que tenía que preguntar, sí o sí, para saber si tenía que proteger a su hijo de él.

El viaje a Santiago le pareció más largo de lo que esperó, en especial cuando el bus tuvo que hacer escala en otras ciudades para tomar pasajeros, sin embargo, Franco le había dado una pista para que supiera que estaba cerca de llegar.

—Vas a pasar un túnel. No es muy largo, pero es la entrada a la Región Metropolitana. Luego verás muchas luces.

Al pasar el túnel, Florencia se rio de ese recuerdo. Seguramente Franco pensaba que sería una provinciana impresionable. Ella había visitado Talca, por lo que sabía perfectamente cómo lucía una ciudad de noche o al menos eso pensó. Una vez aparecieron las luces de Santiago, se extendieron en todas las direcciones posibles, hacia la cordillera, al norte, al poniente, parecían nunca acabar. La velocidad del bus bajó un poco en la carretera urbana y rato después entró al terminal.

Allí la esperaba Franco, pero no estaba solo.

Había un enorme pelirrojo y un moreno sonriendo a su lado. Y aunque nunca antes los había visto, ella los saludó con agrado.

—¡Benja y Rafa!

—¿Y por qué no dices mejor Rafa y Benja? —dijo el moreno.

Florencia no se detuvo a explicar. Se lanzó a los brazos de Franco y él la

besó. Los cocineros miraron hacia otro lado, sonriendo. Nunca habían visto al jefe tan cariñoso con alguien. Ni tan feliz.

—¿Entonces andaban de vacaciones? —preguntó Florencia sentada de copiloto, una vez todos en el jeep.

—Sí, decidimos tomarnos unos días. Como volvíamos hoy y le avisamos aquí al jefe, él dijo que nos llevaba a casa, pero tendríamos que esperarte por ahí. Comimos algo en una cafetería, pero no, nada como la comida del Austral.

—Es que tu salsa, Benja, queda muy buena con lo que la untes —dijo Rafael. Franco, que manejaba, sonrió.

La tarea que había dado a ese par resultó mejor de lo que pensó. No era sólo que su reporte les hiciera decidir que no se fusionarían con la cadena de restaurantes, sino que, obligados a conversar para entretenerse durante la demorada atención, resolvieron sus diferencias y además descubrieron que tenían más cosas en común de lo que en público se atrevían a aceptar. Dejaron de boicotarse y un día, a solas en la cocina, comenzaron una relación de pareja.

Franco rogaba al cielo para que le diera una larga vida a su relación, porque no quería tener que mediar entre ellos dos. Ambos le simpatizaban, los respetaba como personas y como los profesionales que eran, pero, aunque trataba de tener una mente abierta, la verdad es que se le hacía un poco rara la relación que tenían. Al menos parecía que funcionaba bien para ellos y eso lo alegraba.

Los dejó en la puerta de la casa que compartían y se llevó a Florencia al departamento. Apenas entraron al dormitorio que ocuparía con él, dejó la mochila por ahí y la atrapó contra la pared.

—Por fin te tengo conmigo.

Besó hambriento sus labios, ya sanos, y siguió con su cuello, abriéndole la camisa para adorar lo que había debajo. Florencia le atajó las manos.

—Entiendo que esta es la casa de su amigo.

—No llegará hasta las dos de la mañana.

—Pero... ¿Y si llegara antes?

—No se metería aquí. Esta es mi pieza.

—¿Dónde dormiré yo?

—Ahí, conmigo —dijo señalando su cama. Florencia pensó que le gustaría pasarse las horas retozando en ese lugar con él, pero le daría vergüenza que su vecino que la conocía de niña supiera que ella estaba en esa

situación.

—¿Hay otro cuarto?

Callado y molesto al sentirse rechazado, Franco le mostró todas las habitaciones de la casa. Aquella destinada a ser la tercera habitación era una especie de oficina y lo que quedaba era un sofá no muy largo en el estar. Florencia regresó al dormitorio al comprender que o dormía con él o con Javier y se sentó en la cama, paseando la vista por el lugar, un poco nerviosa. Franco cerró la puerta y se apoyó en ella, poniendo el seguro.

—¿Prefieres que te lleve a algún hotel?

—No, no. Está bien.

Despacio, sin dejar de mirarla, Franco se acercó. La joven bajó la vista y se tomó las manos. Él se sentó a su lado.

—¿Qué te pasa? ¿De verdad no quieres dormir conmigo?

—No es eso, es que... estoy nerviosa porque... —se miró los botones de la camisa que cerró debidamente—. No estoy acostumbrada... nunca he buscado ser sensual para nadie...

Franco abrió los ojos al comprender. La miró preocupado.

—Te debo una disculpa, ¿verdad? Estaba tan contento por tenerte para mí solo que no me fijé que tú te incomodas con eso.

Florencia no quiso contarle que en más de alguna ocasión el tío que abusó de ella la empujó contra una pared, para no atormentarlo, pero lo haría algún día.

—A mí me gustó mucho lo que pasó entre nosotros, pero esto es como su miedo a la oscuridad. No se va sólo porque apareció la persona capaz de ayudarlo. Sigue ahí, está en mis recuerdos. Yo quiero estar con usted, pero mientras me acostumbro, me gustaría que fuera... que fuera más suave, como ese día. ¿Se puede?

—Claro que se puede, bonita. Claro que se puede, pero... tal vez tengas razón en algo que me dijiste.

—¿Qué cosa?

Franco se rascó la cabeza.

—Para ti es la primera vez en todo. Los primeros besos, las experiencias, el primer novio. No me había detenido a pensarlo bien, pero yo ya pasé hace años por todo eso y te has mostrado tan afín conmigo que pensé que en la parte sexual también serías mi equivalente, pero estaba equivocado. Lo haremos como tú quieras, a tu ritmo, ¿está bien? Pero a cambio quiero que me trates de tú. ¿Podrás?

—Claro.

—Ahora ven acá. Quiero besarte.

Los ojos marrones de la joven brillaron ante sus palabras, pero Franco salió del dormitorio al escuchar que se abría la puerta principal y se topó con Javier que venía entrando con un paquete envuelto en papel aluminio.

—¿Y esto? ¿Qué te pasó?

—Me vine temprano con un menú para nosotros tres, para festejar a Florencia. ¿Interrumpo algo? Puedo dejar esto y largarme.

Florencia se asomó justo cuando Franco aseguraba que lo de la comida era muy buena idea y él la miró de reojo. Javier nunca llegaba antes de la hora... ¿Acaso esa era la intuición femenina de la que tanto se hablaba? Le hubiera dado un poco de pudor que su amigo hubiera llegado mientras tenía relaciones con ella.

Javier por su parte también miró a Florencia, porque esa joven relativamente baja, tan bonita, de cabello trenzado, figura sinuosa, jeans ajustados y camisa entallada era ella, ¿verdad? Estaba comenzando a comprender tanto interés de su amigo. El tiempo la había favorecido sobremanera con tamañas curvas, ojos enormes y labios sensuales. Lástima que no tuviera una hermana que le pudiera presentar. La saludó y pasó de largo a la cocina a desenrollar y servir lo que traía.

Franco se movió para ayudarlo y reparó en la mano de Florencia tomando la suya. Él entendió el por qué. También notó la forma en que su amigo la miraba.

—Tranquila, cariño. Vamos a cenar ahora.

La cena transcurrió en un ambiente relajado y al terminar, Javier tomó una chaqueta y se fue de fiesta a casa de una posible conquista por quien originalmente se había tomado esa noche libre.

Pusieron una película en la tele y al terminar, se fueron a acostar. Florencia se lavó los dientes, se puso el pijama y sonriendo con ternura se acomodó al lado suyo, cerrando los ojos con confianza. Pronto, entre sus brazos, se quedó dormida.

Franco la observó, pensando que por fin la tenía donde quería.

Bueno, no exactamente, pero estaban cerca.

Por la mañana Florencia se dio cuenta que el clima de Santiago era más caluroso y seco que el de su ciudad. Miró su modesto equipaje y consideró

comprar algunas prendas más adecuadas. Aunque Franco le ofreció su ropa con la mejor intención, ella quería que por esos días la viera bonita, además, la ropa de él le quedaba demasiado grande.

Fueron a un centro comercial y antes de cuarenta minutos ella estaba lista con sus compras. Se dejó puesta una blusa azul holgada y jeans ajustados, soltándose el cabello a petición de él.

—Entonces te llega casi a la cintura. Tal como pensé —observó él, fascinado.

A Florencia le gustó poder complacerlo con algo, a su juicio, tan simple y luego lo invitó a comer helados, como una forma de retribuir todas las invitaciones que él le hizo antes. Franco así lo entendió y no puso reparos en que ella pagara. Ya en el jeep, Franco decidió que era hora de hablarle a Florencia de otras cosas.

—Tengo una casa —soltó de repente, mientras conducía hacia algún lugar—. La compré hace una semana.

—¿De verdad? Franco, yo... te felicito, me siento muy feliz por ti. Querías mucho tener una casa —dijo Florencia con emoción, vuelta hacia él todo lo que el cinturón de seguridad le permitía.

—Qué bueno que te sientas tan feliz porque necesitaré de tu ayuda. Tengo algunas cosas, tú sabes, mi cama y el refrigerador, pero me falta el resto de los muebles. Quiero que me ayudes a elegir esas cosas y que esta misma noche te vayas allá conmigo.

—Estoy segura que no necesita mi opinión, pero con gusto lo...

—¿Lo...?

—Quiero decir que con gusto te acompañaré, pero tú sabes mejor que nadie lo que necesitas comprar

—Tu opinión es muy valiosa para mí porque ahí viviremos los dos. Por eso debemos elegir entre ambos los sillones, por ejemplo.

—Pero... ¿No te parece que es un poco apresurado...?

—No lo es. Cuando te mudes definitivamente, nuestra casa ya estará lista. La semana pasada aceptaste venir conmigo.

—Y me sigue encantando la idea de vivir contigo. Si por mí fuera, ahora me quedaría aquí, pero me lo imaginé de otra forma. Adaptándome a tu entorno, a tus cosas y tal vez, en un tiempo más, comprar cosas más o cambiar los muebles, pero no llegar así, como dueña y señora, porque no lo soy.

—Lo eres. En lo que a mí respecta, eres mi mujer. Ama y señora. Ese

lugar lo compré pensando en ti —dijo un tanto molesto por su falta de entusiasmo.

—¿Su mujer? —el término le resultó un poco violento, pero lo aceptó como apropiado.

—¿Te molesta? Es lo que eres, desde ese día en tu casa. Lo eres para mí.

A Florencia le pareció que algo no estaba funcionando. Es decir, le encantaba que Franco de pronto se mostrara tan apasionado por ella, pero luego de un mes de vivir como cordiales amigos, dos relaciones sexuales y muchas llamadas por teléfono antes de que él le revelara sus sentimientos por primera vez, pensó que pasaría mucho tiempo antes de llegar a lo que estaban hablando en ese momento. ¿Se habría perdido de algo?

—Yo te amo, Franco, estoy segura, pero dicen que las relaciones necesitan tiempo para madurar. Así ambos saben si la otra persona es la indicada. Me das mucha responsabilidad al pedirme que elija tus cosas ahora. Sólo somos novios con apenas una semana...

Franco extendió los brazos, presionado su espalda contra el asiento. Tomó una calle más tranquila y bajó la velocidad.

—Sé que eres la indicada. No necesito más tiempo. ¿Lo necesitas tú?

—Sí. Lo necesito. Pero no es para mí. Es para ti, porque...

—Entiendo —dijo cortándola—. Bien. No necesito que me acompañes si no quieres. En vez iremos al cerro San Cristóbal, te encantará —dijo forzando una sonrisa. Florencia lo miró con preocupación y trató de tocarlo, pero un mohín de él la desalentó.

—Franco, no quería que te enojaras. Te acompañaré. Me gustaría.

—No te preocupes por eso. Iré otro día. Ahora pasaremos, ¿no? Y ya que tanto te dejas guiar por lo que dice la gente, supongo que esperarás a que hagamos lo que hacen los novios, como comer helados, pasear, ir al cine y darse besitos. Pues bien, eso es lo que hacen los niños y te recuerdo, señorita, que le dijiste que sí a un hombre y mis intereses son diferentes. Pero me esforzaré por darte gusto. Ya verás.

La joven miró su perfil. Llevaba gafas de sol para la conducción, la mandíbula tensa.

—Franco, te quiero, pero ¿por qué estás enojado conmigo? Si te ofendí con algo que dije, te ofrezco una disculpa, pero dime qué fue.

—Nada, no te preocupes. Tienes razón. Ese es el problema.

Franco estiró una mano y puso música a volumen moderado. Minutos después alcanzaron la entrada al cerro y Florencia se distrajo con el paseo que

permitía ver Santiago desde la altura. Pero, aunque Franco le dio la mano para subir hasta la enorme Virgen del cerro, ella lo sintió diferente y aunque él le aseguró que todo estaba bien, ella supo que no.

Capítulo Nueve: Remezón

Esa noche no se mudaron. Florencia se duchó, pero al ir a acostarse se encontró con una sorpresa. La cama de Franco tenía otra oculta en su parte inferior y estaba desplegada. Él le indicó que así lo harían para su comodidad y ella durmió en la parte de arriba. Estiró una mano para acariciarle la mejilla y tras darle un beso en el dorso, él le indicó que era hora de dormir.

Al día siguiente fueron a otros lugares de Santiago y por la tarde regresaron al departamento. Florencia había disfrutado a medias de los paseos, porque sentía que “algo” no marchaba bien. Franco era amable y entretenido, pero le parecía también algo distante, le hablaba menos que otras veces, prefiriendo temas impersonales como el clima, alguna película y otras cosas. Quizá, se dijo, ella estaba imaginando cosas y no debía darle más vueltas al asunto. Se preguntó si conocería alguna vez la casa de Franco y se arrepintió de haber abierto la boca sobre los muebles. Repasaba la escena varias veces en su mente y lo único que le quedaba claro es que el problema había sido su exceso de sinceridad. ¿Qué le costaba simplemente acompañarlo? El día lunes Franco le anunció que tenía que ir al trabajo y ella fue con él. Era eso o estar sola y no quería.

Quedó fascinada con el movimiento en “El Austral”. Todo el personal era amable con ella y trataban a Franco con gran respeto. Ya en la oficina, la joven pasó a ocupar el sofá y maravillada vio las fotos de Constitución en las paredes. Pero lo que más la impresionó fue encontrar una fotografía suya, bastante favorecedora, en el escritorio de Franco. Lo abrazó y lo besó.

—Eres muy lindo. Yo también imprimí una foto tuya, ¿sabes? La llevo en mi libreta del colegio.

Franco rio y le dijo que era hora de trabajar. Ella volvió al sofá y luego de leer por completo el periódico de hacía dos días que encontró por ahí, se aburrió. Le preguntó a Franco si podía ayudar en algo.

—No, bonita. Hoy no hay mucho que hacer, pero es de alta responsabilidad. Mira, en esa repisa de ahí... esa. ¿Ves el notebook? Es el que di de baja cuando compré este. Quédatelo en reemplazo del tuyo. Funciona bien y te servirá para tus tareas. Puedes entretenerte con eso mientras termino esto, que de ahí tenemos que ir al banco.

Florencia encendió el aparato y se entretuvo jugando una partida de solitario. Al llegar la noche y de vuelta en el departamento, evaluó que su día había estado un poco flojo, pero había podido ver a Franco en su hábitat. Le

gustó que fuera amable con todos y consideró que se veía muy sensual cuando se ponía sus gafas de lectura y se concentraba en sus cuentas. También descubrió que lo de tomar mate por la tarde era una costumbre en él que mantenía incluso en el trabajo, pero había echado de menos sus besos. Quizá era normal que se mantuviera más frío durante su jornada laboral, ella no podía ser su centro todo el tiempo. Al acostarse le preguntó derechamente por qué estaba enojado con ella y él le dijo que imaginaba cosas, esquivando el tema. Al preguntarle si la llevaría a conocer la casa él se metió al baño, declarando que se daría una ducha. Cuando él volvió, como un gatito ella se acostó a su lado, mimándolo y diciéndole todo lo que lo quería, pero pronto él le dio la espalda y se quedó dormido.

Al día siguiente Franco parecía dormido cuando ella le fue a dar su beso de buenas noches y no se movió con la caricia en su mejilla. Florencia le dedicó palabras cariñosas cerca del oído y pensando que lo molestaba, se acostó aparte. Mientras se trataba de quedar dormida con la luz encendida, lo sintió jugar con su celular.

Se incorporó de un salto y miró a Franco sin decir nada, pero tomó el grueso cobertor y se fue al balcón, a estar sola y a oscuras. Arropada no sentía frío y encontró un lugar donde sentarse cómodamente. No pudo evitar acordarse de su vida con Francisco y se preguntó si Franco le hacía eso a propósito o si él era así o qué estaba pasando. Resolvió que ninguna opción era buena, ella no quería vivir de nuevo con alguien que ante los problemas la esquivaba y pensó que sería mejor regresar a casa... pensión. Aún le quedaba mucho dinero, podía costearse un pasaje. Ordenaría su escaso equipaje al día siguiente, pero, aunque la sola idea le causó dolor, era lo más correcto.

Quizá la lejanía les hiciera bien a ambos.

Franco se levantó temprano y preparó el desayuno. Florencia aprovechó de meter su pijama en la mochila con sus cosas. Lo dejaría listo para marcharse al llegar del trabajo. ¡Tenía que investigar por internet qué bus le servía para llegar al terminal y dónde conseguir una tarjeta de pago “bip!”, porque no tenía y los choferes no recibían dinero efectivo. Tuvo ocasión cuando Franco la dejó jugando con el computador y anotó todo en un papel que se guardó en el bolsillo de la camisa. Con todo su plan de escape armado, decidió hablar cuando él se estiró, tras varios minutos anotando algo.

—Dime.

—Me quiero ir.

Franco la miró fijamente.

—¿Al depto? ¿Te sientes mal?

—No. A Constitución.

Él pareció asimilar las palabras con calma, pero en verdad se sintió golpeado.

—Ya veo. Este no es lugar para tratar temas personales. Cuando termine de trabajar lo hablaremos. ¿Puedes esperar quince minutos?

—Ayer tampoco quisiste hablar de esto.

—Estaba ocupado.

—Pero en casa tampoco quisiste...

—Estábamos con Javier. Si es algo entre los dos, lo hemos de resolver cuando estemos solos.

—En el jeep estamos solos.

—Sí, pero yo voy manejando y cada vez el tráfico está más denso. ¿Quieres que nos accidentemos?

—¿Sabes qué? Si no me quieres escuchar, si no te importa lo que te quiero decir, dímelo claramente en vez de estar dándome largas.

Franco se levantó de su asiento para guardar un archivador y apoyándose en la mesa, se cruzó de brazos, como si fuera un profesor.

—Si te quieres ir es cosa tuya. Ahora tengo que hacer. Pórtate bien y espera que termine, puedes jugar con el notebook por mientras.

Florencia se sintió ofendida y aparentando calma, se levantó, dejando con cuidado el notebook sobre el sofá. Cerca de la puerta, giró el picaporte y salió de allí, atravesando decidida el salón que tenía bastante gente.

Necesitaba aire libre y se planteó dar una o dos vueltas a la manzana para no perderse. Alcanzó a dar unos cuantos pasos fuera del restaurante cuando Franco la atrapó por una muñeca.

—¿En qué estabas pensando al salir así? Usa la cabeza niña, puedes perderte. Aquí no es como tu pueblo —dijo severo—. Además, estás cegatona.

Con la furia brillando en los ojos marrones, Florencia jaló de su brazo y él la soltó.

—Creí que salir a buscar "niñas" también era parte de lo que se hacía fuera de tus horas de trabajo, de manejo y de relaciones sociales. Y ya, suelta, ve a terminar tus cuentas y a mí no me molestes. Yo vuelvo luego.

—No. Tú te vienes conmigo, donde mis ojos te estén mirando.

—¡Qué no! Si te quiero hablar me dices que no puedes y cuando quiero salir a dar una vuelta para no molestar, ¿tampoco puedo?

—No. No puedes. Te conozco. Tienes una mala tendencia a salir corriendo cuando algo no te gusta o no lo entiendes, y tienes que aprender que los adultos no podemos darnos siempre ese lujo. Vamos adentro y aguanta unos minutos. ¿Es mucho pedir?

—Me tendrás que escuchar en el depto —dijo entre dientes.

—Como quieras —repuso él, llevándosela de vuelta a la oficina.

—Quédate allí, termino de inmediato —le dijo al entrar, señalando el cómodo sofá de cuero. Para distraerse, Florencia tomó unos folios que encontró asomando bajo una carpeta y miró los números. Parecían estados de cuenta. Como le gustaban las matemáticas, trató de comprender por qué se llegaban a tales resultados haciendo cálculos mentales y de pronto notó que algo no andaba bien ahí. Franco ya había terminado lo que hacía cuando ella le enseñó lo que estaba mirando.

—Me parece un poco raro porque pensé que esa plata la tenían a favor, pero está en contra.

Colocándose las gafas de lectura, Franco repasó las cifras con cuidado. Se metió al computador para revisar su estado de cuenta en línea y apretó los puños. Realmente enojado, miró a Florencia antes de salir.

—Quédate aquí y espérame. Por Dios, Florencia, hazme caso, que no estoy para juegos.

La joven regresó al sofá, acariciando la idea de salir corriendo a perderse, pero se aguantó. Encogió las rodillas y le pareció que era buena idea tomar una siesta.

Afuera, Franco le pidió a Javier que saliera de la cocina para hablar. El joven hizo caso y se dirigieron a los estacionamientos en el patio trasero del edificio, donde no había nadie.

—Weón... por la cresta —empezó Franco conteniéndose a duras penas de soltar groserías más fuertes—, te dije weón que no te metieras en ese negocio.

—¿Qué negocio? ¿El de los Valdés?

—Sí, po, weón. El de los Valdés. ¡Por la cresta, weón, metiste un montón de plata en eso!

—Pero el negocio es bueno, nos va a ir bien, lo sé. Son gente que conozco.

—Javier, por favor... trabajamos juntos porque tú sabes cocinar y yo administrar y no puedes pretender ahora tratar de hacer mi trabajo. Lo de Valdés no es solvente. Le acabas de inyectar parte de tu patrimonio a su empresa y te aseguro que no te va a llegar ninguna ganancia.

—Ya. Y según tú, ¿qué puedo hacer ahora?

—Nada, por lo menos no le entregaste todo, pero tenemos que pagar a los carniceros la próxima semana y se viene la desinfección de la cocina y los baños, pagar los sueldos a fin de mes y por suerte que ayer entregamos los aguinaldos. Olvídate de renovar los refrigeradores por nuevos como pensábamos. Vamos a tener que sacar plata de tu cuenta personal o pedir un préstamo al banco, que es lo último que quiero porque ya estamos pagando el que usamos para remodelar el restaurante.

—¿De mi plata? ¿Y la tuya? Somos socios en esto, ¿recuerdas?

—Claro que recuerdo. Y quedamos en que cada negocio que hiciéramos le comentaríamos al otro y tú hiciste esto a escondidas porque yo no tenía idea. ¿Es justo que yo pague por la decisión que tomaste tú?

—Ah, claro, pero cuando te fallan a ti, bien que puedo pagar yo.

—¡Mencióname uno, un sólo negocio que me haya salido mal! —Franco hizo una pausa pues sabía que su amigo no tenía nada que reprocharle en ese aspecto y aprovechó de calmarse—. Voy a llamar a Marcel a ver qué podemos hacer para arreglar esto, pero, Javier, no te metas más con las platas. Por favor. Un traspie más y tendremos que declararnos en quiebra. ¿Quieres cerrar el restaurante? ¿El que acaba de recibir un galardón?

Bajando la cabeza, Javier negó repetidamente. Había entendido el regaño. Franco le palmeó la espalda y le prometió que le ayudaría a salir del problema. Regresó a su oficina y encontró a Florencia durmiendo. Cerró la puerta y se quedó allí, mirándola con dulzura, recreando la vista en su figura sinuosa antes de despertarla. Al menos en esa semana viviendo en la pensión había ganado un poco de peso. Sus mejillas se veían más llenas.

—Vamos, Florencia, ya terminamos el trabajo por hoy.

La joven se desperezó y lo siguió al estacionamiento, donde abordaron el jeep. Rumbo al departamento Franco iba muy callado, su mente haciendo cálculos para amortiguar el desastre creado por Javier.

—¿Ahora podemos hablar?

—Perdona, Flo. ¿Decías?

—Que si podemos hablar ¿o chocaremos por eso?

—Aquí no. Estoy complicado ahora. Espera.

Un semáforo en rojo los detuvo momentáneamente. Con una mano en el volante y la otra en la palanca de cambios, Franco deseó poder llegar pronto a casa, darse una ducha y olvidarse de todo. Diez minutos después entraron al estacionamiento subterráneo del edificio y desde allí tomaron el ascensor al piso ocho. Apenas se refrescaron un poco, Florencia retomó el tema.

—Me quiero ir. No le estoy pidiendo permiso, sólo avisando, para que no diga que salí corriendo.

Para Franco no pasó desapercibido el que ella cambiara su forma de hablarle. Se restregó la cara con las manos y se sirvió un poco de ron con hielo de la licorera, que apuró de un trago. Florencia quedó un poco asombrada, pues nunca antes lo había visto tomar ni sabía que lo hiciera.

—En serio, Flo, déjalo. No estoy de ánimo para discutir. Ha sido un día difícil.

—Yo no estoy discutiendo.

—Te aburre la ciudad, parece —dijo cansado, sin ocultar su antipatía por esa conversación, sentándose en un sillón frente a ella. La joven se lo pensó mejor y se sentó a su lado, tomándole una mano.

—Yo lo quiero mucho. Nunca he buscado ofenderlo. Estoy segura de eso. Quizá usted piense que mis sentimientos no le hacen el peso a lo que siente usted, yo sólo puedo decir que... que yo sé muy bien lo que es no ser lo que la otra persona espera de mí, por más que me esfuerce. Lo he vivido. Por eso cuando pedí tiempo no era para mí, era para usted, para que me conociera mejor y viera si en verdad yo soy lo que usted espera, porque si después usted ya no me quería, tendría su casa decorada por mí...

Franco quedó estupefacto con sus palabras, pero sólo comentó:

—Eres bastante insegura, niña.

—Insegura o no, me quiero volver a mi ciudad y no importa si no me puede llevar al terminal porque sé qué bus tomar para llegar. Porque yo tenía razón y no soy lo que usted quería o de lo contrario no me estaría castigando.

Franco la miró detenidamente. Después de eso se dirigió al balcón. Javier, maldición... no pudo haber elegido un peor momento para tirar su trabajo de años por la borda, por su causa tenía parte de su mente en otro lado, entre los libros contables. Necesitaba una pausa antes de seguir discutiendo, porque se estaba exasperando y no quería decir algo que pudiera lamentar.

—No te estoy castigando. Pediste vivir este tiempo como novios, ir tranquilos. Es lo que tienes ahora.

—Usted no es tonto ni yo tan ingenua. Como “novio” usted me ignora y

parece que le molesto. Por favor, dígame que pasó, no me haga esto. Si dejó de quererme...

Franco la miró con una sonrisa de medio lado.

—Oh, sí, dejar de quererte. Pobre niña, pobre víctima que nadie quiere...

Al recordar palabras similares, Florencia palideció notoriamente. Tarde recordó Franco que ella misma le había contado bajo qué circunstancias le había hablado así su padre, dándose cuenta que había llegado demasiado lejos. Estiró una mano para tocarla, sólo que, poniéndose de pie, la joven se alejó unos pasos. Trató de mantener la compostura a pesar de las lágrimas que afloraron a sus ojos.

—Entiendo. No lo molesto más.

Lastimada, se escabulló al dormitorio para tomar su mochila y salir. Él se sorprendió al ver su equipaje y caer en cuenta que ya estaba preparado de antes. Ella había hablado en serio. Trató de tomarle un brazo, pero ella se apartó. La miró consternado.

—Cariño, podemos arreglar esto, podemos hablarlo. Te debo una disculpa, hablémoslo.

Ella lo miró. Hablar. ¿Cuántas veces ella le pidió eso?

—¿Sabe? Podría irme y dejarlo con las ganas, pero conozco bien ese desaire y no podría hacerle eso a usted. Sea breve. No quiero irme muy tarde.

Franco se quedó callado unos momentos, sintiendo una punzada de culpa. Se había portado como un imbécil y ella aún le daba una oportunidad.

—Hoy pasó algo grave en el trabajo y tengo mi cabeza allá. Debí decírtelo para posponer nuestra conversación, porque eso me tiene complicado. Esperemos un poco...

—Tiene razón. Esperemos. Lo primero es resolver ese asunto, así que el próximo fin de semana vendré a verlo, o cuando pueda hablar conmigo tranquilo.

—Pero no es necesario que te vayas.

—Lo es, porque con o sin problema, desde el sábado se porta diferente conmigo. Sé que hice algo mal, le he pedido disculpas en todas las formas posibles, que me diga en qué fallé, pero usted me esquiva. Nos vemos en unos días, gracias por todo.

La joven se dirigió a la puerta, decidida con su mochila, pero al abrirla, Franco la alcanzó desde atrás por la cintura, hundiendo la nariz entre sus cabellos.

—Florencia, bonita, te amo, te amo en serio y prometo amarte siempre,

pero por favor no te vayas... —dijo con cierto desespero. La joven se revolvió entre sus brazos, sin poder zafarse.

—¡Suélteme! ¡Usted prometió que no me tocaría si yo no quería y ahora no quiero!

Franco la liberó, buscando en su mente algún argumento que la convenciera y ella hizo ademán de salir, pero se sintió mareada. Se preguntó si sería por las luces del pasillo hasta que notó que el piso se movía bajo sus pies ¿Estaba temblando? Franco corrió a la cocina a cortar el gas, a la par que le pedía que dejara la puerta abierta, recordando que para el terremoto del año 2010 algunas puertas habían quedado atascadas. Sobre la mesa, la lámpara colgante oscilaba notoriamente y en la cocina sonaban todos los elementos colgados como sartenes y ollas. El movimiento se hizo mucho más violento y aumentó el nivel de ruido considerablemente, como si mil y un puertas se abrieran y cerraran. Tras asegurar el televisor, como pudo Franco llegó hasta Florencia. Ella estaba aterrorizada, apoyada en la pared del comedor, y tras dudarlo un poco él la abrazó.

—Va a pasar pronto, ya verás. Este edificio es muy seguro, no tengas miedo.

Ella escondió la cabeza en su pecho, gimiendo de temor cuando escucharon cosas caer en los departamentos vecinos y algunos gritos y lamentos. La luz se cortó, quedando a oscuras y tras varios segundos el movimiento telúrico por fin cesó, aunque el edificio se agitó durante unos momentos más, dada su construcción antisísmica. Se quedaron abrazados en su sitio hasta que unos vecinos pasaron a preguntar cómo estaban, antes de dirigirse, asustados, hacia las escaleras. Florencia tenía la misma idea, pero Franco la sentó en el sofá. A ella le pareció increíble que él estuviera tan calmado a pesar que no se veía nada mientras ella temblaba toda.

—Calma. Florencia, el edificio no se cayó. ¿Ves que no pasó nada? Bajaremos por la escalera, pero tranquilos y tomados del pasamanos —le indicó, sin mencionar que lo harían rápido porque seguramente se venía una réplica. Al salir, ella tomó un suéter que había sobre el sofá y lo siguió. En efecto, la réplica, un sismo fuertísimo, los encontró llegando a los jardines del edificio, donde ya había otros vecinos bajo las luces de emergencia del frontis.

La luz estaba cortada en todo el barrio por lo que muchos consultaban sus celulares, buscando obtener noticias sobre la intensidad y el epicentro, dando cada uno su pronóstico al respecto. Un vecino que había bajado con su radio

a pilas llamó la atención de todos al sintonizar una conocida estación de radio.

—*Un fuerte terremoto acaba de sacudir la zona centro norte del país, cuya magnitud preliminar sería de 8.3 grados Richter. Repetimos. Terremoto en la zona centro norte de Chile habría sido de 8.3 grados Richter, con epicentro en la región de Coquimbo. El SHOA anuncia alerta de tsunami para toda la zona costera por reunirse las condiciones para tal evento. Se pide a quienes estén cerca de la costa, evacuen a zonas de seguridad ahora.*

La piel de Florencia se erizó cuando visualizó con claridad el mar entrando con fuerza en las costas, llevándose todo a su paso.

—¡No! ¡Otra vez no! Franco, el mar...

Él le acarició una mejilla, los ojos húmedos al imaginar qué podía estar pensando.

—Mi amor, no pasará eso. Ahora todos saben que con un terremoto deben escapar de las playas y aunque no, los están alertando. Las personas se pondrán a salvo.

—Ojalá alguien hubiera dado esa alarma el 2010. Quizá alguien hubiera llegado a rescatar a mi mamá, quizá ella estaría aquí, conmigo, abrazándome.

Una mano llegó al hombro de Florencia. Al girarse, vio a una mujer adulta arrodillarse junto a ella.

—Disculpa, te estaba escuchando, hija. ¿De dónde era tu mamá?

—De Constitución.

La mujer se mordió el labio.

—Mi hija vivía en Iloca, un poco más al norte, y tampoco escapó. El mar se la llevó con casa y todo, más dos de mis nietos. Debieron haber mantenido esa noche la alerta de tsunami, no haberla levantado nunca, ni por medio minutos.

Se miraron unos momentos a los ojos y supieron que ambas compartían el mismo dolor. Se abrazaron fuertemente, por largos minutos. Se separaron en paz y la mujer volvió con su grupo.

Un nuevo sismo los sacudió y Florencia escribió un mensaje de texto a su padre para saber de él. Franco hizo lo mismo para saber de su abuela, su primo y Javier, respondiendo todos que estaban bien. Algunos vecinos comenzaron a subir por las escaleras hacia sus departamentos a pesar que aún no volvía la luz. Franco se sobó los brazos, porque hacía frío, escuchando aún la radio de su vecino.

—*La magnitud del terremoto que esta noche azotó la zona centro norte*

del país fue corregida a 8.4 grados Richter. Se informa de masivas evacuaciones en las zonas costeras mientras en la ciudad de Santiago se reportan cortes de luz en algunos sectores...

Florencia le ofreció el suéter que tenía en la mano para que se abrigara con ella.

—¿No tienes frío?

—Soy sureña. Aún está agradable para mí.

Franco se puso el suéter, descubriendo que se trataba del que él le regaló. Subieron a su piso tras unos minutos y llegaron agotados, para buscar una linterna y encender una vela. Las réplicas ponían nerviosas a Florencia, pero procuraba dominarse y para distraerse, se fue a limpiar la cocina. Franco llegó a su lado y en silencio, la ayudó a recoger las piezas rotas de algunas tazas que cayeron. Al terminar, le tomó una mano.

—Tú no fallaste en nada, por eso no podía darte una respuesta. Quien falló fui yo y me daba vergüenza reconocerlo.

Sorprendida, la joven levantó su mirada hacia él. Franco la ayudó a levantarse.

—¿Sabes, Florencia? Yo soy un tipo como cualquier otro, pero un día encontré una niña bonita que usaba ropa que yo podría ponerme y me di cuenta que era extraordinaria, días después supe que estaba enamorado. Si no te lo dije en su momento, cuando me confesaste tus sentimientos, es porque desde mi lógica, lo que me estaba pasando contigo podía desvanecerse y no me atreví a comprometerme, pero tras mi regreso me volví loco echándote de menos y conforme pasaban los días me sentí más y más enamorado de ti. Pero no como tú piensas. Yo no me proyecto contigo como un novio que va probando, porque estoy seguro que eres la indicada. Yo quiero algo definitivo conmigo, si por mí fuera, te quedarías a mi lado para siempre. Sé que sueno como un psicópata, pero me siento muy ansioso contigo; cuando te hablé de los muebles el sábado, tenía mucha ilusión de que fueras conmigo a elegirlos, pero cuando me respondiste, me di cuenta que estamos en diferentes sintonías. Y me sentí ridículo por pretender que te sintieras como yo. Sólo puedo decirte que esto nunca me había pasado antes y no estoy seguro de cómo manejarlo, pero sé que tienes razón. Apenas llevamos una semana y media de pololos y nadie en su sano juicio va tan rápido, pero yo sé que esto va a resultar. Es raro que diga esto, siendo tú la mujer y además menor que yo, pero me siento seguro a tu lado.

Una vela los iluminaba, Franco tenía sus manos entre las suyas y la

miraba con un dejo de vergüenza. Ella lo miró, preocupada y con suavidad recuperó sus manos. Franco le acarició una mejilla y al ver que no saldría de la cocina aún, prosiguió.

—En estos días, sólo quería ser un tipo más tranquilo y menos ansioso, un hombre que no te pide más avance del que te atreves a dar. Un pololo como cualquier otro que hayas podido tener, que te saque a pasear, el que, llegando al trabajo, aunque piense en ti, no descuide sus labores y se pueda conformar con un rato a tu lado cada tanto día. Pero no esperé que ese trato pudiera molestarte, mucho menos que reclamaras por eso.

Florencia le dio las gracias por aclarárselo y se movió, saliendo al balcón. A lo lejos, la ciudad iluminada seguía su vida a pesar del terremoto, aunque había manchones oscuros en los sectores donde se había cortado la luz. Franco despegó la vela de donde la tenía, envidiando la capacidad de la joven de moverse con comodidad a oscuras y llegó hasta ella. La joven se giró, dubitativa.

—Yo... Siempre escuché de mis amigas que debía probar diferentes relaciones y quedarme en aquella que me sintiera mejor. Que atarme al primer hombre que conociera podía ser peligroso, que eso cortaría mis alas y me privaría de otras experiencias —dijo al sentarse en un sillón.

—Entiendo, cariño. Es lo que hice yo. Si es lo que deseas, llegaré hasta donde tú quieras y te dejaré ir si es lo que decides al final. Lo prometo—dijo Franco con los ojos brillantes. No le gustaba la idea, pero era lo correcto—. Nuevamente te pido perdón por lo hace un rato. Si hubieras querido terminar hoy, lo habría entendido.

—Es que... —se tomó las manos y empezó a retorcerlas, mirándolo de reojo—. No sé si esté bien, pero... me gusta más el Franco “obsesivo” que el que trata de ser normal. Con ese me siento cómoda, porque le puedo decir que lo quiero sin sentirme ridícula. Quizá yo también soy un poco obsesiva, no lo sé. No quiero que piense o sea diferente.

—¿Qué dices? Florencia...

Javier eligió ese momento para llegar. No traía malas noticias, aunque tampoco eran las mejores.

—Se nos rompieron algunas copas y piezas de vajilla, lo más grave fue que varios clientes salieron arrancando y no volvieron a pagar, salvo dos o tres. Fuera de eso no tuvimos heridos, las chiquillas se portaron a la altura y en la cocina se mantuvo la calma, pero igual tuvimos que cerrar temprano para evaluar los daños y hacer limpieza. Al menos no se nos cortó la luz ni el

agua y aparecieron por ahí un par de grietas, pero nada de consideración. Pensé que ibai a ir a mirar.

—No hubiera cambiado en nada el que yo hubiera ido. Ya mañana a la luz del día veremos.

—Pero 8.4, perro... es mucho. Oye, ¿cachaste que están evacuando la costa? Pobre gente, les toca dormir en los cerros y todo eso.

La luz no volvió y el barrio se mantuvo a oscuras. Franco se odió por su temor a la oscuridad, cuando, abrazado a su linterna, la notó parpadear. Se asomó hasta donde estaba Florencia y le pidió que lo recibiera en su cama a cambio de portarse bien. Ella no estaba mejor. Cuando producto de su propia respiración, su cuerpo movía ligeramente el lecho, pensaba que empezaría a temblar de nuevo. Le hizo un espacio y Franco no tardó en ceñir su cintura, antes de quedarse dormido.

A las tres de la mañana, Florencia quiso ir al baño y tuvo que despertarlo para que la soltara. Siempre había escuchado que las parejas dormían abrazadas en los primeros años de relación, pero no que ese contacto siguiera después de dormido. Tenía lógica, las personas tendían a moverse de noche y tomar distancia, era lo más normal. De hecho, dentro de su agarre, ella podía moverse y dormir de espaldas si quería, pero él como se dormía, despertaba. ¿Le dolería el brazo que pasaba bajo su cabeza? ¿El hombro? Quizá, cuando ella no estaba, él dormía como alguien normal y adoptaba otras posturas. Descansaría dentro de unos días cuando ella se fuera.

Volvió a acostarse y él giró para abrazarla de nuevo, como ronroneando. La besó y se quedó tranquilo. Florencia pensó en las cosas que hablaron después del terremoto y se preguntó si sería siempre así dormir con él.

Restregó la mejilla contra su barbilla y le dio un beso. Podría acostumbrarse.

Ya en el trabajo, Franco y Javier hicieron una contabilidad de todo lo que se había roto. De a poco los empleados llegaron para limpiar y ordenar y con amargura descubrieron varias botellas de vino y otros licores en el suelo de gran valor. Franco no quería mencionarlo hasta preparar un informe, pero esas pérdidas se sumaban y empeoraban el panorama financiero de El Austral.

En las noticias no se hablaba de otra cosa que del terremoto y se

reportaban los daños en las localidades más afectadas cercanas al epicentro, debido a tren de olas que las atacó tras el movimiento telúrico. El número de fallecidos se estimaba en un poco más de una decena de personas a nivel nacional, sin embargo, la vida en la capital siguió para la gran mayoría como si nada hubiera pasado, pues era preciso levantarse y trabajar como todos los días para afrontar los problemas personales.

Florencia miró el calendario en la oficina de Franco. Diecisiete de septiembre. Ese era el día que él había mencionado como el de su matrimonio supuesto. Si ella le hubiera apoyado esa idea, ¿él hubiera cumplido? ¿Se hubiera conseguido un juez? ¿Y ella, qué hubiera respondido? ¿"Sí, quiero" o hubiera huido?

La respuesta de su corazón la sorprendió por su falta de lógica, sin embargo, era la que respondía a sus verdaderos deseos. Pensaba en eso cuando Franco entró a la oficina y se sentó a estudiar unas cifras. Su teléfono sonó y contestó.

—¿Estás seguro? Perfecto. Sí, lo mejor es denunciar ahora. Gracias, viejo, te debo esta.

Se levantó y se puso la chaqueta. Se dirigió a Florencia que estaba personalizando su notebook, eligiendo un fondo de pantalla.

—Tengo que salir. No es necesario que te lleve, así que quédate acá, bonita.

Franco acabó demorándose casi dos horas y regresó acompañado de su primo, encontrándola con su largo cabello trenzado, una camisa negra y un mandil alrededor de las caderas, sirviendo mesas. Ella le sonrió y él se le acercó para sacarla de allí.

—¿Qué crees que haces?

—Después que usted se fue, Julia llegó a avisar que una compañera no vendría... hem... Betty, creo. Pensé que si la suplía sería de ayuda. Mire —repuso mostrándole algunas monedas y un par de billetes en el bolsillo—. Me va bien. Cuando estudie en la universidad podría trabajar en esto para tener ingresos extra.

—Conociéndote, no creo que servir mesas te guste —dijo sin ánimo de mencionar que podría sufrir de algún tipo de manoseo o acoso. Recordó que traía a Marcel a su espalda y se lo presentó—. Él es mi primo. Marcel Domínguez.

Florencia saludó a Marcel, notando que era más alto y fornido que Franco, también mayor. Vestía traje negro y tenía una expresión de absoluta

seriedad. Le pareció que en alguna película de guerra quedaría muy bien como militar, sin embargo, le gustó que la mirara con desinterés y se sintió cómoda. Fue muy amable con él.

Siendo un hombre de hablar brusco y aspecto duro, Marcel no estaba acostumbrado a que una persona, de manera espontánea, le saludara con simpatía. Poco acostumbrado a sonreír, le obsequió ese gesto a la joven. Habían tenido un buen primer encuentro.

Florencia siguió en lo suyo, pero Franco llamó a Julia a su oficina.

—Florencia es mi novia y lo sabes. Asígnale mesas de mujeres. Es inteligente, no creo que tenga problemas con eso, pero con hombres complicados no se sabe manejar. Y mándala a que me traiga un té y un café sin azúcar para mi primo en diez minutos más.

Julia asintió y regresó a sus labores. Tranquilo al tener espacio mental para hacer su trabajo, Franco llamó a Javier para tener una reunión con él. El chef no tardó en sentarse junto a Marcel en el sofá apenas terminó de sazonar un fondo con carne a la olla. Marcel les pasó algunos documentos que traía.

—Javier, Franco hace una semana me pidió investigar a esta gente antes de hacer negocios con ellos. Lamento no haber podido ir más rápido, ya sabes que tengo mi propia empresa y estoy ajustado de tiempo. En fin, esto es lo que encontré y espero que le cierren las puertas a cualquiera de este clan. Son los dueños de Hawi, con casa central en un sitio eriazo de avenida Las Industrias —dijo, enseñándole documentos y mostrándole pruebas de otras empresas fantasmas. A cada momento Javier estaba más y más pálido—. Hace un rato hicimos la denuncia correspondiente con Franco, quien me puso al tanto esta mañana de lo sucedido, trayéndome las pruebas. Ahora, esto queda en manos de la fiscalía, pero algo me dice que no eres el único estafado y si es el caso podríamos presentar una demanda colectiva. Desde ya quedo a tu disposición, porque esto es de mi especialidad y sea la decisión que tomemos, se viene una batalla legal.

La situación se puso tensa cuando Javier reclamó a Marcel no haberles advertido antes sobre los estafadores. Marcel le recordó que le habían advertido, tanto él como Franco, que había rumores sobre problemas con los Valdés y él no hizo caso. Javier les pidió disculpas, argumentando que estaba estresado y no medía sus palabras.

Cuando se fue, los primos se relajaron y evaluaron las posibilidades que tenían. Tras una hora de discutir, Franco tomó algunas decisiones financieras, que llevaría a cabo a partir del lunes cuando abrieran los bancos, porque

ahora no alcanzaba y al día siguiente era feriado por ser dieciocho de septiembre, Fiesta Patrias. Al menos, a primera hora por la mañana, había dado orden de no pago a dos cheques más que había extendido Javier y aunque consideró la idea de inhabilitar a su socio para acceder al dinero del restaurante, no le pareció justo, pensando que con esto que había pasado, Javier habría aprendido. Para proteger el dinero, decidió crear una cuenta alterna que él manejaría para tener un respaldo en caso de problemas.

Hambrientos, pidieron sus alimentos a la oficina. Franco resolvió invitar a Florencia con ellos, pero ella ya había almorzado. Julia y Karina habían comido con ella en una mesita y habían hablado cosas de chicas. Estaba muy contenta. Al dejarlos solos, Marcel se dirigió a su primo.

—Cuando me dijiste que habías encontrado a la indicada, no pensé que en verdad habías acertado.

—¿Por qué dices eso?

—¿No notaste cómo te miró cuando llegamos o ahora, cada vez que entra? Es como si tú... es como si fueras un faro y ella un barco en la tormenta. Algo así.

—Vaya —repuso Franco riendo—. Veo que los años te están poniendo cursi.

—Tú eres el que compró una casa para esa niña y yo soy el cursi —dijo seco—. Me da lo mismo lo que pienses de mí, pero a ella no la lastimes.

—¿Qué? ¿Cómo sabes...?

Marcel cambió radicalmente su expresión y miró con molestia a Franco.

—¿Qué le hiciste? Yo solo te daba un consejo.

Cansado, Franco le habló del asunto de los muebles, la respuesta de Florencia y la resolución que tomó él, pero que ya habían resuelto todo eso. Marcel se acomodó en el sofá.

—Pobre niña. Bastante tuvo con el papá, que según tú no la tomaba en cuenta. Elegiste la peor manera para castigarla.

—No la estaba castigando.

—¿No? Te conozco. Eres bastante dual. Inteligente y serio para el trabajo, pero bastante extremo con tus sentimientos y puedes pasar con facilidad del amor a la indiferencia, que es lo que hiciste con Antonia y ahora con esa niña. Por lo que tú mismo me has contado, Florencia ha crecido prácticamente sola, por lo que puede ser muy fuerte en algunos aspectos y frágil en otros. No vuelvas a simular que no es importante cuando ella te busque porque piensa que hizo algo mal, debe quererte mucho para haber insistido, dispuesta

a exponerte sus debilidades, y tuvo que estar desesperada para querer irse. Respondiste el golpe que con una pluma ella te dio aplastándola con una roca. No vuelvas a ignorarla, ni de broma. ¿Crees que es fácil encontrar a la mujer a tu medida? Ya viste como me fue a mí y por suerte para ti las cosas son más fáciles.

Franco razonó las palabras de su primo y se sintió una basura al recordar que la tarde anterior la había herido adrede, buscando disuadirla de seguir discutiendo con lo de la víctima, justo antes del terremoto. Miró de reojo a Marcel, que terminaba su almuerzo y decidió no compartir sus pensamientos o podría terminar estrellado contra la pared, por lo que se limitó a darle las gracias por su consejo, acertado como siempre. Al terminar, su primo sacó un pequeño paquete envuelto en papel de regalo y se lo obsequió sin decir nada, levantándose justo cuando Florencia, que ya había entregado el turno, entraba a la oficina. El abogado se sacó una tarjeta del bolsillo y se la pasó.

—Si ese de ahí te hace llorar, me avisas y lo pondré en su lugar. El sábado haremos algo familiar y la abuela te quiere conocer. Dile a Franco que te lleve y lleva una chaqueta porque hace frío —dijo al pasar, acariciándole la cabeza como si fuera una niña de dos años. Se marchó y Franco se quedó helado al notar que Florencia se había ganado a Marcel. Y a la inversa. La joven se vio cómoda cuando él se acercó. Sintió una punzada de celos. Él quería ser el único al que ella dejara acercarse, no compartir su cariño y se reprendió mentalmente por tener esas ideas. Florencia podía tener amigos y qué mejor que su primo, pero cuando llegara la noche, ella debía estar a su lado, dedicándole palabras de amor.

Se tomó la cabeza. Se obligó a concentrarse y a anotar gastos en los libros contables.

Florencia se puso a contar sus propinas y reparó en Franco. Se notaba cansado y preocupado por algo. Se acercó y trató de acariciarle el mentón, pero él la esquivó.

—Espera, tengo algo que resolver, pero...

Notó que, asintiendo, Florencia se sentaba en el sofá. Decidió contarle lo que había pasado sobre la estafa en la que había caído Javier, a grandes rasgos, para que ella entendiera que no la rechazaba por nada. Luego le explicó que por las diligencias de la mañana ahora tenía trabajo atrasado.

—Te prometo que apenas me desocupe, te mimaré tanto que pedirás que te suelte.

—¿Le puedo ayudar en algo? No sé, sumar, juntarle boletas, lo que

quiera.

—No. Juega con tu notebook por mientras o duerme una siesta. Hay una manta bajo los cojines.

—Me vendría bien. Tanta réplica me tiene mareada —repuso, buscando la frazada. Franco de inmediato le prestó atención.

—¿Qué réplicas? Si casi no ha habido. Supongo que hoy has comido bien. Florencia... —dijo tras estudiarla detenidamente—, hace unos días tú me aseguraste...

Intuyendo hacia donde iba la conversa, Florencia miró el reloj de la pared. No queriendo distraerlo, se acostó. Hacía días no dormía bien.

—Horas de trabajo. No se tocan temas personales. Después —dijo en un bostezo.

Franco rodeó el escritorio y se sentó junto a ella. Miró el calendario desde allá y se puso a sacar cuentas.

—Tendrías seis semanas más o menos.

La joven apretó las muelas. Lo que ella pensaba sobre tanto mareo era debido a la falta de gafas y a la anemia que estaba combatiendo con suplementos de hierro que le recetó el doctor, pero no lo comentó. Cerró los ojos y los abrió de nuevo cuando sintió que él le daba un beso y ponía una mano en su vientre.

—No hay nada allí. Lo siento. Se lo dije en Constitución. Yo no le ocultaría algo así —luego tomó aire ante la idea que tuvo—. Franco... ¿Es idea mía o usted quería embarazarme?

—No —respondió, sin dejar de mirarla—. Esa tarde creí en tu palabra de estar usando algún método de control, pero con la idea de que, si te quedabas embarazada, respondería y te traería conmigo.

Franco la besó y regresó a su escritorio y cerca de cuatro horas después terminó con sus labores un tanto cansado. Al subir al jeep le anunció que la llevaría a conocer su casa.

Caía la tarde cuando llegaron. No se veía desde afuera pues en vez de reja la rodeaba un muro con una enredadera. Franco abrió la puerta y Florencia atravesó el antejardín, notando el pasto crecido en torno a un enorme limonero. El interior se encontraba en penumbras, pero el piso brillaba y los ventanales llamaron su atención. Al salir al patio trasero, quedó maravillada con los duraznos en flor, acercándose mucho para mirar con detalle sus flores rosas. Regresó al interior y cerró el ventanal, contenta, quedándose allí.

—Este lugar es hermoso, precioso. ¿Es el que me mostró en su celular?...

ya quiero que sea diciembre para poder venir a vivir aquí. Aún sigue en pie la oferta, ¿cierto?

—Claro que sí. Esta es tu casa —dijo bajando la voz, que retumbaba con un eco en el cuarto vacío.

Sonriendo con satisfacción, Florencia se cruzó de brazos. Lo sintió venir tras ella y detenerse a unos pasos.

—Me da un poco de susto pensar en eso —dijo también en voz baja.

—Disculpa. No era mi intención...

—No me refiero a eso. Quiero decir, me asusta estar sintiendo tanto en tan poco tiempo. Usted ayer me decía que me quería más que para un noviazgo y yo...

—¿Tú qué?

—Le parecerá medio loco, pero, después que usted se fue esa mañana de mi casa, pensé que me habían quitado la mitad del cuerpo. No podía dejar de sentirme triste y en estos días tuve mucho miedo de que usted no me quisiera, de no poder volver a sentirme completa como antes de conocerlo, porque a mí me cambió la vida.

Franco la miró con absoluta sorpresa.

—Sentí lo mismo cuando llegué aquí. Que me faltabas al lado, en el jeep... ¿Será posible que te sientas como yo? ¿Podrías dar un salto de fe para estar conmigo siempre?

Florencia suspiró y miró hacia el patio, pero ya estaba bastante oscuro y por contra, veía en la ventana el reflejo de Franco, esperando su respuesta.

—Siempre es mucho tiempo. Más que el que podemos contar. Quiero estar con usted y no me importa si es muy apresurado para pedirlo. Es nuestra relación, podemos hacer lo que queramos en ella, usted lo dijo.

Todo quedó en silencio por unos segundos. De pronto, Florencia sintió las manos de Franco cruzarse sobre su vientre, presionándola hacia él, y ella intuyó una demanda masculina en ese gesto. Se puso nerviosa y comenzó a temblar. Él se inclinó hasta su oído al percibirlo.

—Quiero hacerte el amor. ¿Puedo?

Ella se apoyó contra su torso, cerrando los ojos.

—Puede.

Capítulo Diez: Juntos

Sólo había una cama con sus sábanas y cobertor, y un velador con una lámpara. Florencia estaba muy nerviosa cuando Franco la hizo sentarse para besarla.

—¿Estás asustada? Por favor, no tengas miedo a quererme. Yo no te haré daño.

Negó con la cabeza y poniéndose de pie, comenzó a desabotonarse la camisa que traía. Franco le pidió que se detuviera, pues desnudarla era algo que de sólo pensarlo le causaba un infinito placer y así se lo explicó para que lo dejara hacer. De personalidad dominante en la intimidad, la aferró por la cintura mientras con la otra mano abrió su camisa y al asomarse un seno cubierto por la ropa interior, se inclinó para reclamarlo con su boca por sobre la tela, arrancando un gemido de la joven. Al quitar la camisa de ese lado, pudo bajar el tirante del sostén por el brazo y exponer la aureola rosada para sí, succionando con verdadero fervor antes de pasarse a la otra.

Decir que tantas sensaciones en Florencia la obnubilaban era cierto, pero en parte.

Muy a su pesar, al estar de pie, ciertas caricias que recibía se parecían a los toques que usó su abusador cuando la sometía y podía recordarlas con pasmosa nitidez y por momentos, pinceladas de temor se colaban en sus sensaciones. Se sobreponía a ellas decidida a vivir a plenitud el amor que Franco le ofrecía, imaginando que con sus manos él sobrescribía los malos recuerdos. Buscaba sus labios por un deseo genuino, sin confesarle que además necesitaba mirarlo en todo momento para que su mente no la engañara y le dijera que había vuelto a caer en las manos de otra persona. A pesar de ello, en un momento dado optó por separarse de él y se sentó en la cama.

—¿Qué pasó?

—Me sentiría más cómoda aquí —expuso, sin atreverse a mirarlo. Franco se sentó a su lado, a torso descubierto. Buscó su mirada unos segundos.

—Si hago algo que no quieras, me detendrás, ¿verdad? Debes hacerlo.

—Sí.

—No quiero lastimarte y hay instancias en las que sólo tú me puedes ayudar a cumplir.

Franco miró sus senos con cierta tristeza, pensando que tal vez hacer eso que a él tanto le gustaba no era del agrado de ella, pero sentándose sobre él,

de frente, Florencia se los ofreció para su completo deleite. Y para mejor, quedaron a la altura de su boca. Mientras él succionaba como si pudiera obtener miel de allí, ella pudo sentir bajo su pelvis como la excitación masculina pulsaba bajo la tela del pantalón y deseó poder quitarse el resto de la ropa.

Quería estar con él, sentirlo en ella, pero esta vez era distinta, algo muy diferente de la primera. En aquella ocasión se había sentido desesperada al saber que aquel hombre frente al que no se ponía nerviosa, al que no le temía y al que su cuerpo respondía con genuino agrado se iría, pensando que no lo volvería a ver más, convencida que, si no lograba intimar con él, no lo haría jamás con nadie. Ahora estaba dispuesta a seguirlo hasta donde él quisiera llegar... siempre que no fuera de pie.

—Quiero más de ti —dijo Franco, trayéndola al presente. La acabó de desnudar y sin ninguna vergüenza recorrió su cuerpo por completo con la mirada. Lejos de sentirse disgustada, Florencia le sonrió, pareciéndole aún mucho más hermosa. Franco se quitó el resto de la ropa y confiado, permitió que ella también lo mirara, antes de ponerse un condón, acostarse sobre ella y separar sus piernas, situándose entre ellas.

—¿Qué hace? —preguntó con cierta alarma cuando él tomó sus manos y las puso sobre su cabeza, apoyándose sobre ellas después de penetrarla.

—Confía en mí, mi amor. No es nada malo. Ya si no te gusta lo dejamos.

Franco la besó y empezó a moverse lentamente, dentro y fuera de ella. Con su cuerpo arqueado hacia él, a Florencia se le escapó un gemido y luego otro. Él cambió de posición, sosteniendo sus dos manos con una de las suyas y usando la otra para levantar su cadera y profundizar su unión. Florencia cerró los ojos cuando un gemido aún más fuerte salió de su garganta y empezó a forcejear para soltarse. Necesitaba tocarlo y él se lo permitió, así, ella pasó las manos por su espalda, abrazándolo con desesperación.

Sentir su peso sobre ella y comprobar la fuerza que tenía en comparación suya le resultó tremendamente excitante, tal vez por el hecho de saber (y confiar) que él la usaría de buena manera con ella. Se sintió segura bajo su cuerpo y Franco volvió a levantarla por las caderas, moviéndose más rápido sobre ella. Le gustó tanto eso que se apegó a él, como si se refugiara en su pecho, concentrada esta vez por completo en la fricción. Algo sucedió entonces, repentino e inesperado.

—¡Franco! —lo llamó en un impulso.

—¿Mmmm?

Él, con más experiencia, imaginó qué podía estar pasando y siguió haciendo exactamente lo mismo en lo que estaba.

Con toda la fuerza de la que se sintió capaz, ella se aferró a su espalda y Franco se dobló un poco para besarla con inusitada profundidad. Una sensación intensa se apoderó de Florencia y una poderosa sacudida remeció su cuerpo. El beso de Franco la tenía inmovilizada y le pareció que aquello que sentía se repetía una y otra vez, sin encontrar escape. Se liberó de su boca y gimió con fuerza, llamándolo y enseguida cerró los ojos, soportando la sensación y ahogando los gemidos siguientes al morder el hombro masculino.

Cuando terminó, se dejó caer sobre la cama. Al abrir los ojos se encontró con la expresión divertida de Franco. Él le dejó un beso sencillo sobre la boca y se acercó a su oído.

—Ya que tú tuviste tu satisfacción, espero que no te moleste que yo obtenga la mía.

Franco la tomó nuevamente y la embistió hasta derramarse por completo.

Abrigados bajo la ropa de cama, la pareja se acomodó enredando sus piernas.

Restregando la punta de la nariz contra el mentón de Franco, Florencia suspiró y se refugió en su cuello. Él le tomó una mano.

—¿Me quieres, bonita?

—Más que eso. Lo amo.

Franco enarcó una ceja.

—¿Qué? ¿Perdón? ¿Qué dijiste?

Traviesa, Florencia cerró la boca. Él se alzó para mirarla.

—¿Estás enamorada de mí? ¿Con locura?

—¿Qué, acaso no se nota?

—Si se nota. Cada vez que me miras yo puedo ver eso. Cada vez que me sonríes o que me besas. Pero, aunque no hubiera notado nada de eso, me hubiera dado cuenta esta tarde, por la manera en que te entregaste a mí.

Riendo quedo, la joven lo besó en los labios.

—¿Por qué me tomó las manos hace un rato? No me dejaba abrazarlo.

Franco se sonrojó y sonrió.

—Una pequeña perversión que acabo de descubrir contigo. Por alguna razón sujetarte y saber que no te podrás escapar me excita. Atraparte con mi cuerpo y saberte mía me gusta más de lo que puedo expresar. ¿Te molesta eso? Dime la verdad.

Confundida, Florencia pensó que eso le generaba sentimientos

encontrados.

—Por un lado, usted me somete, está claro, pero por otro, en el momento me gustó y ahora, el conocer sus razones me hace desear esa situación, pero después de lo que viví... ¿está bien que me guste esto?

—Si lo deseas de verdad y no por darme en gusto, y te hace sentir bien, está bien, cariño, porque es algo que queda entre los dos y no nos hace daño. ¿Me entiendes?

—Sí. Y sí, me gusta como un juego lo que usted hace, pero no se atreva a amarrarme por ahí, eso no. De ninguna manera.

—Jajaja, claro que no pienso amarrarte, mis gustos no van por ese lado. Me encantas, Florencia. Me tienes loco —repuso él apasionado, besándola y sintiendo que se encendía otra vez. Esperaba que la caja en el velador tuviera suficientes condones. La joven le hizo un cariño suave en el mentón con su mejilla.

—Quiero estar con usted siempre.

—Ten cuidado con lo que deseas. Ya sabes que soy de armas tomar.

—Lo sé. Usted se quería casar el día de hoy, recuerdo que me lo propuso.

—Ah, eso. Bueno, si hubieras dicho que sí me hubiera conseguido al juez, pero no hubiera sido justo contigo —dijo con ternura—. No podrías haber traído a tus amigas y en realidad, te mereces algo mejor que un matrimonio apurado. Si no hay hijos de por medio, podemos hacerlo cuando quieras.

—Pero hoy de todas maneras es un día especial, porque conocí su casa.

—Nuestra casa —dijo Franco divertido—, pero, además, esta fecha es más especial de lo que parece. Por eso la mencioné ese día que hablamos.

Se sentó y recogió sus pantalones, sacando su billetera de allí. Le pasó a Florencia su cédula de identidad y ella leyó los datos.

—No lo puedo creer. Hoy es su cumpleaños.

—Y en lo que a mí respecta, ha sido el mejor de todos, aunque, claro, no suelo celebrarlos.

—Felicidades, mi amor. No lo sabía —dijo abrazándolo y acostándose enseguida al sentir frío en la espalda—. Pero... entonces... ¡Eso significa que es diez años mayor que yo y no me lo había dicho!

—Si ya te complicaban nueve...

Florencia suspiró divertida.

—Nada que hacer. Ya me enamoró. Franco, no le tengo regalo, pero si hay algo que quiera y yo se lo puedo dar, sólo pídale.

—¿Estás segura? Tú sabes lo que yo quiero. Tú misma lo acabas de mencionar.

Florencia levantó una mano para acariciar su mejilla, pues él se había alzado sobre ella. No sabía que Franco estaba admirando su cabello desparramado por la cama, sus mejillas sonrosadas tras hacer el amor y sus ojos brillantes.

—Lo estoy. Sin querer me convertí en una mujer con ojos sólo para usted y no tengo la fuerza para ir en dirección contraria a esa. Si lo que usted quiere es formar un hogar, yo se lo daré, porque deseo lo mismo.

Franco tensó la mandíbula unos segundos.

—Florencia... ¿Qué dices?

Acostada de espaldas, la joven levantó los brazos, llevando sus manos hacia atrás de su cabeza por si él quería hacer lo mismo de hacía un rato. A Franco le pareció que se le saldría el corazón en ese momento y tensó la mandíbula cuando puso sus palmas sobre las de ella, aplastándolas contra el colchón.

—Que, si me quiere, me tendrá. Si se quiere casar...

—Florencia...

—Yo diré sí.

Por toda respuesta, Franco la penetró de un empellón. La joven se arqueó y cerró los ojos, deseando más. Él se deleitó al ver su respuesta, pero se retiró y tomó un condón, para ponérselo.

—Creo que prefiero tenerte para mí solo un buen tiempo antes que compartirte con los hijos. Puede ser el próximo año. ¿Enero te parece un buen mes? O mejor dentro de éste. ¿Diciembre? ¿Noviembre? ¿En dos semanas?

La joven rio al notar su premura.

—Puede ser mañana mismo, pero yo podré venir a partir de diciembre a vivir aquí.

Florencia cerró los ojos en una sonrisa, a la par que arqueaba su cuerpo de una manera tan seductora que Franco tuvo la sensación que se derramaría allí mismo y se apresuró en penetrarla. Saber que ella estaba disfrutando su cautiverio lo hizo retomar sus movimientos y aunque se estaba moderando, cuando ella gimió, estirándose, se olvidó de todo y se volvió loco de pasión, arrastrándola.

Pasaron la noche allí.

Al día siguiente, por ser dieciocho de septiembre, El Austral presentaba lleno total y las meseras no daban abasto para atender con rapidez a tanto cliente. Entre ellas, Florencia daba su mejor esfuerzo, pero su día no estuvo exento de problemas, como cuando chocó con alguien y se le cayeron unos vasos de la bandeja o cuando se equivocó y dejó un pedido a alguien que no correspondía.

Desde el otro lado del salón, con un mandil también, Franco la vigilaba en la medida que se encontraba desocupado. Recibía a los clientes y les buscaba mesa, si no encontraba los ponía en lista de espera. Algo le decía que haber recibido el galardón y haber salido en las noticias era la causa de esta concurrencia poco usual. Con su encanto, nadie se fue enojado por haber tenido que esperar unos minutos más para entrar, además la comida estaba buenísima.

Cerca de las cinco el salón se desocupó y Marcel apareció, sentándose por ahí y pidiendo sólo un café sin azúcar. Florencia no se dio cuenta ni él estaba interesado en anunciarse, pues lo habían llamado y él había acudido.

Intercambiando una mirada con Marcel, Franco, palpándose disimuladamente el bolsillo del pantalón atravesó a paso lento el salón. Javier se asomó, así como Rafael y Benjamín. Florencia estaba recogiendo su propina de una mesa desocupada cuando él llegó a su lado y le tocó un hombro.

—Recuerdo que ayer dijiste que harías cualquier cosa por mí, pero tenemos que hacerlo oficial.

Florencia sonrió inocente, sin notar que las meseras, alertándose unas a otras, se acercaron a ver lo que hacía su apuesto jefe.

—¿Cómo?

—Que debemos seguir ciertos protocolos como pareja que somos.

Las meseras lanzaron grititos de emoción. Florencia sintió sus piernas de gelatina y disimuladamente se apoyó en la mesa a su espalda. Se mordió un labio antes de contestar.

—Son horas de trabajo. No se pueden tratar temas personales.

Franco dirigió una rápida mirada al reloj del salón.

—Tu turno terminó hace cinco minutos y si no ha terminado, te despido. Ya no tienes trabajo, así que responde.

—Lo voy a demandar por acoso laboral.

—Da lo mismo, no tienes contrato y es tu palabra contra la mía.

Florencia suspiró, mirándolo.

—Sin trabajo y pobre, obligada a buscar un hogar donde me reciban.

—El fin justifica los medios. Pero dejándonos de bromas, ¿postularás a una universidad aquí?

—Sí.

—Ya, y te vendrás conmigo.

—Sí. No hay nada que quiera más que vivir con usted.

—Seguridad total en lo que afirmas.

—Seguridad total.

—Me parece bien. Pero... tú sabes que yo soy un hombre tradicional.

Franco, un poco avergonzado por todo el público, pero decidido, puso una rodilla en el suelo. Florencia se llevó las manos a la boca.

—Ay, Dios...

Él se llevó una mano al bolsillo y sacó una cajita de terciopelo rojo.

—Florencia Andrea Flores Riquelme ¿Te casarías conmigo en una fecha aún sin determinar, pero... pronto?

—Franco Alfredo Orellana Domínguez, sí, quiero —dijo ella emocionada, aunque luego se inclinó para decir por lo bajo—, pero deje que termine primero el colegio y dé la Prueba.

Rieron y él abrió la cajita. Un delicado anillo de oro con cinco brillantes engarzados hizo su aparición y se lo puso en el dedo anular de la mano derecha. En medio de los aplausos, muy emocionada, Florencia abrazó a su novio y se dio cuenta que lloraba cuando él le acarició las mejillas con los pulgares.

—Lo amo, lo amo, lo amo mucho.

—Y yo a ti, Florencia.

Terminado su café, Marcel se levantó e hizo una seña del triunfo a su primo, quien sonrió satisfecho antes de retirarse. No necesitaban más entre ellos que saberse felices y Franco deseaba que pronto fuera el turno de Marcel para disfrutar la felicidad que él en ese momento estaba experimentando.

Al día siguiente, por la mañana, Florencia sintió la ya conocida presión sobre su abdomen. Con una sonrisa miró su anillo y le encantó. Era fino y delicado, nada demasiado llamativo y se alegró que Franco buscara algo así para ella. Si hubiera tenido dimensiones más grandes, seguramente lo hubiera guardado en el velador o se lo hubiera colgado al cuello, pero, así como estaba le encantaba. Sin embargo, le quedaba una duda. Ella no usaba anillos

y ese le quedaba como un guante. ¿De dónde sacó Franco la medida? ¿O sería que todas las mujeres de dieciocho años tenían la misma?

La respuesta la tuvo por la tarde, cuando él la llevó a conocer a su abuela y a sus tíos más queridos, los padres de Marcel, que vivían cerca de la costa, en Cartagena.

—Pues un día que dormías te tomé la medida del dedo con un pedazo de hilo.

—En el departamento.

—No.

—Entonces no sé dónde.

Franco la abrazó, para decirle.

—Fue la primera vez que fuiste mía.

—¿Ehh?

La tomó de una mano y siguieron caminado por la playa.

—No creo que lo recuerdes, pero mientras te quedabas dormida dijiste algo como que querías estar conmigo siempre. En ese momento se me ocurrió, corté un pedazo de hilo del fleco de tu cubrecama y medí tu dedo. Quería darte el anillo cuando te pidiera que fueras mi polola, pero cuando pasó lo de tu padre no recordé llevarlo en mi apuro por salir. En fin, creo que su destino fue aún mejor.

—Pero me cuesta creer que usted pudiera fijarse en mí. A veces me parece que estoy soñando.

—Mi amor, cuando creí que eras un niño me caíste en gracia y gracias a Dios que no lo fuiste o yo tendría un problema con eso. Cuando descubrí que eras una mujer, ¿sabes qué pensé? Que tenías los labios más sensuales y los ojos más bonitos que había visto. Pero no nos desviemos del tema y miremos el calendario. Señálame cuándo das la Prueba y busquemos una fecha para el enlace civil.

Se pusieron de acuerdo para el mes de diciembre, poco antes de la navidad.

Florencia no podía dejar de mirar su anillo y cuando el día domingo tuvo que tomar el bus de regreso a Constitución, fue su consuelo de que pronto estaría con Franco de manera definitiva. Para que no se lo quitara, Franco le aseguró que el oro era un metal muy resistente que soportaba bien el jabón y

otras cosas. La joven preguntó a su profesora si el reglamento de la escuela le prohibía usar su anillo y al ser una joya discreta nadie le pudo problemas para usarlo. Sólo a Lorena y a su profesora les confió el verdadero significado de la joya, al resto les comentó que era un regalo que su padre le había dado. Esto, aconsejada por su profesora que le dijo que ventilar ese tipo de cosas podía provocar envidia en más de alguien o que hablaran de ella sin entender su historia. Florencia le dio las gracias por su consejo y reservó ese tema para ella y su amiga, quien se ofreció a acompañarla cuando fuera a buscar un vestido de novia.

También fue a buscar sus gafas nuevas. Grande fue su sorpresa al ponérselas por primera vez y ver todo más nítido. Le dijo a Lorena que era mucho más hermosa ahora que la podía ver bien y cuando Franco fue a verla el fin de semana, lo encontró más guapo, pero también notó que tenía algunas arruguitas cerca de los ojos y le preguntó derechamente si no era aún más mayor de lo que le decía. Él sonrió enigmático y no le dejó ver su cédula cuando ella se la pidió.

—Y, por cierto, te ves bellísima de gafas.

—¿Cómo que bellísima? Bonita. Esa es la palabra para mí. No acepto otra.

—En ese caso, te ves *bonitísima*. ¿Feliz ahora?

Con Florencia enamorada y en apariencia dispuesta a casarse, Franco mismo se empezó a relajar. Ya no sentía esa necesidad imperiosa de llevársela con él, pero contaba los días que faltaban para tenerla a su lado y la llamaba casi a diario.

Semanas después, un martes, la joven estaba muy ocupada, resolviendo un ensayo para la prueba en su cuarto cuando recibió una llamada. Mordiendo un extremo de su lápiz grafito escuchó una noticia que tenía Franco.

—Recién ayer tuve tiempo de ir al registro civil y me llevé una sorpresa. No hay horas hasta febrero. Creo que no podremos casarnos el próximo mes, como queríamos. Al menos eso te da más tiempo para elegir tu vestido y esas cosas o lo dejamos para el próximo verano, que era lo que tú preferías.

—Entiendo. No se preocupe. Viajaré mañana a Santiago y lo resolveremos, porque... ¡Me eximí de los exámenes! Puedo faltar a clases

esos días.

—¿De verdad? En ese caso, mejor voy a buscarte y aprovecho de traerme a tus mascotas. Me iré apenas salga de aquí.

—¡No! ¡No! No quiero que se accidente por cansancio. Duerma primero.

Cuando Franco llegó, Florencia había conseguido una caja para llevar a Emilia y una correa especial para Negra, que iría sentada atrás. Sin embargo, antes de salir, tenía algo que comentarle.

—Ayer, después de hablar, fui al registro civil de acá. Tienen horas para la fecha que queríamos. Pensé que sería lindo casarnos aquí y luego bajar a la playa los dos solos y comer por ahí unos completos...

Los ojos de Franco adquirieron un brillo muy especial antes de pedirle que lo llevara al registro civil. Una vez allá, no tuvieron problemas en reservar una hora. Tan feliz que no podía hablar, sólo sonreír, Franco tomó a la joven por la cintura y le dio un par de vueltas, porque en algún momento había pensado que estaba obligando a Florencia a casarse y ahora podía ver que ella tenía tanto interés como él, sólo que también estaba ocupada con sus cosas. Marcharon a la capital a instalar a los animales y pasaron unos agradables días juntos.

De regreso en Constitución, la joven siguió con su trabajo en el supermercado, dando aviso de que no volvería a partir de diciembre. Karen le deseó la mejor de las suertes al saber que se casaba, aunque consideró que estaba muy joven. A pesar de su buena intención, sus comentarios llegaron a incomodar a Florencia, por lo que la descartó como su testigo de bodas por lo civil. Necesitaba a alguien que creyera en el amor y fuera mayor de edad, lo que descartaba a sus amigas Lorena, Alejandra o Isabel.

Camino a dejar el dinero ganado a su cuenta de ahorro, Florencia pensó en Claudia. La fue a buscar a su casa y le planteó lo que necesitaba de ella. Claudia no pudo creerlo.

—¿Te casas y con ese tremendo mino? Es que el mundo está mal si tú puedes y yo... en fin. Si quieres casarte con él, yo te apoyo. Es lo mejor que puedes hacer, seguir a tu corazón. Mírame a mí que por no hacerle caso estoy aquí, en vez de estar en Santiago y comiendo comida de chef. Cuenta conmigo... y muchas gracias por darme ese privilegio.

Franco le había dicho a Florencia, una vez, que existían los ex esposos y

los ex novios, pero no los ex padres. Algún día ella querría arreglar sus problemas con Francisco y pensando en eso, un día antes de su graduación, tomó un bus a Talca y se fue a buscarlo, con un regalo para su pequeño hermano en su mochila.

Iba muy nerviosa, pero tocó a la puerta y Laura la recibió, contenta de verla. Su padre estaba en la sala, con su hijo sobre la rodilla. La miró despectivo.

—Bah, creí que no me podía acercar a ti a doscientos metros. Eso me dijo el juez. ¿Qué querís?

—Mi vida está a punto de cambiar. Voy a graduarme mañana, daré la prueba en unos días y me casaré el próximo mes.

—¿Tú te vai a casar? No me digas que con el santiaguino.

—Sí, papá. Con Franco. Formaremos un hogar.

—Bueno, cástate y sé feliz. Yo no voy a ir a esa boda.

A Florencia le dolió su negativa. Miró a Francisco, apretando en su mano el sobre con la invitación a la graduación.

—¿Por qué?

—¿Con qué cara te voy a entregar? ¿Con qué cara? A ver, dime. ¿Con la misma cara con la que me vine a trabajar a Talca, a pesar de tus ruegos para que no te dejara sola? ¿O con la cara con la que formé una familia nueva y no te dije? ¿O con la que desconfié de ti y te golpeé? Te he fallado mucho y no merezco ir a tu colegio a que me feliciten por tus logros cuando siempre te tiré para abajo, o ir a entregarte a la iglesia como si fueras para mí lo más querido, si no te traté bien.

—De todas maneras, no quería vivir esta época de cambios sola. Quité la denuncia.

La joven le pasó la invitación a Laura junto con el regalo para el pequeño y fue hacia la puerta. Se detuvo al escuchar a Francisco.

—Yo no soporto vivir en el lugar donde entró una ola gigante y se llevó a la persona que más quería, por eso odio ese mar, odio la isla y te odiaba a ti, por tener que ir cada fin de semana a verte para saber cómo estabas. Con el tiempo me metí con la Laura y tuve un hijo. No sabía cómo decirte y al final nos descubriste. A veces tenía rabia conmigo mismo, a veces no me sentía capaz de mirarte, menos cuando me reclamabas por no hablarte y al final me porté muy mal contigo. Quería pensar que eras una mala hija para que ya no me remordiera tanto la consciencia. No debí golpearte, pero lo hice y no puedo prometer ser un buen padre porque nunca lo he sido. Yo sólo te puedo

querer de lejos, en eso tenías razón. Si quieres ver a tu hermano está bien pero no insistas conmigo, yo ya estoy viejo para cambiar y no valgo la pena. Siempre fuiste una buena hija. Más de lo que yo merecí. El santiaguino ese se dio cuenta enseguida de lo especial que eres, lo supe cuando te fue a devolver el pote. Te sabrá querer.

Los ojos de Florencia se anegaron en lágrimas. Al menos habían hablado más en esos cinco minutos que en el último medio año y si esa era la despedida, le pareció mucho mejor que recordarlo como quien le dio de golpes.

Tras una última mirada, abrió la puerta y se marchó.

Los últimos días de escuela fueron caóticos. El grupo curso tuvo que tomarse las fotos para hacer los cuadros de recuerdo, algunas actividades de convivencia y vivir algunas experiencias emotivas que preparaba la escuela, como el último día lunes de clases en que, simbólicamente los hicieron retirarse del patio al toque de la campana, uno a uno, para que el resto de los alumnos notara el vacío que quedaría.

Florencia, Lorena y sus amigas se sacaron fotos juntas en todos los lugares de la escuela y con sus demás compañeros. También se dejaron dedicatorias en algunos cuadernos y se escribieron mensajes en las blusas y camisas. El día de la graduación se presentaron todos con los uniformes perfectamente lavados y planchados, y llevando guantes blancos. Florencia, de impecable jumper azul marino, blusa blanca y corbata y calcetas azul marino, miró con preocupación hacia los asientos de los apoderados. Suspiró al pensar que ese día estaría sola, pero se consoló pensando que su nueva vida sería muy distinta. Franco venía viajando y sabía que llegaría tarde, pero el asiento asignado a su padre seguía vacío y ella en su mente lo dejó ir. Si venía, bien. Si no venía, no lo juzgaría.

Sonrió a todos y bajó del escenario tras la entrega de su diploma de egreso. Cuando la ceremonia terminó, abrazó a sus amigas. Todas lloraban tristes y emocionadas a la vez, pensando que deseaban un momento más en la sala de clases, conscientes de que se había terminado una etapa, como majaderamente, cada adulto que las veía les decía.

—Siempre seremos amigas —dijo Lorena un poco más triste, sabiendo que en unos días más Florencia se iría a Santiago y aunque estaba invitada a

sus dos matrimonios, le daba pesar saber que no la vería más. La madre de Lorena se acercó a la joven para abrazarla y felicitarla, así como sus dos hermanos menores. Luego, la madre les comentó:

—Hay fotos de todos ahí, al frente. Tres de cada uno.

—Yo compraré una de Florencia—repuso Lorena, y de la mano, las amigas fueron a ver al fotógrafo, pero no le quedaba ninguna de ella.

En la entrada de la escuela lo vio, hablando con su profesora. Al verla, Franco le sonrió. Traía un ramo de rosas y dos de sus fotos.

—Señorita Flores, tenía mis dudas cuando usted me dijo que se casaba, pero luego de hablar con este excelente joven, me quedo muy tranquila, sabiendo que mi alumna más querida va a quedar en buenas manos y se podrá desarrollar como profesional.

Lorena abrazó a Franco, pidiéndole que no se llevara a Florencia y cuando se pudo calmar, los novios se acercaron al fotógrafo para que los retratara como pareja. Franco se rio cuando Alexis, que iba pasando, se lo quedó mirando y se le acercó, acusador.

—¿Usted no era gay?

—Yo nunca dije que fuera gay, pero en algo me tengo que ganar la vida. Está complicado buscar trabajo, por eso estudia hartito, hijo, o terminarás como yo.

El fotógrafo le entregó la nueva imagen impresa y Franco la guardó con cuidado. Compartió una foto con Lorena, quien se fue feliz, dando a cambio una suya a su Florencia. Al mirar entre los apoderados que quedaban en el colegio, lo distinguió con su viejo terno bien planchado para la ocasión medio escondido detrás de un pilar. Con el corazón acelerado soltó a Franco y corrió a abrazar a su papá. Él había comprado la tercera foto y no era capaz de mirarla a la cara, pero cuando Florencia llegó hasta él la abrazó con suma emoción. Era su forma de decir que había mucho orgullo en su corazón por ella.

No hablaron mucho, pero Florencia se sintió feliz.

Más tarde, en la pensión, Franco se sentó en la cama para mirar con calma a la joven.

—Es la primera vez que te veo con el uniforme femenino y te ves muy bonita. Llegué al principio de la ceremonia, te grabé con mi celular y escuché algunas cosas. Así que mejor alumna, asistencia cercana al cien por ciento y espíritu de superación. Realmente me estoy llevando una joya. Espero que esa joya no se moleste si le confieso que... tuve que pasar el límite de

velocidad permitida para llegar a tiempo. Soy malo.

—A las chicas buenas nos gustan los chicos malos. Eso d...

—Eso dicen —completó por ella—. ¿Sabes? Con ese jumper a la rodilla y esas gafas de ratón de biblioteca... en verdad te ves como una buena niña. Casi que me estoy sintiendo mal por pensar lo que estoy pensando.

—¿Y qué está pensando? —preguntó con aparente candor.

Franco paseó su vista por la habitación. La mesa de escritorio le pareció bastante firme para sus pretensiones y tomándola por la cintura, la sentó allí.

—En que ahora, usted se va a portar muy bien con su profesor, señorita Flores.

La Prueba se rindió durante dos días a nivel nacional. Cada prueba duraba cerca de dos horas y eran muchas preguntas que Florencia respondió lo mejor que pudo. La fiesta de egreso de la enseñanza media fue el sábado que siguió y tuvo que ir sola porque Franco no pudo acompañarla. No podía ausentarse tanto en el trabajo, pero vio las fotos y le preguntó por el vestido que le había regalado él para esa ocasión. Florencia respondió que no era apropiado para ese tipo de fiesta.

Unos días después él tuvo que viajar a casarse, alojando en el hotel junto con parte de sus parientes más queridos y temprano por la mañana se fue al registro civil. Le estaba diciendo algo a Marcel cuando la vio aparecer.

Fue como si el mundo se detuviera. Sus hombros al descubierto se veían hermosos y delicados, el corpiño negro realzaba el busto y remarcaba su cintura. La falda blanca, amplia, caía como un sueño desde sus caderas, siendo rematada hacia el borde por varias flores de colores justo por encima de la rodilla. Cuando rato después, el juez civil les hablaba sobre los deberes de un cónyuge al otro, él miraba de soslayo a Florencia, incapaz de concentrarse en otra cosa que no fuera ese vestido. Muy bonito. Quería arrancárselo.

Tras las firmas y felicitaciones, por fin pudo besar a la novia. Escuchó los aplausos y Marcel se le acercó.

—Creo que debería decirle a ella que te cuide y te respete, por ser tú mi primo, pero si te portas mal con ella tendré que partirte la cara —le dijo sin mover un sólo músculo. Su abuela fue la siguiente en felicitarlo y su tío Joaquín.

Con ojos llenos de emoción, Florencia se fundió en un abrazo con su padre que la fue a ver junto con Laura y su hermano. A Lorena y a Claudia las abrazó fuertemente, ya que pronto no las vería más.

Tras el almuerzo con sus amigos y testigos para celebrar el enlace, los recién casados bajaron solos a la playa, donde jugaron y pasearon, recordando sus aventuras. Al llegar a una formación rocosa en especial, a Franco le llamó la atención que tuviera letrero.

“Arco de los Enamorados”

—¿Y esto? Yo recuerdo haber pasado por ahí, contigo. ¿Por qué tiene ese nombre?

Florencia se mordió el labio antes de contestar.

—Dice una leyenda que, si pasa por ahí con su pareja de la mano, se casan antes de un año. Al menos, eso asegura Oreste Plath. En este caso tardamos seis meses.

Esta vez Franco se la quedó mirando cuando ella soltó una risita.

—Florencia, tú... ¡tú me trajiste!

—No. Usted me siguió, y no se imagine cosas. Aquí el que se enamoró perdidamente es usted. Yo sólo me compadecí de su dolor y me quedé a su lado.

Franco se preguntó si podría verla alguna vez más hermosa que en ese momento. Sintió que un rayo caía del cielo y le daba a su corazón. Ese vestido había sido la mejor compra que había hecho. Y ese Arco el lugar más mágico que había visitado sin darse cuenta. Pero a pesar de todo su amor por ese lugar, la realidad era que debían partir a Santiago. A él le daba un poco lo mismo, pero Florencia era la que se marchaba de manera definitiva y se despidió de su gente. Viajaron esa misma tarde, deseando dormir en su hogar, cada uno con deseos diferentes a ese respecto. Florencia, por ejemplo, tenía que confirmar unas reservas en un hotel en La Serena, donde pasarían su luna de miel recorriendo el Valle del Elqui, plagado de estrellas para deleite de Franco mientras que él todavía tenía en mente el dichoso vestido y cómo hacerlo desaparecer.

Apenas entraron a la casa, tomó a la joven de una mano y se la llevó al dormitorio.

—Eres legalmente mía ahora, para mi solito.

—Pero si siempre he sido para usted solo.

Florencia se sentó en la cama, riendo quedo, y él la besó de una manera diferente a como solía hacerlo, al punto que ella le tuvo que pedir que se

calmara y le enseñara para estar a la par. Franco fue con más cuidado y despacio le quitó el vestido. Al ver la delicada ropa interior que traía contuvo la respiración. No era justo sacársela enseguida si ella se había preocupado de ese detalle.

Le atrapó un pezón sobre la tela y cuando ella se arqueó hacia atrás, notó un destello proveniente de su alianza de casada en la mano que apoyaba sobre la cama. Su deseo se apaciguó, buscando pausar ese momento tan especial. Ahora era suya y él de ella. Se detuvo y le tomó la mano, besándola.

—Te amo, y te advierto, bonita: esto es para siempre. No habrá fuerza humana que me separe de ti.

Florencia tomó la mano masculina y la acarició con su mejilla. A su manera dulce, le susurró promesas de amor al oído cuando él entró en su cuerpo y fueron uno, dejándose abrazar al terminar.

Despertó en medio de la noche, a causa de algún ruido. Con cuidado para no despertarlo se quitó la mano de Franco de sobre su vientre y se levantó con sigilo.

Escuchó desde afuera los ladridos de Negra, comunicándose con el perro de la otra esquina, por eso había despertado. Emilia dormía sobre el sofá donde había terminado encontrando su lugar favorito y más allá, Rufi, una gatita gris que habían rescatado hacía poco de la calle.

Florencia caminó por el pasillo, para asomarse al dormitorio de Javiera. La pequeña de siete años y favorita de papá, dormía como una princesa, así que la dejó y siguió al que compartían Franco y Alex, de cinco y tres. Todo estaba en calma allí también. Se quedó unos segundos observando el cielo de la habitación, donde brillaban varias estrellas fosforescentes que el pequeño Franco había insistido en tener. Con su corazón henchido de amor tras ver a sus tesoros, se fue esta vez a la cocina, a buscar un vaso con agua.

Cuando los veía así, tan tranquilos, deseaba que no siguieran creciendo y se quedaran pequeños siempre, pero sabía que era imposible. Durante el día eran bastante traviosos, pero eran niños buenos. Sus orgullos. Y claro que tenían que ser buenos, si habían sido hechos con todo el amor del mundo y debía notarse. Allá donde se presentaban, sus hijos solían caer muy bien y hacían un grupo muy interesante con los hijos del primo Marcel.

No todo había sido miel sobre hojuelas. La crianza de Javiera le había

resultado complicada por no tener a quien recurrir, por extrañar a su mamá, por estar viviendo el cuarto año de su carrera como Prevencionista y había colapsado, sintiéndose una mala mamá por ser incapaz de hacer todo a la vez. Franco lo resolvió, llevándose a Javiera al trabajo mientras ella iba a sus clases, y contratando a una señora para que aseara la casa dos veces por semana. Cuando la niña creció un poco más, con el dolor de su corazón y hasta lágrimas, papá tuvo que ponerla en una sala cuna porque ya caminaba y tendía a ir hacia la cocina, a que el tío Javier le diera a probar de sus inventos. Con los dos hijos que siguieron las cosas fueron un poco más fáciles, aunque nunca volvieron a ver su casa ordenada como en los primeros años de matrimonio, en que a veces parecía casa de catálogo, y muy bien que la habían pasado en cada rincón, probando de singular manera cada mueble. Se rio al recordar que Franco había querido hijos después del año, pero después él mismo la convenció de posponer. No quería dejar de ser mimado, le confesó.

Regresó al dormitorio y se quedó unos segundos admirando el rostro dormido de Franco padre, bajo la luz tenue de la lámpara que ella misma encendió. Hacía años que él toleraba la oscuridad y gracias a eso podía mostrarles el cielo y las estrellas a sus hijos en los paseos que hacían.

—Mientras la mamita esté con nosotros, nada nos pasará —solía decirles cuando alguno de sus niños experimentaba miedo. Florencia se reía y les repartía besos y Franco siempre le decía al oído que ella era su faro abrazable y portátil en la oscuridad.

—Y usted es único para mí. No tengo ojos para nadie más, aparte de nuestros retoños.

Ella se había enamorado una vez de él, hacía diez años, y durante sus primeros años como madre se había vuelto a enamorar viendo lo paciente que Franco podía ser. Se habían enojado un par de veces como todas las parejas, pero le encantaba verlo jugar con sus hijos, enseñarles las estrellas y cargar a Negra con cuidado para bañarla, porque ya estaba viejita y él no quería lastimarla, preguntándole si recordaba tal o cual historia en común. Otras veces era tan infantil que le parecía que su esposo tenía la misma edad mental que los niños y que ella estaba a cargo de cuatro infantes y no tres. Así y todo, la hacía reír con sus cosas. Para ella, Franco era un hombre muy bueno. Nunca se había arrepentido de estar a su lado.

—No podría amarlo más —murmuró al acostarse a su lado. Lo besó en la nuca, porque él le daba la espalda.

Con lo que pareció un ronroneo, Franco se dio la vuelta y abrazó a su mujer, sonriendo. Enterró la nariz entre sus cabellos porque le encantaba como olía.

—¿Estaba despierto?

—Claro que lo estaba. ¿A dónde fuiste?

—Agua.

—Te demoraste mucho para ser sólo agua.

—¿Estabas despierto? ¿Quieres agua también?

Franco asintió. Se sentaron y él bebió lo que le ofreció ella.

—¿Qué hora es?

—Como la una —repuso ella, apagando la luz.

—Ah... es temprano aún.

La tomó por la cintura y la arrastró hacia su costado.

—Te amo, bonita.

—Y yo a usted. Mi amor, mi corazón, el papá de mis amores...

—Usted, usted, usted. ¿Cuándo vas a empezar a tutearme, mujer?

Florencia rio, besándole la punta de la nariz y luego los labios.

—No sé, usted siempre va a ser como una década mayor que yo... jiji, viejito...

—Viejito... ya vas a ver lo que te va a hacer este viejito... espero que le hayas puesto el seguro a la puerta.

—Por supuesto —rio Florencia, levantando los brazos cuando él le quitó la camisa del pijama por sobre la cabeza y la besó, dejándola sin aliento.

Fin

Table of Contents

[Capítulo Uno: El nuevo vecino](#)

[Capítulo Dos: El forastero en casa](#)

[Capítulo Tres: Despertando a Florencia](#)

[Capítulo Cuatro: La Mariposa](#)

[Capítulo Cinco: ¿Me considerarías?](#)

[Capítulo Seis: Distancia](#)

[Capítulo Siete: La decepción de Florencia](#)

[Capítulo Ocho: Volando muy alto](#)

[Capítulo Nueve: Remezón](#)

[Capítulo Diez: Juntos](#)